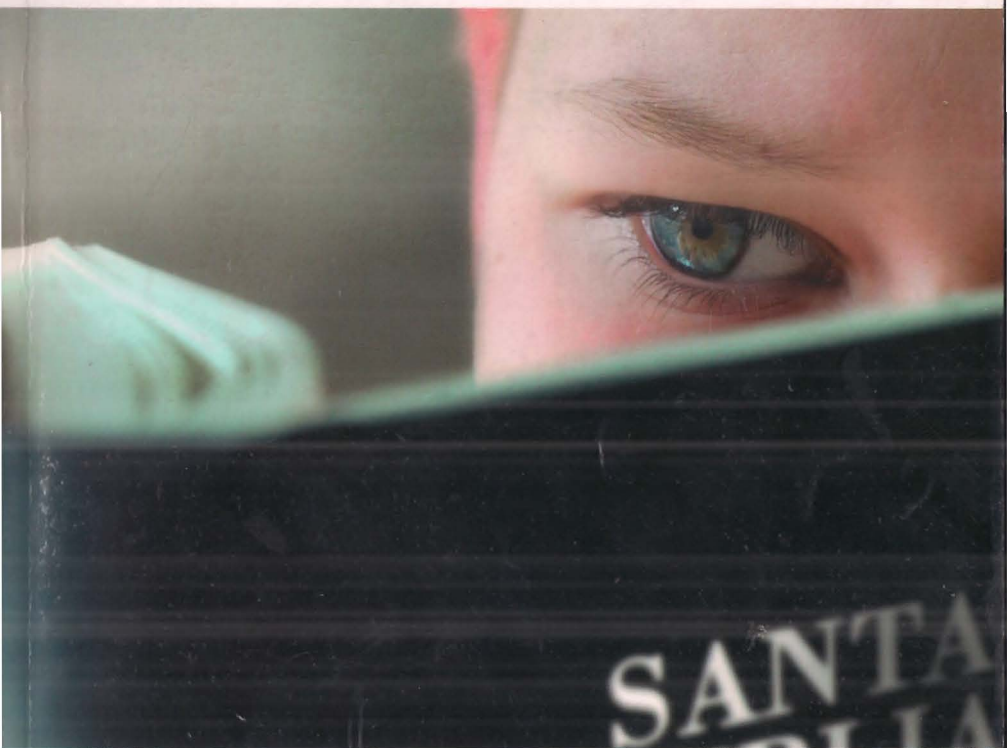


EL **SÁBADO** en las
ESCRITURAS

Doctrina, significado y observancia



Alberto R. Timm

EL SÁBADO en las ESCRITURAS

Este libro presenta y comenta las evidencias bíblicas más relevantes en relación con el debate por el verdadero día de reposo cristiano. Los asuntos de la perpetuidad, de la discontinuidad o de la sustitución del sábado como día de reposo cristiano dependen de la perspectiva desde la cual la persona estudie las Sagradas Escrituras.

La observancia del sábado estimula una apreciación más profunda del amoroso carácter de Dios y de la naturaleza, reafirma nuestro origen, y fortalece la estabilidad emocional que deriva de la relación con él como Creador y Redentor. Al romper la rutina competitiva y mercantilista de la vida moderna, el sábado promueve la salud física, y refuerza el amor y el servicio altruista.

El sábado fue observado desde la creación del mundo y prosigue rumbo a los "cielos nuevos" y a la "nueva tierra"; es el magnífico santuario de Dios en el tiempo, a disposición de todos los seres humanos, en todos los tiempos y lugares.

Acerca del autor

Alberto R. Timm es doctor en Teología, y rector del SALT y coordinador de Espíritu de Profecía de la División Sudamericana.



ISBN 978-987-567-633-6



9 789875 676336

EL SÁBADO en las
ESCRITURAS
Doctrina, significado y observancia

Alberto R. Timm

DIGITALIZADO POR IMERMERA

ASOCIACIÓN CASA EDITORA SUDAMERICANA
Av. San Martín 4555, B1604CDG, Florida Oeste
Buenos Aires, República Argentina

DIGITALIZADO POR IMERMERA

Título del original en portugués: *O sábado nas Escrituras. Doutrina, significado e observância*, Casa Publicadora Brasileira, Tatuí, SP, 2010.

Dirección editorial: Pablo D. Ostuni
Traducción: Cristina Morán
Diagramación y tapa: Carlos Schefer
Ilustraciones: Shutterstock

IMPRESO EN LA ARGENTINA
Printed in Argentina

Primera edición
MMX – 8M

Es propiedad. © CPB (2010). © ACES (2010).
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

ISBN 978-987-567-633-6

Timm, Alberto R.

El sábado en las Escrituras : Doctrina, significado y observancia / Alberto R. Timm / Dirigido por Pablo D. Ostuni. - 1ª ed. - Florida : Asociación Casa Editora Sudamericana, 2010.

143 p. ; 21 x 14 cm.

Traducido por: Cristina Morán

ISBN 978-987-567-633-6

1. Vida cristiana. I. Ostuni, Pablo D., dir. II. Cristina Morán, trad. III. Título.
CDD 248

Se terminó de imprimir el 15 de febrero de 2010 en talleres propios (Av. San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste, Buenos Aires).

Prohibida la *reproducción total o parcial* de esta publicación (texto, imágenes y diseño), su manipulación informática y transmisión ya sea electrónica, mecánica, por fotocopia u otros medios, sin permiso previo del editor.

-104338-

ÍNDICE

<i>Prefacio</i>	7
1. Principios de interpretación bíblica	10
Métodos de interpretación bíblica.....	11
Filtros del mensaje bíblico	13
La Biblia como su propio intérprete.....	15
Resumen.....	17
2. Origen del sábado	21
El relato de Génesis 1 al 11.....	22
Los “días” de la Creación	23
El séptimo día de la Creación	25
Resumen.....	28
3. El sábado en el Antiguo Testamento	30
El sábado del Edén al Sináí.....	31
El sábado en el pacto del Sináí.....	33
El sábado durante la peregrinación en el desierto	39
El sábado en la Tierra Prometida.....	41
El sábado en los días de los profetas.....	43
El sábado en el período posterior al Exilio	48
Resumen.....	49
4. El sábado en el período intertestamentario	53
El sábado en los días de los macabeos.....	54
El sábado bajo los maestros del judaísmo	55
Resumen.....	58
5. El sábado en el Nuevo Testamento	60
Cristo y la Ley.....	61
Recogiendo espigas en sábado.....	63

Sanar en sábado.....	66
El sábado y la pasión de Cristo.....	68
El sábado y la caída de Jerusalén.....	70
El sábado en la iglesia apostólica.....	71
El apóstol Pablo y la observancia del sábado.....	76
La igualdad entre los días.....	80
La perpetuidad del sábado.....	83
Resumen.....	89
6. Cambio del sábado al domingo.....	94
El culto al Sol en el Imperio Romano.....	96
El domingo en el cristianismo postapostólico.....	100
Cambio de énfasis.....	106
Resumen.....	111
7. El significado del sábado.....	115
Naturaleza del sábado.....	116
Abandono y restauración del sábado.....	118
Bendiciones del sábado.....	123
Resumen.....	127
8. La observancia del sábado.....	129
Ruptura con la rutina de la vida.....	130
Preparación para el sábado.....	132
Recepción y despedida del sábado.....	133
Actividades inapropiadas para el sábado.....	133
Actividades apropiadas para el sábado.....	134
Situaciones especiales.....	135
Resumen.....	137
Conclusión.....	139

PREFACIO

El mundo moderno, en el cual vivimos, aceleró el ritmo de vida de gran parte de la población, a una velocidad sin precedentes en la historia humana. En la esfera profesional, se espera una producción mayor y de mejor calidad. En el ámbito académico, los estudiantes deben asimilar un volumen creciente de información, que se va desplegando en profundidad y complejidad. Con la globalización de las comunicaciones y, consecuentemente, de la información, muchas personas viven actualmente cumpliendo una agenda predeterminada, casi sin tiempo para la vida espiritual, familiar y social. Al no haber sido creadas originalmente para convivir con tantas responsabilidades y preocupaciones al mismo tiempo, las personas son obligadas a hacerlo con elevados grados de estrés individual y colectivo.

En un mundo en el que las cosas y los compromisos son casi más importantes que la propia vida, la observancia del sábado bíblico es de una relevancia incalculable. Este día representa una ruptura con la tiranía de las cosas y la rutina de la vida, para proporcionar un tiempo especial dedicado a Dios, a la familia, a los amigos y a las personas necesitadas. Más que un mero feriado semanal, el sábado bíblico es, en realidad, un canal de bendiciones divinas (Gén. 2:3; Isa. 58:13, 14) y una “señal” de lealtad al Creador (Éxo. 31:16, 17). Prescrita por el propio dedo de Dios sobre tablas de piedra (Éxo. 31:13-18; Deut. 4:13; 9:9-11), la observancia del sábado debe ser redescubierta y reenfatizada en el mundo contemporáneo.

En los Estados Unidos de Norteamérica, se publicaron varias obras sobre el significado y la observancia del sábado¹ durante los últimos años. Pero, la discusión sobre el verdadero día de reposo cristiano (sábado o domingo)² permanece encendida en los círculos cristianos.³ Es importante que reconozcamos la existencia de una antigua tradición británica/estadounidense de usar el término reli-

gioso “sabbath” (sábado) para designar al “sunday” (domingo civil); y la expresión “seventh-day sabbath” (sábado del séptimo día), al “saturday” (sábado civil). Siguiendo esta tradición, muchos autores modernos continúan usando el término “sabbath” en alusión al descanso dominical.

El presente estudio tiene por objetivo proporcionar una visión general de la enseñanza bíblica sobre el sábado, basada en principios de interpretación que permitan que la propia Biblia exponga lo que tiene que decir sobre el asunto. Siendo así, el primer capítulo demuestra las principales dificultades que se encuentran en algunos métodos inadecuados de interpretación bíblica y presenta algunos filtros que conspiran contra una comprensión honesta de las Escrituras, y sugiere principios fundamentales de interpretación. Basados en el principio de la Biblia como su propio intérprete, los capítulos 2 a 5 consideran el tema del sábado a lo largo de las Escrituras. El asunto del cambio del sábado al domingo es abordado en el capítulo 6. Y, por último, los capítulos 7 y 8 tratan, respectivamente, del significado y la observancia del sábado.

Estoy inmensamente agradecido por el apoyo de mi esposa, Marly, y la comprensión de nuestros hijos, Suellen, William y Shelley, durante el período de investigación y redacción de este proyecto. Marly asumió bondadosamente muchas de las actividades domésticas, y aun las de fuera de casa, que debían haber contado con mi participación. Una palabra especial de aprecio a Elías Brasil de Souza, Marcos De Benedicto, Mario Riveros Echeverry y Roberto Pereyra, por haber leído el contenido básico de la presente obra y ofrecido sugerencias pertinentes; así como a Cristina Morán, mi secretaria, por la ayuda a lo largo del proyecto y por la traducción del texto al español. Pero, mi gratitud suprema está dedicada a Dios, que instituyó y preservó el sábado como un canal de bendiciones para la humanidad.

Alberto R. Timm

PREFACIO

Las referencias bíblicas pertenecen a la *Nueva Versión Internacional* (NVI), a menos que se indique explícitamente el uso de otra versión de las Sagradas Escrituras, como la Reina-Valera revisada en 1960 (RV60) –*Nota del editor*.

Referencias:

¹ Ver, por ejemplo, Marva J. Dawn, *Keeping the Sabbath Wholly: Ceasing, Resting, Embracing, Feasting* (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1989); Wayne Muller, *Sabbath: Finding Rest, Renewal, and Delight in our Busy Lives* (Nova York: Bantam, 2000); Lynne M. Baab, *Sabbath Keeping: Finding Freedom in the Rhythms of Rest* (Downers Grove, IL: InterVarsity, 2005); Norman Wirzba, *Living the Sabbath: Discovering the Rhythms of Rest and Delight* (Grand Rapids, MI: Brazos, 2006); Mark Buchanan, *The Rest of God: Restoring Your Soul by Restoring the Sabbath* (Nashville, TN: Thomas Nelson, 2006); Dan Allender, *Sabbath, The Ancient Practices Series* (Nashville, TN: Thomas Nelson, 2009); Keri Wyatt Kent, *Rest: Living in Sabbath Simplicity* (Grand Rapids, MI: Zondervan, 2009).

² Ver J. N. Andrews, *History of the Sabbath and First Day of the Week*, 3ª ed. rev. (Battle Creek, MI: Review & Herald, 1887), pp. 193-517; J. N. Andrews y L. R. Conradi, *History of the Sabbath and First Day of the Week*, 4ª ed. rev. y ampl. (Washington, D.C.: Review & Herald, 1912), pp. 217-815; Kenneth A. Strand, ed., *The Sabbath in Scripture and History* (Washington, D.C.: Review and Herald, 1982), pp. 131-263.

³ Ver Samuele Bacchiocchi, "The Sabbath under Crossfire: A Biblical Analysis of Recent Sabbath/Sunday Developments", en *Biblical Perspectives*, t. 14 (Berrien Springs, MI: Biblical Perspectives, 1998). Desde la publicación de la obra de Bacchiocchi en 1998, las discusiones sobre el verdadero día de reposo permanecen encendidas, como antes.

Capítulo 1 | PRINCIPIOS DE INTERPRETACIÓN BÍBLICA

En un vuelo desde los Estados Unidos de Norteamérica hacia el Brasil, tuve un diálogo interesante con una joven estadounidense, la cual venía a este país como estudiante misionera. Ella me dijo que estudiaba Teología en una institución conservadora estadounidense, que tomaba a la Biblia realmente en serio. Al identificarme como teólogo adventista del séptimo día, su interés por el diálogo aumentó aún más. Sin poder contener su curiosidad, ella dijo: “Jamás tuve la oportunidad de conversar con un adventista del séptimo día. ¿Podría usted explicarme las principales creencias de su iglesia?”

Después de haber discutido sobre algunas enseñanzas bíblicas, mencioné que una de las razones que llevan a los adventistas a observar el sábado es el hecho de que Dios no solamente descansó durante el sábado, sino también bendijo y santificó ese día (ver Gén. 2:2, 3). La joven reaccionó espontáneamente:

“¡Pero usted no puede considerar este relato literalmente, ya que todo el contenido de Génesis 1 al 11 es simbólico!” Entonces, ponderé con ella: “Si tú estudias en una institución conservadora, que toma ‘la Biblia realmente en serio’, ¿por qué consideras el contenido de Génesis 1 al 11 solo simbólicamente?”

El diálogo siguió de manera respetuosa y amigable, pero una cosa quedó bien clara en mi mente: gran parte de los debates a lo largo de la historia cristiana, relacionados con la observancia del sábado y del domingo, han sido de naturaleza hermenéutica, nutridos por métodos divergentes de interpretación bíblica y filtros personales tendenciosos. En otras palabras, los asuntos de la perpetuidad, de la discontinuidad o de la sustitución del sábado como día de reposo cristiano dependen de la perspectiva desde la cual la persona estudia las Sagradas Escrituras.

Métodos de interpretación bíblica

Gerhard Ebeling sugiere que “la historia del cristianismo es la historia de la exposición de las Escrituras”.¹ Por consiguiente, la familiaridad con los diferentes métodos de interpretación bíblica es fundamental para la comprensión de los debates en torno a las doctrinas bíblicas, incluyendo el propio sábado. El siguiente contenido aborda, en forma resumida, de qué manera la Biblia y el sábado han sido encarados bajo el impacto de algunos de los métodos de interpretación que más influyeron en el pensamiento cristiano.

En el período postapostólico, intérpretes cristianos comprometidos con la filosofía griega pasaron a alegorizar el Texto Sagrado al punto de que el método alegórico llegó a ser predominante en el cristianismo medieval.² Muchos sentidos ocultos y artificiales, impuestos a la Biblia, fueron corroborados por la autoridad eclesiástica. Siendo así, textos bíblicos que confirman la observancia del sábado pasaron a ser releídos en forma alegórica, para dar espacio a la emergente observancia del domingo.³ Por ejemplo, el propio relato de la

EL SÁBADO EN LAS ESCRITURAS

Creación, que establece la observancia del séptimo día (Gén. 2:2, 3), era usado a favor del domingo, pues fue en el 'primer día' que Dios creó la luz (Gén. 1:3-5).⁴ Con este tipo de reinterpretación, el sábado terminó siendo destituido de su significado.

Otro golpe a la doctrina del sábado vino a través del método histórico-crítico, que recibió un impulso significativo a fines del siglo XVIII, con el surgimiento del racionalismo iluminista.⁵ Al ser aplicado al estudio de la Biblia, este método de análisis literario reduce el Texto Sagrado a un mero producto del contexto sociocultural en el que el referido texto llegó a existir.⁶ De esta manera, muchas enseñanzas bíblicas terminaron por perder su carácter normativo. Al considerar el contenido de Génesis 1 al 11 como mitológico, el sábado pasó a ser visto, por ejemplo, como una antigua institución babilónica⁷ o cananea,⁸ incorporada posteriormente por los hebreos, y no más pertinente para los cristianos modernos.

En la transición del siglo XIX al siglo XX, empezó a popularizarse, entre los evangélicos estadounidenses, el método dispensacionista de interpretación bíblica, que normalmente divide la historia humana en siete dispensaciones, o períodos diferentes.⁹ Debido a que cada dispensación es considerada como distinta de las demás, los principios de una no se aplicarían necesariamente a las otras. Limitando la vigencia del sábado a la así llamada "dispensación de la ley" (para el Israel antiguo), los adeptos de este método consideraban la observancia del sábado como anticuada para la actual "dispensación de la iglesia" (para la iglesia cristiana).¹⁰

A fines del siglo XX se estaba difundiendo, en muchos círculos cristianos liberales, el método posmoderno de considerar al propio lector como referencial de interpretación ("reader-oriented approach").¹¹ Rompiendo tanto con el carácter normativo del texto bíblico como con las tradiciones eclesiásticas predominantes, este método, de naturaleza esencialmente pluralista, deja a las Escrituras abiertas a una gran variedad de interpretaciones con-

fictivas. Por consiguiente, la aceptación o no del sábado pasó a ser un asunto individual. Cada persona debe decidir, basada en lo que más le convenga, qué hacer y qué dejar de hacer en este día.

Los métodos anteriormente mencionados surgieron en diferentes períodos de la historia, pero siguen siendo usados aún hoy por importantes segmentos cristianos. Por más atractivos que parezcan y difundidos que sean, son inaceptables para aquellos que reconocen el carácter normativo de las Escrituras como Palabra de Dios, y que las interpretan basados en los principios de la *Sola Scriptura* (exclusividad de las Escrituras) y de la *Tota Scriptura* (totalidad de las Escrituras). Por lo tanto, es indispensable que se use un método adecuado, que respete lo que el texto bíblico realmente está diciendo, sin atribuirle significados artificiales.

Filtros del mensaje bíblico

El compromiso personal con “toda palabra que sale de la boca de Dios” (Mat. 4:4), incluyendo la observancia del sábado, también ha sido minimizado por el uso de diferentes filtros personales. Por ejemplo, los tradicionalistas limitan la interpretación bíblica a las tradiciones eclesiásticas predominantes. Como a partir del siglo IV d.C. la gran mayoría de cristianos pasó a observar el domingo, y solamente pequeños segmentos del cristianismo siguieron observando el sábado,¹² los tradicionalistas insisten en que el domingo es, indiscutiblemente, el día de reposo para los cristianos.

Los racionalistas ponen a la razón humana por encima de las Escrituras, aceptando de ellas solamente las porciones que mejor encajan en su molde ideológico y más armonizan con su propia forma de pensar. Como, además del ejemplo divino (ver Gén. 2:1-3) y del Mandamiento divino (ver Éxo. 20:8-11), no existe una razón astronómica lógica para la observancia del sábado, este día es considerado por los racionalistas como una institución obsoleta, que solamente puede ser mantenida mediante una ingenua credulidad religiosa.

EL SÁBADO EN LAS ESCRITURAS

Por otro lado, los culturalistas tuercen el sentido obvio de las Escrituras a través de relecturas culturalmente condicionadas. Para ellos, la esencia propia del mensaje bíblico debe ser contextualizada en función de las diferentes culturas modernas, sin ejercer una influencia transformadora sobre los respectivos contextos culturales. De esta manera, la Palabra de Dios pierde su autoridad normativa. Como la cultura occidental no estimula y ni siquiera favorece la observancia del sábado, el día de reposo bíblico es considerado una institución anticultural.

A su vez, los carismáticos tienden a reemplazar el contenido objetivo de la Palabra de Dios por sus subjetivas experiencias personales.¹³ Interpretando tendenciosamente la declaración “porque la letra mata, pero el Espíritu da vida” (2 Cor. 3:6),¹⁴ tienen por costumbre aceptar, de las Escrituras, solamente las partes endosadas por supuestas revelaciones personales del Espíritu Santo. No siendo la validez del sábado confirmada por tales “revelaciones”, pasa a ser considerada como una institución legalista (porque “la letra mata”), antagónica a la experiencia de aquellos que son guiados por el Espíritu (porque “el Espíritu da vida”).

Existen también los familistas,¹⁵ que colocan sus vínculos familiares por encima de la Palabra de Dios. Poca relevancia es atribuida a las palabras de Cristo: “El que quiere a su padre o a su madre más que a mí no es digno de mí; el que quiere a su hijo o a su hija más que a mí no es digno de mí” (Mat. 10:37, 38). Para los familistas, la observancia del sábado es una institución inaceptable, que terminaría rompiendo la tradición familiar y la armonía social que ellos tanto estiman.

Un estudio serio y objetivo de las Escrituras, incluso de la doctrina bíblica del sábado, jamás debería estar condicionado a las tradiciones eclesiásticas, a la lógica humana, a la cultura moderna, a las experiencias personales o a los vínculos familiares y sociales. Por más importantes que sean, estos elementos son aceptables sola-

mente si no entran en conflicto con las enseñanzas normativas de la Palabra de Dios. Siempre que tales elementos entran en desacuerdo con la voluntad divina, la postura del cristiano debe ser la misma de Pedro y de los demás apóstoles: “¡Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres!” (Hech. 5:29).

La Biblia como su propio intérprete

La mitología griega hace alusión a un asaltante llamado Procrustes, que secuestraba a los viajeros que pasaban por un camino de acceso a Atenas. El asaltante tenía dos camas, una larga y la otra corta, en las que amarraba a las personas de baja estatura en la cama larga; y a las personas altas, en la cama corta. Entonces, estiraba a las personas bajas hasta que alcanzaran el tamaño de la cama larga, y cortaba la parte inferior de las piernas de las personas altas para que no excedieran la longitud de la cama corta, “provocando inevitablemente la muerte de todos”.¹⁶

Desconociendo la advertencia de no hacer ninguna añadidura o supresión a las Escrituras (ver Apoc. 22:18, 19), muchos cristianos modernos usan una postura semejante a la de Procrustes en su estudio del Texto Sagrado. En realidad, existe una fuerte tendencia a adaptar subjetivamente el contenido de la Palabra de Dios a los gustos y los intereses personales. Todo estudio honesto de la Biblia, que desea evitar tales riesgos y distorsiones, debe ser informado y controlado por algunos principios básicos de interpretación.

Uno de estos principios es el de la *exclusividad de las Escrituras*. La propia Biblia condena la aceptación de tradiciones humanas que invaliden “la palabra de Dios” (ver Mat. 15:3, 6, 9); de argumentos humanos que contradigan el pensamiento divino (ver Isa. 55:8, 9); y de experiencias carismáticas en desacuerdo con “la voluntad de mi Padre que está en el cielo” (ver Mat. 7:21-23). El contraste entre las efímeras opiniones humanas y la eterna palabra de Dios es resaltado en Isaías 40:6 al 8: “Que todo mortal es como

la hierba, y toda su gloria como la flor del campo. La hierba se seca y la flor se marchita, porque el aliento del Señor sopla sobre ellas. Sin duda, el pueblo es hierba. La hierba se seca y la flor se marchita, pero la palabra de nuestro Dios permanece para siempre”.

Otro principio básico de interpretación es el de la *totalidad de las Escrituras*. Cristo afirmó que el cristiano genuino es alguien que permite que el Espíritu Santo lo guíe “a toda la verdad” (Juan 16:13); que vive “de toda palabra que sale de la boca de Dios” (Mat. 4:4; cf. Deut. 8:3), y que enseña a otros “todas las cosas” ordenadas por Cristo (Mat. 28:20). De acuerdo con el apóstol Pablo, “toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para reprender, para corregir y para instruir en la justicia” (2 Tim. 3:16). Por consiguiente, el propio texto bíblico condena la práctica selectiva de aceptar, de las enseñanzas bíblicas, solamente lo que a uno le gusta, y rechazar lo que no se desea.

Un tercer principio básico de interpretación es reconocer y aceptar el *desarrollo natural de los temas bíblicos*, sin imponerles interpretaciones artificiales extrabíblicas. En este desarrollo, las enseñanzas de Cristo y de los apóstoles, registradas en el Nuevo Testamento, son los intérpretes inspirados de las Escrituras del Antiguo Testamento. Sin embargo, reconociendo a la Biblia como su propio intérprete, no se puede aceptar cualesquiera relecturas postapostólicas que tergiversen el significado natural del texto bíblico.

Además de la exclusividad, de la totalidad y del desarrollo natural del texto bíblico, también es indispensable *interpretar el texto bíblico literalmente*, excepto donde sea evidente el simbolismo. Es cierto que en la Biblia existen innumerables figuras de lenguaje, parábolas e incluso visiones apocalípticas, que deben ser interpretadas como tales. Pero, una de las equivocaciones hermenéuticas más graves es el intento de interpretar simbólicamente las porciones literales del texto bíblico, incluyendo sus descripciones históricas. Esta práctica termina por torcer el sentido obvio del Texto Sagrado,

exponiéndolo a innumerables relecturas tendenciosas.

Un quinto principio básico de interpretación es el *rechazo de falsas analogías que usan indebidamente un asunto para probar otro asunto*.¹⁷ Sin duda, en las Escrituras encontramos profecías y sus respectivos cumplimientos históricos; tipos (o símbolos) y sus respectivos cumplimientos antitípicos (o realidades). Pero, si queremos ser fieles al texto bíblico, no podemos imponerle relaciones tipológicas no sugeridas por el propio texto.

Por último, es indispensable reconocer el *carácter normativo y universal de las enseñanzas bíblicas*, y vivir en conformidad con ellas. El contenido de las Escrituras está repleto de principios universales y de aplicaciones temporales de esos principios en diferentes contextos culturales. Pero incluso tales aplicaciones temporales, cuya forma se restringe al contexto sociocultural de la época, están basadas en principios universales normativos, y pertinentes para todos los tiempos y lugares. En la analogía de los dos cimientos (ver Mat. 7:24-27), Cristo declara que edificar la casa espiritual sobre la roca significa oír y practicar sus “palabras”.

Resumen

Todo estudio que tiene como objetivo descubrir lo que la Biblia realmente quiere decir sobre diferentes asuntos (incluso sobre el sábado) debe, por un lado, evitar métodos y filtros que tergiversen el sentido natural del texto bíblico; y, por otro lado, adoptar principios adecuados de interpretación bíblica.

Entre los métodos que deben ser evitados, están (1) el método alegórico, que destituye al texto bíblico de su verdadero significado; (2) el método histórico-crítico, que elimina el carácter normativo de muchas de las enseñanzas bíblicas; (3) el método dispensacionalista, que fragmenta la unidad general de las Escrituras; y (4) el método posmoderno, que transfiere la autoridad del texto bíblico a su lector, dejando a las Escrituras abiertas a una gran variedad de interpreta-

ciones conflictivas.

También es indispensable evitar algunos filtros personales como (1) el tradicionalismo, que limita la interpretación bíblica a las tradiciones eclesíásticas predominantes; (2) el racionalismo, que acepta de las Escrituras solamente las porciones que mejor encajan en su marco ideológico y más armonizan con su propia forma de pensar; (3) el culturalismo, que tuerce el sentido obvio de las Escrituras a través de relecturas culturalmente condicionadas; (4) el existencialismo, que tiende a reemplazar el contenido objetivo de la Palabra de Dios por experiencias personales subjetivas; y (5) el familismo, que pone a los vínculos familiares y sociales por encima de la Palabra de Dios.

Por otro lado, un estudio adecuado del texto bíblico, que reconoce a la Biblia como su propio intérprete, debe ser informado y controlado por los principios (1) de la exclusividad de las Escrituras; (2) de la totalidad de las Escrituras; (3) del desarrollo natural de los temas bíblicos; (4) de la interpretación literal del texto bíblico, excepto donde es evidente el simbolismo; (5) del rechazo de las falsas analogías; y (6) del reconocimiento del carácter normativo y universal de las enseñanzas bíblicas, y de la conformidad personal con ellas. Estos principios constituyen la base hermenéutica del estudio sobre el sábado expuesto en los siguientes capítulos.

Referencias:

¹ Gerhard Ebeling, *The Word of God and Tradition: Historical Studies Interpreting the Divisions of Christianity*, trad. S. H. Hooke (Philadelphia: Fortress, 1968), pp. 11-31 (Capítulo 1 - "Church History is the History of the Exposition of Scripture"). Para un estudio más detenido del asunto, ver Anthony C. Thiselton, *Thiselton on Hermeneutics: Collected Works with New Essays* (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 2006), pp. 40-45.

² Ver William W. Klein, Craig L. Blomberg y Robert L. Hubbard Jr., *Introduction to Biblical Interpretation*, ed. rev. y actual (Nashville, TN: Thomas Nelson, 2004), pp. 34-45.

³ El uso de textos bíblicos sobre el sábado para justificar la observancia del domingo puede ser visto en las citas de los Padres de la Iglesia compiladas por Willy Rordorf en su obra *Sabbat und Sonntag in der Alten Kirche* (Zurique: Theologischer Verlag, 1972), pp. 126-237, passim.

⁴ Justino de Roma, *I e II Apologias; Diálogo com Trifão*, 2ª ed., trad. Ivo Storniolo y

Euclides M. Balancin, *Patrística*, t. 3 (São Paulo: Paulus, 1995), pp. 83, 84 (I *Apologia*, § 67).

⁵ Para una breve introducción al método histórico-crítico, ver Edgar Krentz, *The Historical-Critical Method* (Philadelphia: Fortress, 1975).

⁶ Algunas de las críticas más señaladas al método histórico-crítico aparecen en Gerhard Maier, *The End of the Historical-Critical Method*, trad. Edwin W. Leverenz y Rudolph F. Nordern (St. Louis, MO: Concordia, 1977); Gerhard F. Hasel, *Biblical Interpretation Today: An Analysis of Modern Methods of Biblical Interpretation and Proposals for the Interpretation of the Bible as the Word of God* (Washington, D.C.: Biblical Research Institute, 1985); Gerhard Maier, *Biblical Hermeneutics*, trad. Robert W. Yarbrough (Wheaton, IL: Crossway, 1994); Eta Linnemann, *Historical Criticism of the Bible: Methodology or Ideology? Reflections of a Bultmannian Turned Evangelical*, trad. Robert W. Yarbrough (Grand Rapids, MI: Baker, 1990); Ídem., *Biblical Criticism on Trial: How Scientific Is "Scientific Theology"?*, trad. Robert Yarbrough (Grand Rapids, MI: Kregel, 1998).

⁷ Friedrich Delitzsch, *Babel and Bible: Two Lectures on the Significance of Assyriological Research for Religion* (Chicago: Open Court, 1903), p. 38.

⁸ Julian Morgenstern, "Sabbath", en George A. Buttrick, ed., *The Interpreter's Dictionary of the Bible* (Nueva York: Abingdon, 1962), [4]:135, 136.

⁹ *A Biblia Sagrada*, con las referencias y notas de C. I. Scofield (Kissimme, FL: Imprenta Bautista Regular del Brasil, 1983), p. 4, menciona las siguientes dispensaciones: "Inocencia (Gén. 1:28); Conciencia Responsabilidad Moral (Gén. 3:7); Gobierno Humano (Gén. 8:15); Promesa (Gén. 12:1); Ley (Éxo. 19:1); Iglesia (Hech. 2:1); Reino (Apoc. 20:4)". Para un análisis crítico del método dispensacionalista de interpretación bíblica, ver Hans K. LaRondelle, *The Israel of God in Prophecy: Principles of Prophetic Interpretation* (Berrien Springs, MI: Andrews University Press, 1983).

¹⁰ Charles F. Baker argumenta, en su libro *A Dispensational Theology* (Grand Rapids, MI: Grace Bible College Publications, 1971), p. 262, que la observancia del sábado "se aplicaba solo a Israel como una característica distintiva del pacto de Dios con aquella nación".

¹¹ Entre las exposiciones más importantes de la hermenéutica bíblica posmoderna se encuentran las siguientes: Edgar V. McKnight, *Postmodern Use of the Bible: The Emergence of Reader-oriented Criticism* (Nashville, TN: Abingdon, 1988); George Aichele, et. al., *The Postmodern Bible: The Bible and Culture Collective* (New Haven, CT: Yale University Press, 1995). Ver también Anthony C. Thiselton, *New Horizons in Hermeneutics* (Grand Rapids, MI: Zondervan, 1992); Terence E. Fretheim y Karlfried Froehlich, *The Bible as Word of God in a Postmodern Age* (Minneapolis, MN: Fortress, 1998).

¹² La existencia de cristianos observadores del sábado a lo largo de la Era Cristiana es comprobada en J. N. Andrews, *History of the Sabbath and First Day of the Week*, 3ª ed., rev. (Battle Creek, MI: Review & Herald, 1887), pp. 193-517; J. N. Andrews y L. R. Conradi, *History of the Sabbath and First Day of the Week*, 4ª ed., rev. y ampl. (Battle Creek, MI: Review & Herald, 1912), pp. 217-815; Rordorf, *Sabbat und Sonntag in der Alten Kirche*; Kenneth A. Strand, ed., *The Sabbath in Scripture and History* (Washington, D.C.: Review & Herald, 1982), pp. 131-263, 323-332.

¹³ Una historia comprensiva del reavivamiento pentecostal/carismático es provista en Vinson Synan, *The Century of the Holy Spirit: 100 Years of Pentecostal and*

EL SÁBADO EN LAS ESCRITURAS

Charismatic Renewal, 1901-2001 (Nashville, TN: Thomas Nelson, 2001).

¹⁴ Ralph Martin sugiere que la “letra”, aquí, se refiere a “determinada interpretación de la Torah que prevalecía en Corinto” o, en otras palabras, a “un mal uso de la ley de Moisés vista como un fin en sí mismo, dejando de reconocer su verdadero propósito (Rom. 10:4) de conducir su cumplimiento a Cristo (Gál. 3:24)” (Ralph P. Martin, “2 Corinthians”, en *Word Biblical Commentary*, [Waco, TX: Word Books, 1986], t. 40, p. 55.

¹⁵ El “Familismo” (inglés, *familism*) puede ser definido como “un patrón social en el cual la familia asume una posición de ascendencia sobre los intereses individuales”. – www.merriam-webster.com/dictionary/familism (consultado el 15/12/2009).

¹⁶ Maria Mavromataki, *Greek Mythology and Religion: Cosmogony, the Gods, Religious Customs, the Heroes* (Atenas: Hailalis, 1997), p. 174.

¹⁷ Ver David H. Fischer, *Historians' Fallacies: Toward a Logic of Historical Thought* (Nueva York: Harper, 1970), pp. 243-259.

ORIGEN DEL SÁBADO

Capítulo 2

En el diálogo con la estudiante misionera estadounidense, mencionado en el capítulo 1, ella argumentó, como muchos intérpretes modernos, que el contenido de Génesis 1 al 11 no es literal, sino simbólico. De esta manera, aquel texto, incluyendo la descripción bíblica sobre el origen del sábado (ver Gén. 2:1-3), termina expuesto a varias interpretaciones artificiales y contradictorias. Por ejemplo, el asiriólogo alemán Friedrich Delitzsch cree que el sábado se originó en Babilonia.¹ Julian Morgenstern cree que tal observancia surgió en el contexto de la cultura agrícola cananea.² Por otro lado, Cuthbert A. Simpson alega que el sábado era una reminiscencia de la supuesta “adoración de la diosa luna” por los propios israelitas en sus peregrinaciones nocturnas por el desierto.³ Al mismo tiempo, Paul K. Jewett refleja la teoría popular de que Dios instituyó el sábado solamente después del éxodo de Israel, de Egipto.⁴ Por

más creativas que sean, tales teorías son inaceptables para aquellos que toman en serio lo que la propia Biblia dice sobre el asunto.

En la enseñanza bíblica sobre el origen del sábado, es fundamental la comprensión de la naturaleza (1) del relato de Génesis 1 al 11; (2) de los “días” de la Creación; y (3) del séptimo día de la Creación. El siguiente contenido considera brevemente cada uno de estos temas.

El relato de Génesis 1 al 11

Los defensores del método histórico-crítico niegan la literalidad del relato de Génesis 1 al 11, sugiriendo que su contenido es puramente mitológico.⁵ Sin embargo, para ser consistentes con el principio de “la Biblia como su propio intérprete”, debemos tomar en consideración cómo los demás escritores bíblicos se refieren al contenido de los primeros once capítulos de las Sagradas Escrituras. ¿Consideran tales escritores este contenido como mitológico o como histórico? Alusiones bíblicas posteriores al relato de la Creación, a la caída de Adán y Eva, al homicidio de Abel, al Diluvio, y a las genealogías relacionadas con Adán y Sem ayudan a dilucidar este asunto.

La autenticidad del relato de la Creación (Gén. 1-2) es confirmada por varios textos bíblicos. Por ejemplo, el mandamiento del sábado afirma que “en seis días hizo el Señor los cielos y la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos, y que descansó el séptimo día. Por eso, el Señor bendijo y consagró el día de reposo” (Éxo. 20:11). El libro de Salmos declara que “por la palabra del Señor fueron creados los cielos [...] porque él habló, y todo fue creado; dio una orden, y todo quedó firme” (Sal. 33:6, 9). El propio Cristo se refiere a “cuando Dios creó el mundo” (Mar. 13:19), y que “al principio de la creación Dios ‘los hizo hombre y mujer’ ” (Mar. 10:6; también Mat. 19:4). El apóstol Pablo confirma que Dios creó la luz (2 Cor. 4:6), así como al hombre y a la mujer (1 Cor. 11:9). El apóstol Pedro menciona que la

Tierra “surgió del agua y mediante el agua” (2 Ped. 3:5). El apóstol Juan testimonia que “todas las cosas” fueron creadas por Dios (Juan 1:1-3, 10), que “hizo el cielo, la tierra, el mar y los manantiales” (Apoc. 14:7).

La realidad de la caída de Adán y Eva (Gén. 3) es confirmada por Pablo, al decir que “por medio de un solo hombre [Adán] el pecado entró en el mundo, y por medio del pecado entró la muerte” (Rom. 5:12; también Rom. 5:12-21; 1 Cor. 15:22, 45; 1 Tim. 2:13, 14). El homicidio de Abel (Gén. 4:1-16) es tenido como un hecho tanto por Cristo (Mat. 23:35; Luc. 11:51) como por la Epístola a los Hebreos (Heb. 11:4; 12:24). La historia de Noé y el Diluvio (Gén. 6-9) es confirmada en el libro del profeta Isaías (Isa. 54:9), por el propio Cristo (Mat. 24:37-39; Luc. 17:26, 27), en la Epístola a los Hebreos (Heb. 11:7), así como en los escritos del apóstol Pedro (1 Ped. 3:20; 2 Ped. 2:5; 3:5, 6). Las genealogías de los descendientes de Adán y Sem (Gén. 5:1-32; 11:10-32) son corroboradas por Lucas en la genealogía de Jesús (Luc. 3:23-38).

Por lo tanto, una lectura del texto bíblico es suficiente para confirmar que Cristo y los demás profetas bíblicos consideraban Génesis 1 al 11 como una descripción histórica literal. Por otro lado, una relectura mitológica del texto mencionado termina por torcer su naturaleza y propósito. En armonía con la enseñanza bíblica, el presente estudio considera el relato en discusión como histórico y no mitológico.

Los “días” de la Creación

El intento de armonizar el relato bíblico de la Creación (Gén. 1-2) con la teoría evolucionista llevó a algunos intérpretes bíblicos a proponer un evolucionismo teísta,⁶ en el cual cada “día” de la semana de la Creación representaría una “era” geológica de mil años. Ha sido buscado apoyo bíblico para esta respuesta en las declaraciones de que “mil años, para ti, son como el día de ayer, que ya pasó; son

como unas cuantas horas de la noche” (Sal. 90:4) y “que para el Señor, un día es como mil años, y mil años como un día” (2 Ped. 3:8). Como ninguna de estas declaraciones se refiere a los días de la Creación, tal asociación no pasa de una falsa analogía.

Eruditos en el estudio del Antiguo Testamento reconocen que cada “día” (hebreo *yôm* [día] y no *aeon* [era]) debe ser entendido, en Génesis 1:1 a 2:3, como un día literal de 24 horas. Por ejemplo, C. F. Keil y F. Delitzsch afirman que, “si los días de la Creación son regulados por el recurrente intercambio de luz y tinieblas, éstos deben ser considerados no como períodos de tiempo de duración incalculable, de años o miles de años, sino como días terrestres simples”.⁷

Gordon J. Wenham añade:

“Puede haber poca duda de que, aquí, ‘día’ tiene el sentido básico de un período de 24 horas. La mención de tarde y mañana, la enumeración de los días y el descanso divino en el séptimo día demuestran que una semana de actividades divinas está siendo descrita aquí. Obviamente, en otros lugares, “en el día en que” y expresiones similares pueden significar, simplemente, “cuando” (por ejemplo, 2:4; 5:1, etc.). En realidad, el Salmo 90:4 dice que mil años son para Dios como un día. Pero es peligroso intentar correlacionar la teoría científica con la revelación bíblica recurriendo a tales textos”.⁸

Gerhard F. Hasel argumenta que la estructura lingüística de Génesis 1, la secuencia de los eventos descritos en él y el testimonio de otros textos bíblicos (Éxo. 20:8-11; 31:12-17) confirman que los “días” de la semana de la Creación solamente pueden ser entendidos como una secuencia cronológica e inacabable de siete días literales, de 24 horas cada uno.⁹ De acuerdo con Cuthbert A. Simpson,

“no resta duda que, por ‘día’, el autor intentaba decir precisamente lo que nosotros entendemos –el tiempo necesario para que la Tierra dé una vuelta alrededor de su eje”. Por lo tanto, el intento de interpretar los “días” de la semana de la Creación como si fueran “eras” mucho más largas termina por “minimizar la grandeza de Dios” y “su poder de realizar tanto en un día”.¹⁰

Todavía en relación con los “días” de la semana de la Creación, se puede observar que solamente los seis primeros días son calificados por la expresión “tarde y mañana” (Gén. 1:5, 8, 13, 19, 23, 31, RV60) y no el “séptimo día” (Gén. 2:2, 3). ¿Quiere decir que el “séptimo día” habría sido mayor que los otros días, o incluso un período de tiempo indefinido? Existen, por lo menos, dos motivos para considerar la duración del séptimo día como igual a la de los demás días. En primer lugar, la palabra “día” (hebreo *yôm*) es la misma para todos los siete días. Siendo así, si los primeros seis días representan períodos literales de 24 horas, la misma duración también debe ser atribuida al séptimo día. En segundo lugar, el séptimo día de la semana de la Creación solamente sirve de modelo para la observancia del sábado semanal si aquel fue un día literal, como los sábados subsecuentes (Éxo. 20:8-11; 31:12-17; Heb. 4:4-11). Por lo tanto, la ausencia de la expresión “tarde y mañana” en relación con el séptimo día jamás debería ser usada para atribuirle una duración mayor que la sugerida por el propio texto.

El séptimo día de la Creación

La primera alusión bíblica al descanso en el séptimo día aparece en Génesis 2:2 y 3, que dice: “Al llegar el séptimo día, Dios descansó porque había terminado la obra que había emprendido. Dios bendijo el séptimo día, y lo santificó, porque en ese día descansó de toda su obra creadora”. Algunos comentaristas que consideran el sábado una institución meramente judía niegan que este texto establezca la observancia del sábado para la raza humana, pues (1)

la expresión usada es “séptimo día” y no “sábado”; y (2) la alusión solamente es al descanso de Dios y no de los seres humanos. Pero tales argumentos carecen de consistencia.

La teoría de que el sábado haya sido establecido solamente para los judíos no tiene sentido, pues el propio Cristo confirmó la universalidad del sábado al mencionar que “el sábado se hizo para el hombre, y no el hombre para el sábado” (Mar. 2:27). Además de eso, el profeta Isaías dice que el sábado sería observado, en la era mesiánica, por eunucos y por extranjeros (Isa. 56:1-8). A su vez, la mera ausencia del término “sábado” en Génesis 2:2 y 3 no debilita el contenido del texto, ya que el propio mandamiento del sábado define que “el día séptimo será un día de reposo para honrar al Señor tu Dios” (Éxo. 20:10). El asunto no es tanto el uso del término “sábado” como el énfasis en el concepto del descanso semanal en el séptimo día.

El descanso de Dios, que “no se cansa ni se fatiga” (Isa. 40:28), proveyó a los seres humanos el modelo de descanso semanal (Éxo. 20:8-11; 31:12-17; Heb. 4:4-11). De acuerdo con Gerhard F. Hasel, “Dios se manifestó, en cesar su obra y en descansar, como ejemplo divino para la raza humana”.¹¹ Ya que Adán y Eva fueron creados en el sexto día (Gén. 1:26-28), y Dios descansó en el séptimo (Gén. 2:2, 3), es evidente que para aquella pareja el sábado fue el primer día completo de existencia, en el cual participaron del descanso sabático, por la gracia de Dios. Karl Barth argumenta que “el testimonio bíblico conecta tan expresa y directamente la actividad divina en el séptimo día de la Creación con la institución del sábado, que el hombre debe observar, que es imposible entenderlo desde otro ángulo”.¹² El mismo autor añade:

“Los testimonios bíblicos no sugieren, obviamente, que la Creación, teniendo al hombre por cabeza, fuera a trabajar en este día de descanso divino, después del último día de trabajo. La clara inferencia es

ORIGEN DEL SÁBADO

que la creación, y en forma suprema el hombre, descansó con Dios en el séptimo día y participó de su libertad, descanso y alegría, aún no habiendo realizado ningún trabajo del cual cesar, y su libertad, descanso y alegría en el sábado solamente podían observar la obra de Dios y no la suya".¹³

Además de descansar en el "séptimo día", Dios también "bendijo" y "santificó" ese día (Gén. 2:2, 3). Cualesquiera dudas en cuanto al significado del "séptimo día" son disipadas por una comprensión adecuada de este triple acto de Dios: descansar, bendecir y santificar. Si el descanso de Dios, en sí, ya implica la institución del sábado para sus criaturas, el hecho de que él haya bendecido y santificado este día corrobora tal institución. Cuando Dios bendice y santifica algo, siempre lo hace en beneficio de sus criaturas. Este triple acto de Dios confirma el origen edénico del sábado (Gén. 2:2, 3), anterior a la caída de Adán y Eva (Gén. 3), cuando todo aún "era muy bueno" (Gén. 1:31). Por lo tanto, el sábado es de naturaleza moral y de alcance universal, y su validez no se restringe a cualquier tiempo, lugar o pueblo específico.

Al escoger Dios un medio especial de comunión con sus criaturas, ¿por qué elegiría un día específico (el sábado), en vez de un lugar específico en el Jardín del Edén? Sakae Kubo sugiere que Dios "escogió un segmento de tiempo" para comulgar con sus criaturas por tres motivos: (1) porque el tiempo es universal, y está en todas partes; (2) porque el tiempo es inmaterial, señalando más allá del espacio y de la materia, hacia las cosas espirituales; y (3) porque el tiempo es todo abarcador, no oscilando jamás en intensidad.¹⁴ Esas características del tiempo son las que permiten que el sábado llegue igualmente a todos los seres humanos (ricos y pobres, cultos e incultos), como un genuino "santuario en el tiempo".¹⁵

Resumen

Un estudio más detenido sobre el origen del sábado debe tomar en consideración la naturaleza del relato de Génesis 1 al 11, de los “días” de la Creación y del séptimo día de la Creación. El testimonio de las Escrituras confirma que Cristo y los demás profetas bíblicos consideraban Génesis 1 al 11 como una descripción histórica literal. Cualquier relectura mitológica del referido texto termina por tergiversar su naturaleza y propósito. El presente estudio, basado en el principio de la Biblia como su propio intérprete, considera el relato en discusión como histórico y no mitológico.

Los “días” de la semana de la Creación solamente pueden ser entendidos como días literales de 24 horas, tomándose en consideración la estructura lingüística de Génesis 1, la secuencia de los eventos descritos en él y el testimonio de otros textos bíblicos (Éxo. 20:8-11; 31:12-17). Incluso, si no se lo califica con la expresión “tarde y mañana”, el “séptimo día” (Gén. 2:2, 3) debe ser considerado como teniendo la misma duración de los demás días, pues la palabra “día” (del hebreo *yôm*) es la misma para todos los siete días; y el séptimo día de la semana de la Creación solamente sirve de modelo para la observancia del sábado semanal si aquel fue un día literal (Éxo. 20:8-11; 31:12-17; Heb. 4:4-11).

El origen edénico del sábado es confirmado por el hecho de que Dios descansó, así como también bendijo y santificó este día (Gén. 2:2, 3). Descansando durante el sábado, Dios proporcionó un ejemplo para sus criaturas. Bendiciendo este día, él lo transformó en un canal de bendiciones para ellas. Además, Dios instituyó el sábado, separándolo para un uso sagrado. Este triple acto confirma que Dios instituyó el sábado para beneficio de la raza humana. Escogiendo un segmento de tiempo, en vez de un lugar específico, Dios colocó el sábado a disposición de todos los seres humanos, en todos los tiempos y lugares. Pero la historia bíblica demuestra que no siempre el pueblo de Dios fue leal a este legado.

Referencias:

- ¹ Friedrich Delitzsch, *Babel and Bible*, p. 38.
- ² Julian Morgenstern, "Sabbath", en G. A. Buttrick, ed., *The Interpreter's Dictionary of the Bible*, t.4, pp. 135, 136.
- ³ Cuthbert A. Simpson, "The Book of Genesis", en George A. Buttrick, ed., *The Interpreter's Bible* (Nueva York: Abingdon-Cokesbury, 1952), t.1, p. 489.
- ⁴ Paul K. Jewett, *The Lord's Day: A Theological Guide to the Christian Day of Worship* (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1971), pp. 13-16.
- ⁵ La tradición histórico-crítica de considerar Génesis 1 al 11 como mitológico fue influenciada significativamente por los estudios de Julius Wellhausen (1844-1918).
- ⁶ Para un estudio más detenido de la controversia creacionista/evolucionista, ver Henry M. Morris, *A History of Modern Creationism* (San Diego, CA: Master Book Publisher, 1984); *The Long War Against God: The History and Impact of the Creation/Evolution Conflict* (Grand Rapids, MI: Baker, 1989); Ronald L. Numbers, *The Creationists: The Evolution of Scientific Creationism* (Nueva York: Alfred A. Knopf, 1992); James L. Hayward, *The Creation/Evolution Controversy: An Annotated Bibliography* (Lanham, MD: Scarecrow, 1998).
- ⁷ C. F. Keil y F. Delitzsch, *Commentary on the Old Testament in Ten Volumes* (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1991), t. 1 [Pentateuco I], p. 51.
- ⁸ Gordon J. Wenham, "Genesis 1-15", en *Word Biblical Commentary* (Waco, TX: Word, 1987), t.1 p. 19.
- ⁹ Gerhard F. Hasel, "The 'Days' of Creation in Genesis 1: Literal 'Days' or Figurative 'Periods/EPOCHS' of Time?" en John T. Baldwin, *Creation, Catastrophe, and Calvary* (Hagerstown, MD: Review and Herald, 2000), pp. 40-68.
- ¹⁰ C. A. Simpson, "The Book of Genesis", en G. A. Buttrick, ed., *The Interpreter's Bible*, t. 1, p. 471.
- ¹¹ Gerhard F. Hasel, "Sabbath", en David N. Freedman, ed., *The Anchor Bible Dictionary* (Nueva York: Doubleday, 1992), t. 5, p. 851.
- ¹² Karl Barth, *Church Dogmatics* (Edinburgh: T.&T. Clark, 1958), t. 3, pt. 1, p. 214.
- ¹³ *Ibid.*, p. 217.
- ¹⁴ Sakae Kubo, *God Meets Man: A Theology of the Sabbath and Second Advent* (Nashville, TN: Southern Publishing Association, 1978), p. 24.
- ¹⁵ Alberto R. Timm, "Um santuário no tempo", *Momentos de Alegria: um dia sem estresse* (2001), pp. 10-12. Abraham J. Heschel, en su libro *The Sabbath: Its Meaning for Modern Man* (Nueva York: Noonday Press, 1951), p. 12, habla del sábado como "un palacio en el tiempo".

EL SÁBADO EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

La historia del pueblo de Dios en el Antiguo Testamento está repleta de episodios relacionados con la observancia del sábado. En ocasiones solemnes, Dios enunció mandamientos que orientaban esta observancia. Al alejarse el pueblo de las prescripciones divinas, Dios usó profetas para advertirles y condenar la apostasía. Es importante que nos familiaricemos con tales episodios, pues fueron registrados “para advertencia nuestra, pues a nosotros nos ha llegado el fin de los tiempos” (1 Cor. 10:11).

El contenido del presente capítulo considera aspectos importantes relacionados con el sábado: (1) del Edén al Sinaí; (2) en el pacto del Sinaí; (3) durante la peregrinación en el desierto; (4) en la Tierra Prometida; (5) en los días de los profetas; y (6) en el período posterior al exilio.

El sábado del Edén al Sinaí

El ciclo semanal de siete días, instituido en la creación del mundo (Gén. 1:1-2:3), fue perpetuado de manera continua a lo largo de la historia humana, gracias a la observancia del sábado, cada séptimo día. Evidencias de este ciclo asoman mucho antes de la proclamación del Decálogo en el Sinaí. Por ejemplo, en el contexto del Diluvio, ya aparecen expresiones como “otros siete días” y “siete días más” (Gén. 8:10, 12). En la descripción del matrimonio de Jacob con Lea existen dos alusiones a la “semana nupcial” (Gén. 29:27, 28). Tales períodos pueden no haber coincidido con el inicio y el término del propio ciclo semanal, pero confirman que la semana de siete días era conocida por los patriarcas.¹

Durante la opresión del cautiverio egipcio (Éxo. 3:7-9), los israelitas fueron negligentes en cuanto a su obediencia a los Mandamientos divinos (ver. Gén. 26:5), que ciertamente incluían la observancia del sábado (Éxo. 16:25-28). El éxodo de Egipto tenía como objetivo restaurar tanto el sistema sacrificial (Éxo. 3:18) como la obediencia a los “preceptos” y las “leyes” de Dios (Sal. 105:43-45). Pero Faraón reaccionó negativamente, indagando “¿por qué distraen al pueblo de sus quehaceres?” (Éxo. 5:4) y acusó a los israelitas de ser “holgazanes” (Éxo. 5:8, 17). C. F. Keil y F. Delitzsch declaran que “Faraón no quería oír nada con respecto a cualquier adoración. Él creía que el pedido era solamente una excusa para buscar feriados para el pueblo, o días de descanso de sus labores”.²

George Rawlinson añade:

“Como los antiguos egipcios no tenían una institución como el sábado semanal, y ciertamente no tolerarían la abstinencia del trabajo por parte de los esclavos hebreos en un día entre siete, debemos suponer que el descanso sabático, si ya era conocido por los hebreos, había caído en desuso durante su permanencia en Egipto”.³

EL SÁBADO EN LAS ESCRITURAS

Siendo así, es probable que en la propia acusación de que los israelitas eran “holgazanes” (Éxo. 5:8, 17) haya indicios de una restauración de la observancia del sábado, lo que resultó en una opresión aún mayor (Éxo. 5:6-14).

Un mes después de salir de Egipto (Éxo. 12:2, 6, 11, 12, 37), los israelitas llegaron al desierto de Sin (Éxo. 16:1), donde el Señor comenzó a alimentarlos con maná, con la intención de probar si andarían en su Ley o no (Éxo. 16:4). En el relato de este incidente (ver Éxo. 16), aparece la palabra “sábado” por primera vez en el Antiguo Testamento (Éxo. 16:23), y su contenido es de importancia fundamental para la comprensión del origen y el desarrollo de la observancia del sábado en las eras primordiales de la historia humana.

En Éxodo 16:25 al 30 leemos:

—Cómanlo hoy sábado —les dijo Moisés—, que es el día de reposo consagrado al Señor. Hoy no encontrarán nada en el campo. Deben recogerlo durante seis días, porque el día séptimo, que es sábado, no encontrarán nada.

Algunos israelitas salieron a recogerlo el día séptimo, pero no encontraron nada, así que el Señor le dijo a Moisés: “¿Hasta cuándo seguirán desobedeciendo mis leyes y mandamientos? Tomen en cuenta que yo, el Señor, les he dado el sábado. Por eso en el día sexto les doy pan para dos días. El día séptimo nadie debe salir. Todos deben quedarse donde estén”.

Fue así como los israelitas descansaron el día séptimo”.

De acuerdo con G. H. Waterman:

“Este pasaje [Éxo. 26:28, 29] muestra que el sá-

bado fue ciertamente hecho conocido a Israel antes de haber sido dada la Ley en el Sinaí. Los israelitas no llegaron al Sinaí antes del siguiente mes (16:1; 19:1). El pasaje también muestra que esta no fue la primera institución del sábado. La manera accidental en que el asunto es introducido y la amonestación del Señor en relación con la desobediencia del pueblo presuponen que el sábado era conocido previamente. La pregunta del Señor: ‘¿Hasta cuándo seguirán desobedeciendo mis leyes y mandamientos?’ [Éxo. 16:28] suena como si la ordenanza hubiese existido hacía un largo tiempo. En realidad, la ecuación del sábado como séptimo día, la declaración de que el Señor dio el sábado a los israelitas y la mención de que por el mandamiento de Dios el pueblo descansó en el séptimo día, todo esto muestra indudablemente la institución primitiva del sábado”.⁴

Por lo tanto, Éxodo 16:26 aclara que, mucho antes de la proclamación del Decálogo en el Sinaí, ya existían “leyes” y “mandamientos” divinos que ordenaban la observancia del sábado. La propia dádiva del maná durante seis días de la semana y el milagro de su preservación durante el sábado (Éxo. 16:22-24), que acompañarían a los israelitas durante los cuarenta años de peregrinación en el desierto (Éxo. 16:35; Jos. 5:12), eran una confirmación divina de la santidad de ese día. Presenciando el pueblo ese milagro cada sábado, Dios condujo a los israelitas del desierto de Sin a la ladera del monte Sinaí, donde establecería su pacto con ellos.

El sábado en el pacto del Sinaí

Existen muchas discusiones sobre la naturaleza del pacto de Dios con Israel en el Sinaí (ver Éxo. 19-24), que involucra la procla-

mación del Decálogo (ver Éxo. 20:3-17).⁵ Un análisis exhaustivo del texto bíblico revela que este pacto no fue enunciado de forma legalista; pues, en este caso, el propio Dios habría enseñado un camino equivocado de salvación (ver Sal. 6:4; Isa. 55:1). Tanto la elección de Israel (Deut. 7:7, 8) como su liberación del cautiverio egipcio (Éxo. 14:13, 14) fueron motivadas por la gracia divina. Primero, Dios libertó a su pueblo escogido para después proclamar su Ley y exigir obediencia, como una respuesta humana a la salvación divina. El propio Decálogo es introducido con las palabras: “Yo soy el Señor tu Dios. Yo te saqué de Egipto, del país donde eras esclavo” (Éxo. 20:2). Por lo tanto, “desde su origen, la Ley está firmemente establecida en un contexto de gracia”.⁶

La repetición de la Ley en Deuteronomio (ver Deut. 5:7-21) también aparece en un contexto de gracia. Gerhard von Rad aclara que:

“Es imposible, pues, considerar los mandamientos de Deuteronomio como una ‘ley’, en el sentido teológico, que lleve a Israel a merecer la salvación por la observancia global de las exigencias divinas. Por el contrario, los mandamientos de Deuteronomio son una gran explicación del mandamiento del amor por Jehová y de apego exclusivo a él (Deut. 6:4). Este amor es la respuesta de Israel al amor divino que le fue testificado. Los numerosos imperativos de Deuteronomio son llamados implícitos o explícitos a un reconocimiento activo, y son fáciles de observar. [...] Pero, aun en esos imperativos, cuyo motivo es obtener una recompensa (‘para que disfrutes de una larga vida y te vaya bien en la tierra’), la gran oferta de la salvación no es eliminada, porque el Deuteronomio no enseña un camino legalista. Aun las palabras que parecen establecer una dependencia relativa de la salvación a la obediencia a Jehová

son precedidas por la proclamación de la elección y del amor de Jehová. En lugar de eso, se trata de una invitación dirigida a Israel para que se apropie personalmente de una realidad que ya está dada y para que se instale en esta realidad por medio de la obediencia y en actitud de reconocimiento. También allí, antes del imperativo, está el indicativo deuteronomista: ‘sois ahora el pueblo separado por Jehová’ ”.⁷

El cuarto mandamiento del Decálogo, que ordena la observancia del sábado (ver Éxo. 20:8-11), es parte integrante del pacto del Sinaí (Deut. 4:13; 5:1-21) y “ocupa un lugar central en este pacto, sirviendo como eslabón de conexión entre los mandamientos que tienen que ver con los deberes para con Dios [Éxo. 20:3 al 11] y los que tienen que ver con los deberes para con el hombre [Éxo. 20:12-17]”.⁸ Ese mandamiento fue registrado en Éxodo 20:8-11 en los siguientes términos:

“Acuérdate del sábado para consagrarlo. Trabaja seis días, y haz en ellos todo lo que tengas que hacer, pero el día séptimo será un día de reposo para honrar al Señor tu Dios. No hagas en ese día ningún trabajo, ni tampoco tu hijo, ni tu hija, ni tu esclavo, ni tu esclava, ni tus animales, ni tampoco los extranjeros que vivan en tus ciudades. Acuérdate de que en seis días hizo el Señor los cielos y la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos, y que descansó el séptimo día. Por eso el Señor bendijo y consagró el día de reposo”.

El mandamiento define el sábado como una institución vigente antes de la proclamación de la Ley en el Sinaí. Mientras la expresión “acuérdate”, en el versículo 8, sugiere familiaridad con el sábado, el versículo 11 confirma su origen en el triple acto divino –descansar,

bendecir y santificar—, en el séptimo día de la Creación (Gén. 2:1-3). G. H. Waterman declara correctamente:

“El propio cuarto Mandamiento no da a entender que sea la primera promulgación del sábado. Sus palabras introductorias: ‘Acuérdate del sábado’ (Éxo. 20:8), sugieren que el sábado había sido previamente conocido, pero fue olvidado o descuidado. La razón presentada en el Mandamiento para la santificación del sábado fue el ejemplo de Dios al término de la Creación (20:9-11). El Mandamiento señala la institución original del sábado”.⁹

Insertado en el Decálogo por el propio Dios, el cuarto Mandamiento comparte la misma naturaleza moral que caracteriza a los otros nueve preceptos. Si la Ley, de acuerdo con el apóstol Pablo, “es santa, y el Mandamiento santo, justo y bueno” (Rom. 7:12), entonces el cuarto mandamiento también debe ser considerado santo, justo y bueno. Su naturaleza moral e inmutable está afirmada, no solamente (1) por haber sido el sábado instituido en la Creación, antes de la caída del hombre; (2) por ser Dios su autor; y (3) por estar incluido en la ley moral del Decálogo; sino también (4) por la forma peculiar en que Dios lo reveló en el Sinaí (Éxo. 19:10-20:17; 31:12-18); y (5) por ser el único de los Diez Mandamientos en el que aparece explícitamente el nombre, el título, la autoridad y la jurisprudencia de Dios como legislador. Por consiguiente, cualquier alteración en el contenido de este Mandamiento es ilegal y representa un atentado directo a la autoridad divina (ver Dan. 7:25).

El uso de los términos “esclavo”, “esclava”, “animales”¹⁰ y “extranjeros” (Éxo. 20:10) solamente es una aplicación del Mandamiento a la cultura de la época, sin con esto transformarlo en una orde-

nanza ceremonial y transitoria. Con un lenguaje comprensible para los israelitas, el Mandamiento confirma el principio moral de que el descanso del sábado no se restringe solamente al individuo en sí, sino que es extensivo a los demás seres humanos y animales que se encuentran bajo su directa influencia y liderazgo.

A su vez, la expresión “el día séptimo será un día de descanso para honrar al Señor tu Dios” (Éxo. 20:10; también 16:26; 31:15; Lev. 23:3; Deut. 5:14) impide la transferencia de la santidad del sábado a cualquier otro día de la semana, independientemente de la lógica eclesiástica utilizada. La alegación de que el precepto del sábado “en el primer Pacto prepara el domingo del nuevo y eterno Pacto”¹¹ solamente puede ser mantenida por medio del uso del método alegórico, que desconoce la Biblia como su propio intérprete. El nuevo Pacto no altera el día de guardar, sino que condena el mal uso de la Ley como medio de salvación (Rom. 3:28, Gál. 2:16; 3:21; 1 Tim. 1:8). Aunque el Decálogo aparezca insertado en el Pacto del Sinaí, trasciende a ese pacto, siendo de aplicación universal, para todos los seres humanos, en todos los tiempos y lugares (Sal. 119:142; Ecl. 12:13, 14).

Además del sábado semanal (Lev. 23:3), contenido en el Decálogo, en el Sinaí fueron instituidos siete sábados ceremoniales, o “fiestas fijas del Señor”, esparcidos a lo largo del calendario religioso israelita. Estos sábados anuales son identificados, en Levítico 23, como (1) el primer día de la Fiesta de los Panes sin levadura (vers. 7); (2) el último día de la Fiesta de los Panes sin levadura (vers. 8); (3) el Pentecostés (vers. 21); (4) el primer día del séptimo mes o Fiesta de las Trompetas (vers. 24, 25); (5) el Día de la Expiación (vers. 27, 28); (6) el primer día de la Fiesta de los Tabernáculos (vers. 34, 35); y (7) el último día de la Fiesta de los Tabernáculos (vers. 36). Cada uno de estos sábados es calificado como un día de “santa convocación”, en el cual “ningún trabajo” debería hacerse. También fue ordenado que cada séptimo año sería

un año sabático, es decir, “un año completo de reposo”, durante el cual la tierra debía permanecer sin ser cultivada (Lev. 25:1-7).

Los sábados semanales y los sábados ceremoniales son completamente distintos unos de otros.¹² Con respecto al origen, el sábado semanal fue instituido por Dios en la semana de la Creación (Gén. 2:2, 3), mientras que los sábados ceremoniales fueron instituidos en el Sinaí (Lev. 23:4-44). En cuanto a la naturaleza, el sábado semanal, instituido antes de la entrada del pecado en el mundo, es de naturaleza moral y permanente; por otro lado, los sábados ceremoniales, prescritos después de la entrada del pecado, son ceremoniales y transitorios. En relación con el propósito, el sábado semanal es una “señal eterna” entre Dios y su pueblo (Éxo. 31:17; también 31:13; Eze. 20:12, 20); pero los sábados ceremoniales solamente eran “una sombra de los bienes venideros” (Heb. 10:1; también 8:5), cuya celebración debería cesar con la muerte de Cristo en la cruz del Calvario (Efe. 2:15; Col. 2:14). Hablando del registro, el mandamiento del sábado semanal fue escrito por el propio dedo de Dios en tablas de piedra guardadas dentro del Arca del Pacto (Éxo. 31:18; 40:20; Deut. 4:13; 10:5; Heb. 9:4); pero, por contraste, los sábados ceremoniales fueron registrados en un libro colocado por Moisés “al lado del arca” del Pacto (Deut. 31:26). Además de eso, mientras que los sábados semanales eran llamados por Dios “mis sábados” (Lev. 26:2; Isa. 56:4; Eze. 20:12-24), los sábados ceremoniales eran designados como “vuestro reposo” y “sus sábados” (Lev. 23:32; Ose. 2:11).

Por lo tanto, el Decálogo, escrito en tablas de piedra por el dedo de Dios (Éxo. 31:18), no fue dado exclusivamente a los hebreos, pero Dios los honró como custodios y observadores de su Ley. De este modo, después de haber estado casi un año acampados en la ladera del Sinaí (Éxo. 19:1; Núm. 10:11, 12), los israelitas partieron, llevando consigo el Decálogo, que contenía el mandamiento del sábado, como un legado sagrado de Dios para la humanidad.

El sábado durante la peregrinación en el desierto

Pocas alusiones explícitas al sábado, en la historia de Israel, son mencionadas entre la experiencia del Sinaí y la entrada de los israelitas en la tierra de Canaán. Aun así, durante los cuarenta años de peregrinación en el desierto (Éxo. 16:35), se repitió por más de dos mil veces el milagro del maná en relación con la observancia del sábado (Éxo. 16:22-30). El milagro semanal que los acompañaba tenía como objetivo impresionarlos con la santidad del sábado, evitar que se olvidaran de él y proporcionarles las condiciones adecuadas para su observancia.

Poco después de la sedición del pueblo y de la orden divina de seguir su peregrinación por el desierto durante cuarenta años (Núm. 14:1-38), encontraron a un hombre “recogiendo leña” en sábado (Núm. 15:32). Ante la clara enunciación del cuarto Mandamiento (Éxo. 20:8-11) y la completa ausencia de maná en sábado (Éxo. 16:22-30), la actitud de este hombre no pudo ser considerada un mero pecado por ignorancia.¹³ Sin duda, fue un hecho premeditado de “abierto desafío a la autoridad divina”,¹⁴ que no podía ser dejado impune. Entonces, el hombre fue traído hasta Moisés y Aarón, quienes presentaron el caso ante el Señor. El veredicto divino fue claro: “Ese hombre debe morir. Que toda la comunidad lo apedree fuera del campamento” (Núm. 15:35). A través de la pena capital, el hombre recibió el castigo por su osada rebelión contra Dios, y el pueblo fue advertido contra semejante actitud.

Entre las “ofrendas diarias” registradas en Números 28, aparece la ordenanza de que los sacrificios y las ofrendas “de cada sábado” debían ser el doble de lo ofrecido en cada uno de los demás días de la semana (vers. 9, 10). C. F. Keil y F. Delitzsch argumentan que el sábado era “enaltecido sobre los otros días de la semana, como un día santificado al Señor en un grado más elevado que los demás, por un número más grande de holocaustos, ofrendas de manjares y libaciones”.¹⁵ Cristo estaba refiriéndose probablemente a esa orde-

nanza cuando dijo: “¿O no han leído en la ley que los sacerdotes en el templo profanan el sábado sin incurrir en culpa?” (Mat. 12:5).

Al término de los cuarenta años de peregrinación en el desierto, antes de que los israelitas entraran en la tierra de Canaán, Moisés profirió una serie de discursos registrados en el libro de Deuteronomio. Al inicio del segundo discurso (Deut. 5:1-26), Moisés repite el Decálogo con una alteración significativa en el enunciado del cuarto Mandamiento. Mientras el motivo para la observancia del sábado en Éxodo 20:11 es la Creación –“en seis días hizo el Señor los cielos y la tierra, el mar, y todo lo que hay en ellos, y... descansó el séptimo día. Por eso el Señor bendijo y consagró el día de reposo”– en Deuteronomio 5:15 el motivo es la redención: “Recuerda que fuiste esclavo en Egipto, y que el Señor tu Dios te sacó de allí con gran despliegue de fuerza y de poder. Por eso el Señor tu Dios te manda observar el día sábado”.

Esa aparente discrepancia es explicada por Gleason L. Archer en los siguientes términos:

“Se debe comprender que el propósito de Deuteronomio era proporcionar una paráfrasis de la ley de Dios revelada a Moisés en los tres libros anteriores: Éxodo, Levítico y Números. No tenía la intención de ser una repetición palabra por palabra del texto de estos libros, sino una aplicación homilética y exhortativa de sus enseñanzas a la nueva generación, que alcanzó su mayoría de edad durante los cuarenta años de peregrinación por el desierto”.¹⁶

Como ya se mencionó, “la ley está firmemente establecida en un contexto de gracia desde su origen”.¹⁷ Pero, en Deuteronomio 5:12 al 15, la propia observancia del sábado es insertada en este mismo contexto. Por lo tanto, no es de sorprender que el tema de la reden-

ción, con el cual había sido introducido el Decálogo (ver Éxo. 20:2; Deut. 5:6; también Éxo. 13:13), haya sido asociado por Moisés, bajo inspiración del Espíritu Santo (2 Ped. 1:19-21), específicamente al mandamiento del sábado. De esta forma, Israel entraría en la tierra de Canaán con una clara revelación del sábado como memorial de la Creación y de la Redención.

El sábado en la Tierra Prometida

Los primeros quinientos años de la permanencia de los israelitas en Canaán son marcados por un persistente silencio con respecto al sábado. No se encuentra ninguna referencia en los libros históricos de Josué, Jueces, Rut, 1 Samuel, 2 Samuel y 1 Reyes. En la secuencia en que fueron dispuestos los libros históricos en el canon bíblico, la primera referencia al sábado sería 2 Reyes 4:23. Pero, cronológicamente, aparece en 1 Crónicas 9:23, en la época de David.¹⁸ En vez de sugerir un supuesto abandono de la observancia del sábado, ese silencio da evidencia de su continuidad; porque, tan pronto el sábado fue descuidado, Dios envió reprobaciones por medio de los profetas.

Sin embargo, existen dos incidentes ocurridos al comienzo de este período que han sido señalados, por algunos, como conspirando contra la observancia del sábado. Uno de ellos está relacionado con el sitio de Jericó (vers. Jos. 6). Ya que, por orden divina, la ciudad fue rodeada durante siete días consecutivos (Jos. 6:3, 4), es evidente que uno de ellos coincidió con el sábado. Sin embargo Adam Clarke comenta:

“Pero no parece que pudiera haber cualquier transgresión del sábado por el hecho de que el pueblo simplemente rodease la ciudad, llevando consigo el arca, y los sacerdotes tocaran las trompetas sagradas. Esta era una auténtica procesión religiosa, llevada a

cabo por orden de Dios, en la cual no fue realizada ninguna obra servil”.¹⁹

Otro incidente usado por los críticos contra la observancia del sábado es el día largo en la batalla entre Israel y los amorreos (ver Jos. 10:12-14). En esta batalla Josué clamó al Señor y “el sol se detuvo y la luna se paró, hasta que Israel se vengó de sus adversarios” (v. 13). J. N. Andrews aclara:

“La prolongación de uno de los seis días por la intervención de Dios no podía impedir la llegada real del séptimo día, aunque lo retardara; ni pudo destruir su identidad. El incidente implica una dificultad para aquellos que defienden la teoría de que Dios santificó la séptima parte del tiempo, y no el séptimo día; pues, en ese caso, la séptima parte del tiempo no coincidió con el sábado. Pero no existe ninguna dificultad para aquellos que creen que Dios separó el séptimo día para ser guardado cuando este llega, en memoria de su propio descanso”.²⁰

Como ya fue mencionado, la primera referencia cronológica al sábado en los libros históricos apareció en el tiempo de David, y dice: “Algunos de sus parientes coatitas preparaban los panes sagrados para cada sábado” (1 Crón. 9:32). Cerca de ciento cincuenta años más tarde aparecen algunas alusiones esporádicas al sábado, eso ya en los días del profeta Eliseo (2 Rey. 4:23; 11:5-9; 2 Crón. 23:4-8). Pero no podemos descartar la posibilidad de que el Salmo 92, bajo el título “Salmo para cantarse en sábado”, haya sido escrito en el período entre David y Eliseo.²¹ Sin embargo, es en los escritos de los profetas del preexilio que el tema del sábado vuelve a ser abordado con significativa frecuencia.

El sábado en los días de los profetas

Los libros proféticos del Antiguo Testamento presentan varias alusiones al sábado. La mayor parte de ellas son amonestaciones contra la negligencia en la observancia del sábado, que se estaba generalizando tanto en el reino del Norte (Israel) como en el reino del Sur (Judá).²² En el reinado de Jeroboam II (793-753 a.C.) en Israel, el profeta Amós (8:4-6) describió la apostasía de la nación dentro de los siguientes términos:

Oigan esto, los que pisotean a los necesitados y exterminan a los pobres de la tierra.

Ustedes dicen: “¿Cuándo pasará la fiesta de luna nueva para que podamos vender grano, o el día de reposo para que pongamos a la venta el trigo?”

Ustedes buscan achicar la medida y aumentar el precio, falsear las balanzas y vender los desechos del trigo, comprar al desvalido por dinero, y al necesitado, por un par de sandalias.

Algunas de las declaraciones bíblicas más bellas y profundas sobre el sábado aparecen en el libro del profeta Isaías, conocido como el “profeta mesiánico”. En el reinado de Ezequías (716-686 a.C.) en Judá, por ejemplo, Isaías (56:1-8) enfatiza el carácter universal del sábado:

Así dice el Señor:

“Observen el derecho y practiquen la justicia, porque mi salvación está por llegar; mi justicia va a manifestarse. Dichoso el que así actúa, y se mantiene firme en sus convicciones; el que observa el sábado sin profanarlo, y se cuida de hacer lo malo”.

El extranjero que por su propia voluntad se ha unido

al Señor, no debe decir: “El Señor me excluirá de su pueblo”.

Tampoco debe decir el eunuco: “No soy más que un árbol seco”.

Porque así dice el Señor:

“A los eunucos que observen mis sábados, que elijan lo que me agrada, y sean fieles a mi pacto les concederé ver grabado su nombre dentro de mi templo y de mi ciudad, ¡eso les será mejor que tener hijos e hijas! También les daré un nombre eterno que jamás será borrado.

“Y a los extranjeros que se han unido al Señor para servirle, para amar el nombre del Señor, y adorarlo, a todos los que observan el sábado sin profanarlo y se mantienen firmes en mi pacto, los llevaré a mi monte santo; ¡los llenaré de alegría en mi casa de oración! Aceptaré los holocaustos y sacrificios que ofrezcan sobre mi altar, porque mi casa será llamada casa de oración para todos los pueblos”.

Así dice el Señor omnipotente, el que reúne a los desterrados de Israel:

“Reuniré a mi pueblo con otros pueblos, además de los que ya he reunido”.

Como fue visto anteriormente, en Éxodo 20:8 al 11 y Deuteronomio 5:12 al 15, el mandamiento del sábado es enunciado en el contexto de la gracia redentora de Dios, que libertó al pueblo de Israel de la esclavitud egipcia (Éxo. 20:2; Deut. 5:6, 15). En forma similar, en Isafas 56:1 al 8 la observancia del sábado es asociada a la gracia salvadora, mencionada en Isafas 55:1 como disponible a todos gratuitamente, “sin dinero y sin precio”. Transponiendo todas las fronteras políticas y las barreras étnicas, la invitación a la observancia del sábado se ex-

tiende también a los “extranjeros” y a los eunucos (Isa. 56:3, 6), con tal alcance que el Templo de Jerusalén sería llamado “casa de oración para todos los pueblos” (Isa. 56:7). En consecuencia, el intento de considerar la observancia del sábado como una institución meramente judía termina por desconocer (1) el origen edénico del sábado (Gén. 2:2, 3), antes de la entrada del pecado en el mundo (Gén. 3) y antes de que existiera el pueblo judío (Gén. 29:31-30:26; 35:16-26); (2) la naturaleza moral del mandamiento del sábado, semejante a la de los demás mandamientos del Decálogo (Éxo. 20:3-17; Deut. 5:7-21); (3) el alcance universal de la observancia del sábado, enfatizado en Isaías 56:1 al 8; y (4) la declaración del propio Cristo de que “el sábado se hizo para el hombre” (Mar. 2:27), y no solamente por causa de los judíos.

Isaías 58:13 y 14 menciona detalles importantes sobre la forma de observar el sábado, así como las bendiciones que resultan de la genuina observancia del sábado. El texto dice:

“Si dejas de profanar el sábado, y no haces negocios en mi día santo; si llamas al sábado ‘delicia’, y al día santo del Señor, ‘honorable’; si te abstienes de profanarlo, y lo honras no haciendo negocios ni profiriendo palabras inútiles, entonces hallarás tu gozo en el Señor; sobre las cumbres de la tierra te haré cabalgar, y haré que te deleites en la herencia de tu padre Jacob”. El Señor mismo lo ha dicho.

La genuina observancia del sábado es descrita, en este texto, como abarcando no solamente las actividades físicas, sino también los propios motivos y las intenciones más profundas. El ser humano, como un todo —física, mental, social y espiritualmente—, es invitado a entrar cada sábado en el verdadero espíritu del sábado. Los pedidos insistentes para dejar a un lado “tu voluntad”, “tus propios caminos”

y “tus propias palabras”, y descansar en el Señor, ponen al sábado como el clímax de la experiencia de la justificación por la fe en los méritos de Cristo (ver. Heb. 3-4). Por lo tanto, la verdadera observancia del sábado bíblico es un fuerte antídoto contra el legalismo, que busca la salvación por las propias obras.

Es interesante observar que Isaías 56:1 al 8 resalta la universalidad del sábado, presentándolo como destinado “para todos los pueblos”; y que Isaías 58:13 y 14 enfatiza el alcance del sábado, al presentar su influencia en todas las dimensiones de la vida humana. Pero Isaías 66:22 y 23 reconoce la perpetuidad del sábado, al afirmar que su observancia prosigue hasta el fin de la historia humana y hasta los mismos portales de la eternidad. Este texto declara:

“Porque así como perdurarán en mi presencia el cielo nuevo y la tierra nueva que yo haré, así también perdurarán el nombre y los descendientes de ustedes –afirma el Señor–. Sucederá que de una luna nueva a otra, y de un sábado a otro, toda la humanidad vendrá a postrarse ante mí –dice el Señor”.

La idea de que el sábado semanal ya no será observado en el “cielo nuevo y tierra nueva” (Apoc. 21:1), porque entonces los redimidos vivirán en un sábado perenne, carece de fundamento bíblico. Aunque el texto mencione elementos de naturaleza ceremonial, como el ritual de la luna nueva (ver Núm. 10:10; 28:11-14; Amós 8:5), aquí el sábado es proyectado más allá del contexto nacional del pacto con Israel en el Sinaí, al involucrar a “toda carne” y perdurar por toda la eternidad. Por lo tanto, el libro de Isaías presenta una triple aplicación del sábado (1) al pueblo de Israel como nación (58:1, 12-14); (2) a la humanidad como un todo (56:1-8); y (3) a los propios redimidos, que habitarán “el cielo nuevo y la tierra nueva” (66:22, 23).

A su vez, los profetas Jeremías y Ezequiel fueron contempo-

EL SÁBADO EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

ráneos y ejercieron su ministerio en el contexto del cautiverio babilónico (Jer. 39; Eze. 1:1-3). El reino del Norte no existía, y el del Sur se caracterizaba por una creciente apostasía nacional.²³ Antes de que Nabucodonosor conquistara Jerusalén en el año 605 a.C., Dios propuso, por medio de Jeremías (17:19-27), que si el pueblo judío emprendía una reforma genuina en la observancia del sábado, Jerusalén sería “habitada para siempre”. Pero, si no sucedía tal reforma, la ciudad sería destruida completamente. Por medio de Ezequiel (20:1-44), Dios recordó que después del Éxodo los israelitas no entraron en la Tierra Prometida porque el pueblo “desobedeció mis decretos y rechazó mis leyes” y “¡Hasta el colmo profanaron mis sábados!” (vers. 13), establecidos como “señal entre ustedes y yo” (vers. 12, 20).

Lamentablemente, las súplicas divinas no fueron tomadas en serio, y Jerusalén, símbolo de la habitación de Dios con su pueblo, terminó siendo conquistada por los ejércitos de Babilonia. De acuerdo con 2 Crónicas 36:15 al 21:

Por amor a su pueblo y al lugar donde habita, el Señor, Dios de sus antepasados, con frecuencia les enviaba advertencias por medio de sus mensajeros. Pero ellos se burlaban de los mensajeros de Dios, tenían en poco sus palabras, y se mofaban de sus profetas. Por fin, el Señor desató su ira contra el pueblo, y ya no hubo remedio.

Entonces el Señor envió contra ellos al rey de los babilonios, quien dentro del mismo templo mató a espada a los jóvenes, y no tuvo compasión de jóvenes ni de doncellas, ni de adultos ni de ancianos. A todos se los entregó Dios en sus manos. Todos los utensilios del templo de Dios, grandes y pequeños, más los tesoros del templo y los del rey y de sus ofi-

ciales, fueron llevados a Babilonia. Incendiaron el templo de Dios, derribaron la muralla de Jerusalén, prendieron fuego a sus palacios y destruyeron todos los objetos de valor que allí había. A los que se salvaron de la muerte, el rey se los llevó a Babilonia, y fueron esclavos suyos y de sus hijos hasta el establecimiento del reino persa. De este modo se cumplió la palabra que el Señor había pronunciado por medio de Jeremías. La tierra disfrutó de su descanso sabático todo el tiempo que estuvo desolada, hasta que se cumplieron setenta años.

En realidad, Jeremías predijo que el cautiverio babilónico de Judá duraría setenta años (Jer. 25:11, 12; 29:10; ver 2 Crón. 36:21; Dan. 9:2). Ezequiel también previó el retorno de los cautivos a Jerusalén, cuando el Templo sería reconstruido y sus servicios sagrados serían restaurados (Eze. 36-37, 40-48). Este proceso también involucraría la restauración de la observancia del sábado (Eze. 44:24; 45:17; 46:1-4, 12), que llegaría a ser “central” en el judaísmo postexílico.²⁴

El sábado en el período posterior al Exilio

Los judíos fueron llevados cautivos a Babilonia por haberse alejado de Dios (2 Crón. 36:15-21). Durante su permanencia en el exilio, sufrieron la influencia paganizante de la nueva cultura en la cual estaban incluidos. Solamente una profunda reforma espiritual podría traerlos de regreso a la verdadera religión de Dios. Siendo así, después del retorno de los judíos del cautiverio en Babilonia, Esdras y Nehemías emprendieron una reforma espiritual profunda entre el pueblo. El servicio religioso, que se extendió por varios días, empezó con la lectura del libro de la ley (Neh. 8:1-12) y la celebración de la Fiesta de los Tabernáculos (Neh. 8:13-18). El pueblo se compromete-

tió en pacto solemne a no seguir profanando el sábado (Neh. 9:38; 10:28-31).

Pero, como el pueblo volvió a profanar el sábado, Nehemías se valió de su autoridad como gobernador y restableció oficialmente la observancia del sábado (ver Neh. 13:15-22). Ordenó que las puertas de la ciudad fueran cerradas “al caer la tarde, antes de que comenzara el sábado [...] para que no dejaran entrar ninguna carga en sábado” (Neh. 13:19). El texto no solamente confirma que el sábado se inicia a la puesta del sol del viernes y termina a la puesta del sol del sábado (ver Lev. 23:32; Deut. 16:6),²⁵ sino también aclara que las actividades seculares deben ser dejadas a un lado antes de iniciar el sábado.

Resumen

Como santuario de Dios en el tiempo, el sábado fue establecido al término de la semana de la Creación (Gén. 2:2, 3; Éxo. 20:11; Heb. 4:4, 10), cuando todas las cosas aún eran perfectas. A pesar de la entrada del pecado en el mundo, Dios siguió legando el sábado a los seres humanos. Del Edén al Sinaí, existen evidencias de la observancia del sábado, que se hacen más explícitas, como la experiencia del maná en el desierto de Sin (Éxo. 16:11-35). En el pacto del Sinaí, la naturaleza moral del sábado es confirmada por medio de su presencia en el Decálogo, como un memorial de la Creación (Éxo. 20:8-11). Al término de la peregrinación en el desierto, el mandamiento del sábado fue enunciado, también como un memorial de la redención (Deut. 5:12-15).

Los primeros quinientos años de la permanencia de los israelitas en Canaán son marcados por un persistente silencio con respecto al sábado, que debe ser entendido como evidencia de su observancia. Cuando el sábado empezó a ser profanado de manera más generalizada, Dios envió profetas para advertir al pueblo de sus transgresiones. El profeta Isaías enfatizó la universalidad del sábado

EL SÁBADO EN LAS ESCRITURAS

“para todos los pueblos” (56:1-8); el alcance del sábado en todas las dimensiones de la vida humana (58:13, 14); y la perpetuidad del sábado hasta el fin de la historia humana y aun durante la eternidad (66:22, 23). La persistente profanación del sábado fue una de las causas principales del exilio en Babilonia (Jer. 17:19-27). Pero, las reformas espirituales llevadas a cabo por Esdras y Nehemías contribuyeron a restaurar la observancia del sábado en el período posterior al Exilio (Neh. 9:38; 10:28-31; 13:15-22).

Alguien podría presumir que el ciclo semanal y la observancia del sábado se habrían perdido en los tiempos primordiales de la historia humana. Pero, fue la propia observancia del sábado lo que mantuvo ese ciclo inalterable a lo largo de la historia. Aunque hubiera sido olvidado, terminaría siendo restaurado divinamente y reajustado por medio de (1) el propio milagro de la ausencia del maná cada sábado (Éxo. 16); (2) la observancia del cuarto mandamiento del Decálogo bajo la supervisión divina (Éxo. 20:8-11; Deut. 5:12-15); y (3) las orientaciones proféticas sobre la genuina observancia del sábado (Isa. 58:12-14; etc.). Por lo tanto, así como Dios instituyó originalmente el sábado al fin de la Creación (Gén. 2:2, 3), también lo preservó inalterable para las generaciones sucesivas.

Referencias:

¹ Augustus H. Strong, *Systematic Theology* (Valley Forge, PA: Judson Press, 1907), p. 408; Thomas Whitelaw, “The Book of Genesis”, en H. D. M. Spencer y Joseph S. Excell, eds., *The Pulpit Commentary* (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1975), t. 1 [Genesis], p. 36.

² Keil y Delitzsch, *Commentary on the Old Testament*, t. 1 [Pentateuch I], p. 464.

³ George Rawlinson, “The Book of Exodus”, en Spencer y Excell, eds., *The Pulpit Commentary*, t. 1 [Exodus II], p. 53.

⁴ G. H. Waterman, “Sabbath”, en Merrill C. Tenney, ed., *The Zondervan Pictorial Encyclopedia of the Bible* (Grand Rapids, MI: Regency Reference Library, 1976), t. 5, p. 184.

⁵ Hay algunas exposiciones elucidativas de los pactos bíblicos en Edwin W. Reiner, *The Covenants* (Nashville, TN: Southern Publishing Association, 1967); Gerhard F. Hasel, *Covenant in Blood* (Mountain View, CA: Pacific Press, 1982); Hans K. LaRondelle, *Our Creator Redeemer: An Introduction to Biblical Covenant*

EL SÁBADO EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

Theology (Berrien Springs, MI: Andrews University Press, 2005); Skip MacCarty, *In Granite or Ingrained? What the Old and New Covenants Reveal about the Gospel, the Law, and the Sabbath* (Berrien Springs, MI: Andrews University Press, 2007).

⁶ Hasel, *Covenant in Blood*, p. 74.

⁷ Gerhard von Rad, *Teologia do Antigo Testamento: Teologia das tradições históricas de Israel* (São Paulo: Aste, 1973), t. 1, p. 230, 231.

⁸ Waterman, "Sabbath [Sábado]", en Tenney, ed., *The Zondervan Pictorial Encyclopedia of the Bible*, t. 5, p. 184.

⁹ *Ibid.*

¹⁰ Ver A. Rahel Schafer, "Rest for the Animals? Non-human Sabbath Rejuvenation in Pentateuchal Law" (noviembre de 2009), en www.biblicallaw.net/2009/schafer.pdf (consultado el 17/12/2009).

¹¹ Carta Apostólica *DIES DOMINI* del Sumo Pontífice Juan Pablo II al Episcopado, al clero y a los fieles de la Iglesia Católica sobre la santidad del domingo (San Pablo: Paulinas, 1998), p. 17. Una respuesta aclaratoria a esta Carta Apostólica fue proporcionada por Samuele Bacchiocchi en su libro *The Sabbath under Crossfire: A Biblical Analysis of Recent Sabbath/Sunday Developments*, comentado a su vez en *Biblical Perspectives*, t. 14 (Berrien Springs, MI: Biblical Perspectives, 1998).

¹² La distinción entre la "ley moral" y las "leyes ceremoniales" es reconocida en varios credos y confesiones de fe del cristianismo. Ver, por ejemplo, Philip Schaff, ed., *The Creeds of Christendom: With a History and Critical Notes*, 6ª ed. (Grand Rapids, MI: Baker, 1990), pp. 491, 492, 541, 640-644, 808, 816, 854-856; *Liuro de Concórdia: As Confissões da Igreja Evangélica Luterana* (São Leopoldo, RS: Sinodal; Porto Alegre, RS: Concórdia, 1980), pp. 228-235.

¹³ R. Winterbotham, "The Book of Numbers", en Spencer y Excell, eds., *The Pulpit Commentary*, t. 2 [Numbers], p. 189.

¹⁴ Robert Jamieson, A. R. Fausset y David Brown, *Commentary Practical and Explanatory on the Whole Bible*, ed. rev. (Grand Rapids, MI: Zondervan, 1961), p. 123.

¹⁵ Keil y Delitzsch, *Commentary on the Old Testament*, t. 1 [Pentateuch III], p. 217.

¹⁶ Gleason L. Archer, *Encyclopedia of Bible Difficulties* (Grand Rapids, MI: Zondervan, 1982), p. 146.

¹⁷ Hasel, *Covenant in Blood*, p. 74.

¹⁸ Andrews, *History of the Sabbath and First Day of the Week* (3ª ed., rev.), pp. 93, 94.

¹⁹ Adam Clarke, *The Holy Bible, Containing the Old and New Testaments: The text carefully printed from the most correct copies of the present Authorized translation, including the marginal readings and parallel texts; with a commentary and critical notes designed as a help to a better understanding of the Sacred Writings*, nueva ed. (Nueva York: Abingdon-Cokesbury, s.f), t. 2, p. 26.

²⁰ Andrews, *History of the Sabbath and First Day of the Week* (3ª ed., rev.), p. 97.

²¹ *Ibid.*, p. 100.

²² La datación del período del gobierno de los reyes de Israel y de Judá está basada en Edwin R. Thiele, *The Mysterious Numbers of the Hebrew Kings*, nueva ed. rev. (Grand Rapids, MI: Kregel, 1994).

²³ Ver el diagrama "The Primary Cause of the Babylonian Captivity", en Frank C.

Thompson, ed., *The New Chain-Reference Bible* (Indianapolis, IN: B. B. Kirbride Bible Co., 1957), "The New Comprehensive Bible Helps", p. 194.

²⁴ John D. W. Watts, "Isaiah 34-66", en *Word Biblical Commentary* (Waco, TX: Word, 1987), t. 25, p. 248.

²⁵ Waterman, "Sabbath", en Tenney, ed., *The Zondervan Pictorial Encyclopedia of the Bible*, t. 5, p.181.

EL SÁBADO EN EL PERÍODO INTERTESTAMENTARIO

Capítulo 4

El cautiverio babilónico ejerció una profunda y duradera influencia sobre la religión judía. Si la gran tentación del período anterior al Exilio era la idolatría, la del período postexílico pasó a ser el legalismo. La motivación era simple: como el pueblo fue llevado cautivo por la transgresión de las leyes divinas (2 Rey. 36:15-20), los líderes judíos se imaginaban que un nuevo cautiverio podría ser evitado por medio de una estricta obediencia a esas leyes, incluyendo la observancia del sábado (Ver Jer. 17:20-27). El sábado comenzó a desvirtuarse por medio de un acentuado formalismo y dejó de ser visto como un símbolo de la gracia divina.

La comprensión de algunas de las prácticas judías adoptadas en el período intertestamentario es fundamental para entender el contexto detrás de los conflictos entre Jesús y los escribas y fariseos con respecto a la observancia del sábado. El siguiente

contenido aborda brevemente los aspectos de esta observancia (1) en los días de los macabeos y (2) bajo la influencia de los maestros del judaísmo.

El sábado en los días de los macabeos

En el siglo II a.C., los macabeos dejaron algunos ejemplos sobresalientes de valerosa observancia del sábado, en los conflictos con sus enemigos. De acuerdo con G. H. Waterman, bajo influencia de los escribas judíos, el sábado llegó a estar arraigado tan profundamente en la conciencia judía que en los días de los macabeos “muchos escogieron morir antes que profanarlo”.¹ Por rehusarse terminantemente a batallar en sábado, muchos judíos fueron muertos por los seléucidas, o seleucos (1 Macabeos 2:29-38; 2 Macabeos 5:25, 26; 6:11).

Como la actitud de completa pasividad en el sábado se mostró desastrosa para los judíos, Matatías y sus compañeros decidieron que pelearían en defensa propia en ese día, solamente cuando fueran atacados (1 Macabeos 2:39-41). La regla era: “A todo aquel que venga a atacarnos en día de sábado, le haremos frente para no morir todos como murieron nuestros hermanos en las cuevas” (1 Macabeos 2:41, *Biblia de Jerusalén*). La misma postura también fue seguida por Jonatán cuando los judíos fueron atacados nuevamente en sábado (1 Macabeos 9:43-49).

La postura que llegó a ser eficaz contra los seleucos no impidió que los ejércitos romanos, al comando del general Pompeyo, finalmente conquistaran Jerusalén (aproximadamente en 63 a.C.). Como los judíos peleaban en sábado solamente si eran atacados, los romanos se valieron de ese día para construir, junto al muro de Jerusalén, una gran plataforma que sirviera de rampa para conquistar aquella ciudad. Flavio Josefo comenta la estrategia en los siguientes términos:

“Los romanos trabajaron con infatigable ardor para elevar las plataformas, y para eso cortaron todos los árboles en derredor. Después atacaron el Templo con máquinas que Pompeo había hecho venir desde Tiro y que lanzaban grandes piedras como balas. Ellos no habrían podido realizar este hecho con las plataformas, si la observancia de las leyes de nuestros antepasados, que prohíben trabajar en sábado, no hubiera impedido a los sitiados oponerse a ese trabajo en ese día. Sabiendo esto, los romanos no lanzaban piedras ni atacaban de ninguna manera, pero seguían elevando las plataformas y haciendo avanzar las máquinas, para servirse de ellas al día siguiente. Se puede, pues, imaginar cuál era nuestro celo para con Dios y con la observancia de nuestras leyes, pues, ni el miedo de ser atacados nos alejó de la celebración de nuestros sacrificios”.²

Sin duda, los conflictos con los seléucidas y con los romanos desafiaron significativamente a los judíos en cuanto a la observancia del sábado. En contraste con la profanación del sábado previa al Exilio, esos conflictos contribuyeron para que los judíos se apegaran más rígidamente al sábado, el cual acabó revestido de un ropaje legalista.

El sábado bajo los maestros del judaísmo

En la parte final del período intertestamentario, los maestros del judaísmo no midieron esfuerzos para transformar al sábado en la institución judía más importante. El cuarto mandamiento del Decálogo pasó a ser considerado “como equivaliendo en importancia a todos los demás preceptos de la Torah juntos”.³ Aunque el sábado debe ser un día de alegría, su observancia fue siendo revestida de un carácter

EL SÁBADO EN LAS ESCRITURAS

cada vez más negativo, a través de la añadidura de un gran número de prohibiciones, como ya es evidente en el Libro de los Jubileos (c. 150 a.C.) y en el Documento de Damasco (c. 100 a.C.). Muchas de esas tradiciones fueron posteriormente compiladas en la Mishnah (c. 200 d.C.), que a su vez fue incorporada en el Talmud (c. 500 d.C.), y se le añadieron comentarios rabínicos (Gemara).⁴

El Libro de los Jubileos es considerado la lista judía más antigua de actividades prohibidas en sábado.⁵ Allí el sábado aparece como siendo ya guardado “en los cielos antes de ser revelado” a los seres humanos sobre la tierra (2:30). Pero la universalidad del sábado (ver Isa. 56:1-8; Mar. 2:27) se restringe a una visión etnocéntrica; pues, en la opinión del autor de la referida obra, el Creador “no santificó también a todos los pueblos y naciones para guardar el sábado, sino solamente a Israel” (2:31). Se prescribe la pena de muerte a todo aquel que, por ejemplo, emprende un viaje, enciende fuego, anda en barco, o inclusive ayuna en sábado (50:12, 13). En el Libro de los Jubileos se dice que cualquiera que trabaja en sábado “ciertamente morirá eternamente” (2:27).

El Documento de Damasco prohíbe cualquier discusión en sábado “sobre cuestiones de riqueza y lucro”, y “de trabajo y obras a realizarse a la mañana siguiente” (13:4, 5). También establece que “en sábado nadie debe andar fuera de su ciudad más de mil cúbitos” (13:7), así como que “ningún hombre debe ayunar por su propia voluntad en sábado” (13:13). Además de eso, durante el sábado, “ningún hombre debe ayudar a un animal en su parto” y, si este “cae en una cueva o foso, no lo debe levantar” (13:22, 23).

Las codificaciones judías más importantes con respecto a la observancia del sábado aparecen en dos tratados de la Mishnah titulados “Shabbat” y “Erubin”. Mientras que el Shabbat enumera las reglas básicas para la observancia del sábado, el Erubin presenta evasivas para su transgresión, sin incurrir en culpa. El Shabbat (7:2) declara:

EL SÁBADO EN EL PERÍODO INTERTESTAMENTARIO

Las categorías generadoras de los hechos de trabajo (prohibidos en sábado) son cuarenta menos una:

(1) aquel que siembra, (2) ara, (3) siega, (4) ata en gavillas, (5) desgrana, (6) cierne, (7) selecciona (el buen producto o cosecha del malo), (8) tritura, (9) tamiza, (10) amasa, (11) asa;

(12) aquel que trasquila la lana, (13) la lava, (14) la golpea, (15) la tiñe;

(16) hila, (17) teje,

(18) hace dos lazos, (19) entrelaza dos hilos, (20) separa dos hilos;

(21) amarra, (22) desamarra,

(23) cose dos puntos, (24) rasga para coser dos puntos;

(25) aquel que toma un venado en emboscada, (26) lo mata, (27) lo pela, (28) lo sala, (29) curte su piel, (30) lo limpia, (31) lo corta en pedazos;

(32) aquel que escribe dos letras, (33) borra dos letras para escribir dos letras;

(34) aquel que construye, (35) destruye;

(36) aquel que apaga un fuego, (37) enciende un fuego;

(38) aquel que golpea con un martillo; (39) aquel que transporta un objeto de un lugar a otro.

Vea, estos son los cuarenta generadores de trabajo menos uno.⁶

Aunque esta relación de 39 categorías sea de naturaleza fundamental, no abarca todos los detalles de las prohibiciones rabínicas. Con el tiempo, las 39 categorías fueron expandidas a 1.521 desdoblamientos (equivalentes a 39×39).⁷ Aun en la propia Mishnah aparecen otras reglas pormenorizadas sobre la observancia del sábado. Por ejemplo, el Shabbat 2:4 establece que “una persona no debe llenar un cascarón de huevo con aceite y ponerlo en el orificio de una

lámpara para que (el aceite) gotee (y abastezca la lámpara)". Según el Erubin 4:7, si alguien está caminando cuando oscurece (el viernes al anochecer), y se refiere a un árbol o a una cerca de la siguiente manera: "Mi lugar de residencia para el sábado será bajo ella", no dijo nada de significativo. Pero, si dice: "Mi lugar de residencia para el sábado es su raíz", entonces podrá caminar dos mil cúbitos del lugar en que se encuentra hasta aquella raíz, y otros dos mil cúbitos de allí hasta su casa.⁸

A su vez, en el Talmud (Shabbat, cap. 23), se dice que "un hombre no debe mirarse en un espejo en el sábado", para no ser tentado a cortar su cabello. Aunque bajo circunstancias normales nadie debería cargar ropas adicionales en sábado, el Talmud (Erubin, cap. 10) menciona que, en caso de incendio, los rabíes permitían que "un hombre vistiera tantas ropas como quisiera". Así, técnicamente, las ropas adicionales no estarían siendo cargadas, pues formaban parte de su propia vestimenta.

La supervaloración del sábado en la tradición judía se trasluce también en las siguientes afirmaciones rabínicas registradas en el Talmud Babilónico (Shabbat, 118b): "Aquel que observa el sábado de acuerdo con sus leyes, aun practicando idolatría como la generación de Enoc, está perdonado. [...] Si Israel hubiera guardado el primer sábado, ninguna nación o lengua habría podido dominarlos. [...] Hubiese Israel guardado dos sábados de acuerdo con las respectivas leyes, y ellos habrían sido redimidos inmediatamente". El Talmud (Yerushalmi Taanit, 1:1) añade: "Si Israel guardase solo un sábado correctamente, entonces el hijo de David vendría".

Resumen

Durante el período intertestamentario, el sábado fue marcado por una fuerte conciencia de que la supervivencia de Israel, como nación, dependía de un apego rígido a la observancia de ese día. Alejándose de la tradicional profanación previa al exilio, los judíos

mantuvieron su lealtad al sábado aun ante los conflictos más severos con los seléucidas y los romanos. Siendo atacados frecuentemente en sábado por los seléucidas, los judíos se volvieron a la guerra defensiva, batallando en ese día solamente si eran atacados por sus enemigos. Pero los romanos aprovecharon el sábado, no para atacar a los judíos, sino para construir rampas que facilitaron la invasión a Jerusalén.

En la parte final del período intertestamentario, los maestros del judaísmo empezaron a enaltecer el sábado como la institución judía más importante. Removido del contexto de gracia en que había sido instituido originalmente por Dios, el sábado fue revestido de un legalismo acentuado. El sábado dejó de ser visto como un símbolo de la gracia divina y pasó a ser considerado un fin en sí mismo. Por consiguiente, el sábado debía ser liberado de ese ropaje legalista y restaurado a su verdadero significado bíblico. Esa importante misión fue llevada a cabo por Cristo, durante su ministerio terrestre.

Referencias:

¹ Waterman, "Sabbath", en Tenney, ed., *The Zondervan Pictorial Encyclopedia of the Bible*, t. 5, p. 185.

² Flavio Josefo, *História dos Hebreus*, trad. Vicente Pedroso (São Paulo: Editora das Américas, 1965), t. 4, p. 236.

³ Robert M. Johnston, "The Rabbinic Sabbath", en Strand, ed., *The Sabbath in Scripture and History*, p. 71.

⁴ Alfred Edersheim, en su obra *The Life and Times of Jesus the Messiah* (Peabody, MA: Hendrickson, s.f.), pp. 777-787 (Apéndice 17), describe "las ordenanzas y la ley del sábado como están expuestas en la Mishnah y en el Talmud de Jerusalén".

⁵ Eduard Lohse, en Gerhard Friedrich, ed., *Theological Dictionary of the New Testament*, trad. Geoffrey W. Bromiley (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1971), t. 7, p. 11.

⁶ *The Mishnah: A New Translation*, trad. Jacob Neusner (New Haven: Yale University Press, 1988), pp. 187, 188.

⁷ "Sabbath", en www.jewishencyclopedia.com (consultado el 30/09/09).

⁸ Jack Finegan, en su obra *The Archeology of the New Testament: The Life of Jesus and the Beginning of the Early Church*, ed. rev. (Princeton, NJ: Princeton University Press, 1992), p. 165, aclara: "La jornada de un sábado, o la distancia que alguien podía andar sin transgredir el mandamiento de Éxo. 16:29, era calculada, basada en Números 35:5, como siendo dos mil cúbitos (Erubin iv 3; ver *DM* pp. 126, 128) o, aproximadamente, novecientos metros".

EL SÁBADO EN EL NUEVO TESTAMENTO

Actualmente, muchos cristianos cuestionan las enseñanzas de sus respectivas confesiones religiosas sobre el día de reposo enseñado en el Nuevo Testamento. Entre las preguntas más comunes, están las siguientes: ¿Qué día de reposo era observado por Cristo y los apóstoles? ¿Fue anulado el Decálogo por la muerte de Cristo en la cruz del Calvario? El hecho de que Cristo resucitó en el “primer día de la semana” (Mat. 28:1; Mar. 16:2, 9; Luc. 24:1; Juan 20:1) ¿habría realmente transferido la santidad del sábado al domingo? ¿Qué tiene que decirnos el Nuevo Testamento con respecto al asunto en discusión?

Esas indagaciones han sido respondidas de diferentes maneras a lo largo de la historia del cristianismo, dependiendo de los métodos de interpretación bíblica adoptados. Los adeptos a los métodos alegórico, histórico-crítico, dispensacionalista y posmoderno siempre encuentran maneras creativas para imponer

sus propias teorías al texto bíblico. Pero, si queremos entender lo que el Nuevo Testamento tiene que decir sobre el asunto, debemos dejar que la Biblia sea su propio intérprete.¹ En otras palabras, debemos permitir que el Nuevo Testamento responda estas preguntas, sin imponerle desarrollos históricos postapostólicos.

El siguiente contenido aborda respectivamente (1) Cristo y la Ley; (2) los discípulos recogen espigas en sábado; (3) Cristo sana en sábado; (4) el sábado en relación con la muerte y la resurrección de Cristo; (5) el sábado y la caída de Jerusalén; (6) el sábado en la iglesia apostólica; (7) el apóstol Pablo y la observancia del sábado; (8) consideraciones sobre Juan 20:19; (9) consideraciones sobre 1 Corintios 16:2; (10) consideraciones sobre Hechos 20:7; (11) consideraciones sobre Romanos 14:5; (12) consideraciones sobre Colosenses 2:16 y 17; (13) consideraciones sobre Gálatas 4:10; (14) consideraciones sobre Apocalipsis 1:10; (15) el sábado en Hebreos 4:4 al 11; y (16) el sábado en Apocalipsis 14:6 al 12.

Cristo y la Ley

La relación de Cristo con la Ley es dilucidada por dos conceptos básicos. El primero tiene que ver con la autoridad de Cristo como Dador de la Ley. En su afirmación “antes que Abraham naciera, [yo soy! [griego *ego eimi*]]” (Juan 8:58), Cristo se identificó como el gran “YO SOY” y “YO SOY EL QUE SOY” que apareció a Moisés en la zarza ardiente (Éxo. 3:14). De acuerdo con Esteban, ese mismo “Ángel del Señor” (Éxo. 3:2), que se autodenominó “YO SOY EL QUE SOY” (Éxo. 3:14), era el propio Cristo que enunció el Decálogo en el “monte Sinaí” (Hech. 7:30-38). En calidad de legislador, Cristo posee plena autoridad para definir cómo debe ser observada la Ley.

El segundo concepto básico sobre la relación de Cristo con la Ley es la manera en que la Ley debería ser observada bajo el Nuevo Pacto. En Jeremías 31:31 al 33 aparece la siguiente promesa:

“Vienen días –afirma el Señor– en que haré un nuevo pacto con el pueblo de Israel y con la tribu de Judá. No será un pacto como el que hice con sus antepasados el día en que los tomé de la mano y los saqué de Egipto, ya que ellos lo quebrantaron a pesar de que yo era su esposo –afirma el Señor–. Éste es el pacto que después de aquel tiempo haré con el pueblo de Israel –afirma el Señor–: Pondré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón. Yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo”.

Ese “nuevo pacto” del cual habla el profeta Jeremías fue ratificado por la sangre de Cristo (Mat. 26:28; Mar. 14:24; Luc. 22:20; 1 Cor. 11:25), constituyéndose en el propio fundamento de la iglesia (2 Cor. 3:6; Heb. 8:8-12; 10:16, 17). La misma ley moral del Decálogo, que era la base del Antiguo Pacto (Éxo. 19:5), sería perpetuada bajo el Nuevo Pacto, pero con una diferencia fundamental. El Antiguo Pacto, establecido originalmente en la gracia divina (Deut. 7:7, 8), terminó siendo desvirtuado por los israelitas en un conjunto de reglas exteriores (Mat. 15:1-20; 23:1-36). Pero bajo el nuevo pacto, esa misma Ley sería inscrita en la “mente” y en el “corazón” de los creyentes (Jer. 31:33; Heb. 8:10; 10:16).

En el Sermón del Monte, Cristo cumple la promesa de Jeremías. Después de afirmar que no vino a “anular la ley o los profetas”, sino “a darles cumplimiento” (Mat. 5:17), Cristo profundiza el significado de los mandamientos del Decálogo. Por ejemplo, la transgresión del mandamiento “No matarás” (Éxo. 20:13) ya empieza con la ira mental contra el prójimo (Mat. 5:21-26). De esta forma, la violación del mandamiento “No cometerás adulterio” (Éxo. 20:14) empieza con el propio sensualismo mental que estimula el acto sexual (Mat. 5:27-32). Por lo tanto, es evidente que Cristo no vino para anular el Decálogo, sino para profundizar su significado.

La teoría de que la muerte de Cristo en la cruz habría abolido el Decálogo destituye de significado y termina por romper la relación tipológica entre el Santuario del Antiguo Pacto (terrestre) y el Santuario del Nuevo Pacto (celestial) (Heb. 9:1, 11). Si la aspersion de la sangre sobre el propiciatorio del Arca del Pacto, en el Santuario terrestre (Lev. 16:14, 15) no abolía la Ley que estaba contenida dentro de dicha arca (Éxo. 31:18; 40:20), entonces, ¿por qué la sangre de Cristo debería abolir la Ley, contenida en el Arca del Pacto del Santuario celestial (Apoc. 11:19)?

El apóstol Pablo aclara que “si no fuera por la ley” no “me habría dado cuenta de lo que es el pecado” (Rom. 7:7); pues, sin duda, “el pecado es transgresión de la ley” (1 Juan 3:4). Si “el pecado es transgresión de la ley”, y la ley fue abolida, entonces el pecado ya no existe, y ya no necesitamos la salvación. Consecuentemente, la propia misión de Cristo —“porque él salvará a su pueblo de sus pecados” (Mat. 1:21)— termina perdiendo su sentido. No es sin motivo que el propio Cristo afirmara que no vino a “anular la ley” (Mat. 5:17), y el apóstol Pablo añade: “¿Quiere decir que anulamos la ley con la fe? ¡De ninguna manera! Más bien, confirmamos la ley” (Rom. 3:31).

Por lo tanto, en las enseñanzas de Cristo encontramos la verdadera dimensión del Decálogo, libre de las tradiciones y las “enseñanzas [que] no son más que reglas humanas” (Mat. 15:9; ver Isa. 29:13). Esta dimensión espiritual también abarca el cuarto mandamiento del Decálogo, que ordena la observancia del sábado del séptimo día (Éxo. 20:8-11).

Recogiendo espigas en sábado

Como judío, Jesús tenía la “costumbre” de ir los sábados a la sinagoga (Luc. 4:16), de la misma forma que sus discípulos. Pero, el conocido incidente en el cual los discípulos de Jesús recogieron espigas en sábado llevó a los fariseos a acusarlos de violación del sábado (ver Mat. 12:1-8; Mar. 2:23-28; Luc. 6:1-5). El relato bíblico aclara

que mientras pasaban “por los sembrados, sus discípulos se pusieron a arrancar unas espigas de trigo, y las desgranaban para comérselas” (Luc. 6:1). “Al ver esto, los fariseos le dijeron: “¡Mira! Tus discípulos están haciendo lo que está prohibido en sábado”” (Mat. 12:2).

La acusación de los fariseos no involucraba la cuestión de que Cristo y los discípulos pasaran por los sembrados en sábado. Como los propios fariseos estaban juntos, en condiciones de ver el incidente y dialogar al respecto con Cristo, es probable que el grupo estuviera regresando de la sinagoga. Tampoco era el hecho de que los discípulos estuvieran comiendo cereales de propiedad ajena, pues en Deuteronomio (23:25) existe la siguiente provisión: “Si entras al trigal de tu prójimo, podrás arrancar espigas con las manos pero no cortar el trigo con la hoz”.

El verdadero asunto involucrado en la acusación de los fariseos era si los discípulos de Jesús tenían el derecho de recoger y comer espigas en sábado, restregándolas con las manos. Según la tradición rabínica, ese acto involucraba varias actividades prohibidas en sábado. Samuele Bacchiocchi aclara que: “al recoger las espigas, ellos eran culpables de segar; al restregarlas con las manos, eran culpables de desgranar; al separar los granos de la paja, eran culpables de cernir; y, por todo el proceso, eran culpables de preparar una comida en sábado”.²

En su respuesta a los fariseos, Cristo mencionó dos ejemplos del Antiguo Testamento: recordó la verdadera naturaleza del sábado y enfatizó su propia autoridad sobre el sábado. El primer ejemplo fue el de David y sus compañeros, que entraron en el Tabernáculo y comieron panes de la proposición (Mar. 2:25, 26). De acuerdo con el relato de 1 Samuel 21:1 al 6, David y sus hombres estaban hambrientos, y no había “pan común” a disposición (vers. 4); ellos estaban ceremonialmente puros, pues se habían abstenido de relaciones sexuales durante su campaña (vers. 4, 5); y el pan que comieron era el “que había sido quitado de delante del Señor y reemplazado por

el pan caliente del día” (vers. 6). Las leyes ceremoniales establecían que fueran colocados panes frescos sobre la mesa “cada sábado”, y que los panes viejos, una vez removidos, fuesen comidos exclusivamente por los sacerdotes en el “lugar santo” (Lev. 24:5-9; 1 Crón. 9:32). Ralph W. Klein argumenta que “Jesús citó este incidente como una violación disculpable de una regla cültica”.³

El segundo ejemplo fue el de los “los sacerdotes en el templo”, que “profanan el sábado sin incurrir en culpa” (Mat. 12:5). Como ya fue mencionado,⁴ los sacrificios y las ofrendas “de cada sábado” debían ser el doble de lo ofrecido en cada uno de los demás días de la semana (Núm. 28:9, 10). De acuerdo con C. F. Keil y F. Delitzsch, de esta forma el sábado era “enaltecido sobre los otros días de la semana [...] por un número mayor de holocaustos, ofrendas de manjares y libaciones”.⁵ Los propios judíos reconocían que “el servicio del Templo tiene prioridad sobre el sábado” (B. Shab. 132b). Además de eso, los sacerdotes, en el Templo, hacían una obra especial para Dios, que jamás podría ser encuadrada en la prohibición de “no hacer negocios en mi día santo” (Isa. 58:13).

Después de citar los dos ejemplos anteriores, Cristo afirmó que “el sábado se hizo para el hombre, y no el hombre para el sábado” (Mar. 2:27). El sustantivo “hombre” (griego *ánthropos*) aquí es usado como “un término genérico para la criatura humana”, refiriéndose a la creación de los primeros seres humanos como “hombre y mujer” (Gén. 1:26, 27).⁶ Por consiguiente, las palabras de Cristo afirman el origen edénico del sábado, deshaciendo la teoría popular de que el sábado sería una institución exclusivamente israelita o judía (Jubileus, 2:31). Además de eso, la declaración de Cristo redefine las prioridades entre el sábado y el ser humano. Robert A. Guelich comenta que “el sábado fue creado para beneficio de la criatura humana y, como dádiva creada por Dios, permanece al servicio de la humanidad, y no la humanidad al servicio del sábado”.⁷

Entonces, Cristo reivindicó su autoridad para definir la verda-

dera observancia del sábado. En su declaración “aquí está uno más grande que el templo” (Mat. 12:6), Cristo hizo evidente que el Templo y sus ceremoniales eran solamente sombras que señalaban hacia él mismo (ver Juan 1:29; Heb. 8:5). En su afirmación “el Hijo del hombre es Señor del sábado” (Mat. 12:8), él ratificó su estatus como Creador (Gén. 2:2, 3; ver Juan 1:1-3) y Legislador (Hech. 7:38) del sábado. Por lo tanto, no había nadie más autorizado que él para librar al sábado de las tradiciones rabínicas posteriores al exilio. Permitiendo que los discípulos recogieran algunas espigas en sábado, con el único propósito de comer sus granos, Cristo estaba rompiendo con tales tradiciones.

Sanar en sábado

Los evangelios mencionan, por lo menos, siete milagros que Cristo realizó en sábado: (1) la curación del paralítico de Betesda (Juan 5:1-15); (2) la curación de un endemoniado en Capernaum; (3) la curación de la suegra de Pedro (Mar. 1:29-31); (4) la curación del hombre de la mano seca (Mar. 3:1-6); (5) la curación de un ciego de nacimiento (Juan 9:1-41); (6) la curación de la mujer jorobada (Luc. 13:10-17); y (7) la cura de un hidrópico (Luc. 14:1-6). Estas curas fueron realizadas, en general, por iniciativa del propio Cristo, y no de los enfermos o de sus familiares. En el relato de Lucas 13 sobre la mujer encorvada, Jesús usa tres veces el verbo “libertar” (griego *lúein*), traducido en la Reina-Valera de 1960 como “eres libre” (vers. 12), “desatar” (vers. 15) y “librar” (vers. 16). Sin duda, el sábado es un día de liberación por excelencia.⁸

El hecho de que las curaciones mencionadas arriba fueron realizadas en sábado produjo fuerte oposición de los líderes judíos. En todos los casos, el punto de discusión no era la validez del sábado como día de reposo, sino la forma en que debería ser observado. Mientras Cristo trataba de restaurar la dimensión espiritual del sábado, los fariseos defendían la tradición rabínica, que lo transformó en una verdadera carga (ver Mat. 23:4; Luc. 11:46).

E. J. Young aclara:

“Cristo se identificó como el Señor del sábado (Mar. 2:28). Al hablar así, él no estaba despreciando la importancia y el significado del sábado, ni de forma alguna estaba en falta contra la legislación del Antiguo Testamento. Sencillamente, estaba señalando el verdadero significado del sábado en lo que tiene que ver con el hombre, e indicaba su derecho de hablar, ya que él mismo era el Señor del sábado [...]. En su conflicto con los fariseos (Mat. 12:1-14; Mar. 2:23-28; Luc. 6:1-11), nuestro Señor resaltó ante los judíos el hecho de que ellos malentendían completamente los mandamientos del Antiguo Testamento. Trataban de hacer la observancia del sábado más rigurosa de lo que Dios había ordenado. No era erróneo comer en sábado, aunque el alimento tuviera que ser obtenido al desgranar el grano de la espiga en las manos. En forma similar, no era erróneo hacer el bien en sábado. Las curaciones eran una obra de misericordia, y el Señor del sábado es misericordioso (ver también Juan 5:1-18; Luc. 13:10-17; 14:1-6)”⁹.

Aunque tengamos que dejar a un lado nuestros propios intereses durante el sábado (Éxo. 20:9; Isa. 58:13), ese día jamás debería ser considerado un período de ociosidad inútil. En sus controversias con los fariseos, Cristo dejó claro que “está permitido hacer el bien en sábado” (Mat. 12:12), y llegó a declarar: “Mi Padre aun hoy está trabajando, y yo también trabajo” (Juan 5:17). Eso se refiere, sin duda, al trabajo de Dios en favor de sus criaturas, quien incluso durante el sábado sigue vivificando y manteniendo al universo. De acuerdo con Elena G. de White:

“¿Debía Dios prohibir al sol que realizase su oficio en sábado, suspender sus agradables rayos para que no calentasen la tierra ni nutriesen la vegetación? ¿Debía el sistema de los mundos detenerse durante el día santo? ¿Debía ordenar a los arroyos que dejaran de regar los campos y los bosques, y pedir a las olas del mar que detuviesen su incesante flujo y reflujo? ¿Debían el trigo y la cebada dejar de crecer, y el racimo suspender su maduración purpúrea? ¿Debían los árboles y las flores dejar de crecer o abrirse en sábado?”¹⁰

Los milagros que Cristo realizó en sábado no tenían como objetivo aliviar solamente el sufrimiento físico de las personas. Eran señales que anunciaban la venida del Reino de Dios (ver Mat. 12:28; Juan 20:30, 31), y pronósticos de que el mundo volverá a su condición edénica, cuando “él les enjugará toda lágrima de los ojos. Ya no habrá muerte, ni llanto, ni lamento ni dolor, porque las primeras cosas han dejado de existir” (Apoc. 21:4; ver Luc. 4:14-19). Por lo tanto, el sábado es una reminiscencia del paraíso perdido que señala hacia el paraíso restaurado.

El sábado y la pasión de Cristo

Los evangelios afirman que Cristo murió un viernes, a la hora del sacrificio de la tarde (Mat. 27:46-50; Mar. 15:34-37), descansó el sábado en el sepulcro (Mar. 15:42-16:2) y resucitó el “primer día de la semana” (Mat. 28:1; Mar. 16:1, 2; Luc. 24:1; Juan 20:1). El relato de Lucas 23:50 al 24:1 ciertamente es aclaratorio:

Había un hombre bueno y justo llamado José, miembro del Consejo, que no había estado de acuerdo con la decisión ni con la conducta de ellos. Era natural de un pueblo de Judea llamado Arimatea, y esperaba

el reino de Dios. Éste se presentó ante Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús. Después de bajarlo, lo envolvió en una sábana de lino y lo puso en un sepulcro cavado en la roca, en el que todavía no se había sepultado a nadie. Era el día de preparación para el sábado, que estaba a punto de comenzar.

Las mujeres que habían acompañado a Jesús desde Galilea siguieron a José para ver el sepulcro y cómo colocaban el cuerpo. Luego volvieron a casa y prepararon especias aromáticas y perfumes. Entonces descansaron el sábado, conforme al mandamiento.

El primer día de la semana, muy de mañana, las mujeres fueron al sepulcro, llevando las especias aromáticas que habían preparado.

El texto anterior aclara que, después de la muerte de Cristo, sus seguidores continuaron observando el sábado. En primer lugar, la motivación para tal observancia no era el apego a la tradición judía, sino el compromiso con el cuarto mandamiento del Decálogo (Éxo. 20:8-11), como es evidente en la expresión “conforme al mandamiento” (Luc. 23:56). En segundo lugar, los que observaron aquel sábado eran discípulos de Cristo, que lo habían acompañado desde Galilea (Luc. 23:55). En caso de que la intención de Cristo realmente hubiese sido la de transferir la santidad del sábado al domingo, ciertamente él lo habría mencionado a sus discípulos, al hablar reiteradamente de su traición, muerte y resurrección (ver Mat. 16:21; 17:22, 23; 20:17-19; 21:33-46; 26:1, 2, 20-25, 31, 32). Pero, en ninguno de los así llamados “dichos de Jesús”, es decir, las palabras proferidas por el propio Cristo, aparece alguna alusión al domingo, o “primer día de la semana”.

Si la observancia del sábado hubiera sido abolida por Cristo en la cruz, eso aparecería en el relato del Evangelio de Lucas, escrito

cerca de treinta años después del evento de la Pasión, o por lo menos en alguno de los otros evangelios. Pero los cuatro evangelios, escritos varias décadas después de la resurrección de Cristo, se refieren al día de la resurrección solamente como el “primer día de la semana” (Mat. 28:1; Mar. 16:2; Luc. 24:1; Juan 20:1, 19), sin ninguna distinción especial en relación con ese día. Si la iglesia apostólica hubiera pasado a observar el día de la resurrección en lugar del sábado, eso debería aparecer por lo menos en el lenguaje del Evangelio de Juan, escrito hacia fines de los años 90 d.C. Pero, aun ese Evangelio no atribuye ningún significado especial al domingo.

El sábado y la caída de Jerusalén

Cristo también mencionó el sábado en su sermón profético sobre la caída de Jerusalén y el fin del mundo (ver Mat. 24), al advertir a sus discípulos: “Oren para que su huida no suceda en invierno ni en sábado” (Mat. 24:20). Sin duda, esta advertencia se aplicaba primeramente a los eventos que ocurrirían cuarenta años más tarde, en relación con la caída de Jerusalén en el año 70 d.C. Haciendo eco a la posición de otros comentaristas bíblicos, Russell N. Champlin sugiere que una huida en sábado sería difícil, pues en ese día (1) “los judíos solo podían alejarse de sus hogares menos de dos kilómetros”; (2) “los portones de las ciudades se cerraban”; y (3) los vecinos judíos podían “tratar de impedir tal huida”.¹¹ Pero ¿estaría Cristo refiriéndose aquí únicamente a tales impedimentos? ¿No sería también un indicio de que el sábado continuaría siendo observado por los cristianos de Jerusalén?

A pesar de la importancia comúnmente atribuida a los impedimentos antes mencionados, no podemos ignorar que, para salvar la propia vida, los judíos consideraban lícita y justificada la huida en sábado. Si, de acuerdo con Ulrich Luz, la comunidad cristiana para la cual Mateo escribió, aún “guardaba el sábado como Jesús lo había guardado”,¹² entonces debemos reconocer que la observancia ade-

cuada del sábado también estaba involucrada. Sin duda, “el miedo, el alboroto y la confusión producidos por una huida apresurada en sábado no estaban en armonía con la adoración, la paz y la alegría que deberían caracterizar al sagrado día de reposo”.¹³ Pero, además de la advertencia de Cristo registrada en Mateo 24:20, existen otras evidencias de que la iglesia apostólica siguió guardando el sábado después de la resurrección de Cristo.

El sábado en la iglesia apostólica

El Nuevo Testamento presenta varias evidencias de la observancia del sábado por parte de la iglesia apostólica. Por ejemplo, en el libro de Hechos, estas evidencias están relacionadas especialmente con (1) el ejemplo de Pablo y sus compañeros; (2) la condición para que los judíos lleguen a ser cristianos; (3) las discusiones del Concilio de Jerusalén; y (4) las declaraciones de Pablo en el contexto de su juicio.

El ejemplo de Pablo confirma que, así como Cristo tenía la “costumbre” de ir a la sinagoga los sábados (Luc. 4:16), también Pablo, “como era su costumbre”, asistía a la sinagoga en ese día (Hech. 17:2). En el libro de Hechos, encontramos alusiones a “Pablo y sus compañeros” yendo por lo menos dos sábados a la sinagoga en Antioquía de Pisidia (13:14, 42, 44); a Pablo y Silas yendo “por tres sábados” a la sinagoga en Tesalónica (17:2); a Pablo discutiendo “todos los sábados”, durante “un año y seis meses”, en la sinagoga de Corinto (18:4, 11). Algunos comentaristas alegan que esa era solamente una costumbre evangelizadora de Pablo, pues las sinagogas judías funcionaban los sábados.

Pero, el motivo de Pablo para asistir a las sinagogas los sábados no era solo evangelizador, sino también litúrgico. El texto bíblico aclara que él mantenía esa costumbre aun en lugares donde no había una sinagoga judía. Así describe Lucas su paso por la ciudad de Filipos, juntamente con Pablo: “El sábado salimos a las afueras de la

ciudad, y fuimos por la orilla del río, donde esperábamos encontrar un lugar de oración. Nos sentamos y nos pusimos a conversar con las mujeres que se habían reunido” (Hech. 16:13). El hecho de buscar en ese sábado “un lugar de oración”, junto al río Gangites, sugiere una reflexión espiritual de acuerdo con la observancia del sábado.

Por otro lado, la condición para que los judíos llegaran a ser cristianos no incluía la sustitución de la observancia del sábado por la del domingo, sino sencillamente la aceptación de Jesucristo como el Mesías prometido. Por ejemplo, en el Pentecostés, las personas preguntaron: “Hermanos, ¿qué debemos hacer?” La respuesta de Pedro fue: “Arrepiéntase y bautícese cada uno de ustedes en el nombre de Jesucristo para perdón de sus pecados, y recibirán el don del Espíritu Santo” (Hech. 2:37, 38). Al eunuco que ya estaba familiarizado con la religión judía, Felipe le dijo que podría ser bautizado tan solo si creía en Jesucristo “de todo corazón” (Hech. 8:36, 37). Cuando el carcelero de Filipos indagó: “Señores, ¿qué tengo que hacer para ser salvo?”, Pablo y Silas respondieron: “Cree en el Señor Jesús; así tú y tu familia serán salvos” (Hech. 16:30, 31). En ningún lugar del libro de Hechos aparece alguna alusión a una supuesta aceptación del domingo en lugar del sábado.

A su vez, el Concilio de Jerusalén (49 d.C.), relatado en Hechos 15, fue convocado para resolver controversias sobre el asunto de la circuncisión de los gentiles (vers. 1-5). De él participaron apóstoles y presbíteros, destacándose Pedro, Santiago, Pablo y Bernabé (vers. 7, 12, 13). Aunque la intención original fue resolver las contiendas sobre la circuncisión, las decisiones del Concilio también involucraron la práctica de la idolatría, las relaciones sexuales ilícitas, algunas leyes de salud y el cuidado de los pobres (vers. 20, 29; Gál. 2:10). Pero, en ninguna parte del relato aparece algún indicio de una controversia sobre la sustitución del sábado por el domingo, lo que da evidencia de que este aún “no era un punto de discusión entre los cristianos judíos y gentiles”.¹⁴ En realidad, en ese concilio, el sába-

EL SÁBADO EN EL NUEVO TESTAMENTO

do fue mencionado por Santiago como una institución vigente: “En efecto, desde tiempos antiguos Moisés siempre ha tenido en cada ciudad quien lo predique y lo lea en las sinagogas todos los sábados” (Hech. 15:21).

De acuerdo con J. N. Andrews:

“Si ellos [los judaizantes] hubieran encontrado a los gentiles descuidando el sábado, este habría sido el primer motivo de su censura, indudablemente. Es digno de notar que no hubo ninguna disputa en ese tiempo, en la iglesia, con relación a la observancia del sábado; pues no fue traído nada sobre el asunto ante la asamblea apostólica [...]. El asunto no fue traído ante los apóstoles en esa ocasión —una prueba concluyente de que no se les había enseñado a los gentiles a descuidar el sábado, como lo había sido para omitir la circuncisión, la cual fue motivo para ser traída ante los apóstoles en Jerusalén. Pero el sábado fue mencionado en esta misma asamblea como una institución existente, y eso, también en relación con los cristianos gentiles [ver Hech. 15:19-21]”.¹⁵

Existe una creencia popular de que Pablo habría enseñado que, en Cristo, “la era de la ley mosaica” había llegado al fin y que, con ella, también la “observancia del sábado”.¹⁶ Pero Roberto Badenas aclara que, al considerar a Cristo como “el fin [griego *télos*] de la ley [...] para que todo el que cree reciba la justicia” (Rom. 10:4), Pablo no ve anulada la ley por la fe (ver Rom. 3:31), pues la correcta comprensión de la ley conduce a la fe en Jesucristo. En Romanos 10:4, Pablo reprochó a los judíos porque “consideraban a la ley como un fin en sí mismo” (ver Rom. 9:31, 32), desconociendo “que ella señalaba y llevaba a Cristo”.¹⁷ Sin lugar a dudas, la justicia de Cristo es la

que justifica al pecador y lo pone en perfecta obediencia a la Ley de Dios. Por consiguiente, de acuerdo con Mario Veloso, “cualquiera que intenta ser justificado por las obras está viviendo ‘bajo la ley’, y no ‘bajo la gracia’ (Rom. 6:14)”.¹⁸

Las declaraciones de Pablo en el contexto de su juicio son sumamente aclaratorias. Él estaba siendo juzgado sobre la base de las acusaciones de los “jefes de los sacerdotes” y “los dirigentes de los judíos” (Hech. 25:2, 15). Pero, es interesante observar que, para el gobernador Festo, Pablo afirmó categóricamente: “No he cometido ninguna falta, ni contra la ley de los judíos ni contra el emperador” (Hech. 25:8). Ante el rey Agripa, Pablo declaró:

“Todos los judíos saben cómo he vivido desde que era niño, desde mi edad temprana entre mi gente y también en Jerusalén. Ellos me conocen desde hace mucho tiempo y pueden atestiguar, si quieren, que viví como fariseo, de acuerdo con la secta más estricta de nuestra religión. Y ahora me juzgan por la esperanza que tengo en la promesa que Dios hizo a nuestros antepasados” (Hech. 26:4-6).

En Roma, reunido con los “dirigentes de los judíos”, Pablo reiteró: “A mí, hermanos, a pesar de no haber hecho nada contra mi pueblo ni contra las costumbres de nuestros antepasados, me arrestaron en Jerusalén y me entregaron a los romanos”; y añadió: “Precisamente por la esperanza de Israel estoy encadenado” (Hech. 28:17, 20).

Los líderes judíos buscaban cualquier motivo para condenar a Pablo de herejía, pero ninguna vez pusieron en duda su lealtad al sábado, cuya transgresión podría generar la pena capital. De acuerdo con E. Straw, “Pablo jamás podría haber afirmado eso [registrado en Hech. 25:8; 26:4-6; 28:17] si hubiera abandonado una de las

observancias más sagradas de los judíos: el sábado”.¹⁹ La postura de Pablo también era compartida por la iglesia apostólica en general.

Philip Schaff aclara que “al principio los conversos judíos se adherían naturalmente, tanto como fuera posible, a las sagradas tradiciones de sus padres. Ellos no podían creer que la religión del Antiguo Testamento, revelada por el propio Dios, debiera cesar”.²⁰ Justo L. González añade:

“Los primeros cristianos no creían que pertenecieran a una nueva religión. Ellos habían sido judíos durante toda su vida, y seguían siéndolo. Esto es correcto, no solo de Pedro y de los doce, sino también de los siete, e incluso de Pablo. Su fe no consistía en una negación del judaísmo, sino en una convicción de que la edad mesiánica, tan esperada por el pueblo hebreo, había llegado. Según Pablo expresa a los judíos en Roma, al fin de su carrera: ‘por la esperanza de Israel estoy sujeto con esta cadena’ (Hech. 28:20). Es decir, la razón por la cual Pablo y los demás cristianos son perseguidos no es porque se oponían al judaísmo, sino porque creían y predicaban que las promesas hechas a Israel se cumplían en Jesús.

“Por esta razón, los cristianos de la iglesia de Jerusalén seguían guardando el sábado y asistiendo al culto en el Templo”.²¹

A pesar de todas las evidencias de que el sábado continuó siendo observado por la iglesia apostólica, existen aquellos que ven indicios de la observancia cristiana del domingo en las alusiones al “primer día de la semana”. Por consiguiente, también es importante que analicemos el contenido de tales alusiones.

El apóstol Pablo y la observancia del sábado

El Nuevo Testamento presenta ocho referencias al “primer día de la semana”, seis de las cuales aparecen en los evangelios, en alusión a acontecimientos ocurridos en el día en que Jesús resucitó (ver Mat. 28:1; Mar. 16:2, 9; Luc. 24:1; Juan 20:1, 19), y solo dos en el resto de todo el Nuevo Testamento (ver Hech. 20:7; 1 Cor. 16:2). Al estudiar las referencias en los evangelios, es importante que consideremos que la resurrección debió haber ocurrido en el año 31 d.C.,²² y que los propios evangelios fueron escritos varias décadas más tarde. Aunque no sea posible datar con exactitud cuándo fue escrito cada Evangelio, Merrill C. Tenney sugiere que el Evangelio de Mateo pudo “haber sido escrito entre 50 y 70 d.C.”; el Evangelio de Marcos, antes de 70 d.C.; el Evangelio de Lucas, alrededor del año 60 d.C.; y el Evangelio de Juan, “a fines del primer siglo”, es decir, en la década de los años 90 d.C.²³ Si la resurrección de Jesús hubiese transferido la santidad del sábado al domingo, eso debería aparecer en el contenido de los evangelios.

Sin ninguna excepción, los relatos bíblicos de la resurrección de Cristo no presentan ninguna referencia al domingo. Mateo dice, simplemente, que “después del sábado, al amanecer del primer día de la semana, María Magdalena y la otra Marfa fueron a ver el sepulcro” (Mat. 28:1). Marcos afirma: “Cuando pasó el sábado, María Magdalena, María la madre de Jacobo, y Salomé compraron especias aromáticas para ir a ungir el cuerpo de Jesús. Muy de mañana el primer día de la semana, apenas salido el sol, se dirigieron al sepulcro” (Mar. 16:1, 2). El mismo evangelista añade: “Cuando Jesús resucitó en la madrugada del primer día de la semana, se apareció primero a María Magdalena, de la que había expulsado siete demonios” (Mar. 16:9). Por otro lado, Lucas declara: “Luego volvieron a casa y prepararon especias aromáticas y perfumes. Entonces descansaron el sábado, conforme al mandamiento. El primer día de la semana, muy de mañana, las mujeres fueron al sepulcro, llevando

las especies aromáticas que habían preparado” (Luc. 23:56; 24:1). A su vez, Juan asevera: “El primer día de la semana, muy de mañana, cuando todavía estaba oscuro, María Magdalena fue al sepulcro y vio que habían quitado la piedra que cubría la entrada” (Juan 20:1). Los propios textos que mencionan la resurrección en el “primer día de la semana” también enfatizan que, durante el “sábado”, Cristo descansó en el sepulcro, y los discípulos descansaron de sus actividades, “conforme al mandamiento” (Luc. 23:56). En otras palabras, las alusiones al “primer día de la semana” no resaltan una supuesta celebración del domingo, sino solo el reinicio de las actividades en ese día, después del descanso en el sábado.

Algunos buscan base bíblica para la observancia del domingo en Juan 20:19: “Al atardecer de aquel primer día de la semana, estando reunidos los discípulos a puerta cerrada por temor a los judíos, entró Jesús y, poniéndose en medio de ellos, los saludó: ¡La paz sea con ustedes!” Pero esa reunión de los discípulos no proporciona ningún apoyo a la observancia del domingo. En primer lugar, Jesús se apareció a los discípulos “al atardecer” (griego, *oúsos oun ophías*), después del diálogo en el camino a Emaús (ver Luc. 24:13-43), cuando ya “corría el domingo en la noche”.²⁴ Llevándose en consideración el cómputo bíblico, que define los días de puesta de sol a puesta de sol (ver Gén. 1:5, 8, 13, 19, 23, 31; Lev. 23:32; Deut. 16:6), Cristo debió haber aparecido a los discípulos después de la puesta de sol del domingo, cuando ya era lunes para ellos. Además de eso, los discípulos, que aún no creían plenamente en la resurrección de Jesús, no estaban reunidos con el propósito de celebrar ese día. En realidad, ellos estaban escondidos “por temor a los judíos” (Juan 20:19).

Como ya fue mencionado, además de los evangelios, el “primer día de la semana” es mencionado en el Nuevo Testamento solamente en otros dos textos. Uno de ellos es Hechos 20:7, donde Lucas dice: “El primer día de la semana nos reunimos para partir el pan [...]

Pablo estuvo hablando a los creyentes, y prolongó su discurso hasta la medianoche". F. F. Bruce cree que este es "el primer texto del cual se puede inferir, con razonable seguridad, que los cristianos se reunían regularmente para adoración en ese día".²⁵ Pero el contenido del propio texto no parece ser tan convincente como a Bruce le gustaría que fuera.

Volviendo de su tercer viaje misionero (ver Hech. 18:24-21:17), Pablo pasó por Troas, donde participó de una reunión que "sugiere más una ocasión extraordinaria que una costumbre habitual".²⁶ Hechos 20 aclara que era una reunión nocturna, pues el texto bíblico afirma que "había muchas lámparas en el aposento alto", donde estaban reunidos (vers. 8). Además, es difícil precisar si la reunión ocurrió el sábado por la noche, considerado por los judíos como el "primer día de la semana", o el domingo de noche, considerado por los romanos como siendo aún domingo.²⁷ Sea como fuere, el hecho es que el discurso inicial de Pablo se prolongó "hasta la medianoche" (vers. 7), cuando el joven Eutico murió, después de caer de la ventana del "tercer piso abajo", y Pablo lo resucitó (vers. 9, 10). Recién en la madrugada, Pablo "partió el pan, lo comió y siguió hablando hasta el alba" (vers. 11).

Gerhard F. Hasel afirma que esa fue solo "una reunión de despedida que se extendió hasta después de medianoche (vers. 7) y el partir del pan difícilmente puede ser considerado como la Cena del Señor".²⁸ Pero otros comentaristas insisten en que el acto de "partir el pan" debe ser considerado una cena de compañerismo en cuyo transcurso fue celebrada la eucaristía,²⁹ o la Cena del Señor.³⁰ Esto levanta un interrogante básico: Si la celebración de una cena en el "primer día de la semana" confirma la santidad de ese día, ¿por qué, entonces, la celebración original de la Cena por el propio Señor, el jueves de la semana de la Pasión (Mat. 26:17-30), no instituyó al jueves como el nuevo día del Señor? Sea como fuere, el hecho de partir el pan en Troas sucedió en la madrugada, en un horario totalmente

fuera de lo común, y este hecho en sí no atribuyó ninguna santidad especial al día en que ocurrió; de lo contrario, deberíamos celebrar semanalmente el jueves en el cual fue instituida la Cena del Señor.

Además de eso, el “primer día de la semana” también es mencionado en el siguiente consejo de Pablo registrado en 1 Corintios 16:2: “El primer día de la semana, cada uno de ustedes aparte y guarde algún dinero conforme a sus ingresos, para que no se tengan que hacer colectas cuando yo vaya”. León Morris argumenta que “este es el primer documento de prueba que muestra que los cristianos guardaban habitualmente ese día, aunque no haya razón para dudar de que esa era su costumbre desde el primer día (ver Juan 20:19, 26; Hech. 20:7; Apoc. 1:10)”.³¹ Pero, solo se puede llegar a tal conclusión basado en el argumento de la falsa analogía, donde se usa una cosa para probar otra completamente diferente.

El consejo de Pablo, es simplemente, que la ofrenda debía ser puesta “aparte”, es decir, separada en el “primer día de la semana”, en casa, y no en cualquier reunión pública. El motivo es definido en la sentencia “para que no se tengan que hacer colectas cuando yo vaya”, sin ninguna inferencia a una supuesta observancia del domingo. F. W. Farrar argumenta correctamente que “difícilmente se puede afirmar que ese versículo implica cualquier observancia religiosa del domingo [...]. La expresión griega sugiere que el poner aparte era hecho en casa”.³² Samuele Bacchiocchi aclara que “la mención de Pablo al primer día pudo haber sido motivada más por razones prácticas que teológicas”, pues “ninguna computación o transacción financiera era realizada por los judíos en sábado”.³³

Por lo tanto, el intento de establecer la observancia del domingo sobre las alusiones al “primer día de la semana”, encontradas en el Nuevo Testamento, carece de base exegética. En ese intento, muchos intérpretes establecen primero la presuposición de que la observancia del domingo cristiano debe ser originada ya en la era apostólica, pasando entonces a releer los referidos textos bíblicos desde esa

perspectiva. En consecuencia, el significado de algunos textos acaba siendo exagerado, y el de otros, revestido de sentidos artificiales. Sin duda, este tipo de malabarismo hermenéutico es inaceptable para aquellos que consideran a la Biblia como su propia intérprete.

Después de comentar los textos bíblicos comúnmente usados para justificar la observancia del domingo, también es importante que consideremos los pasajes bíblicos usados para justificar un supuesto abandono del sábado del séptimo día por el cristianismo apostólico.

La igualdad entre los días

Los que tratan de invalidar la santidad del sábado bíblico también buscan apoyo en tres declaraciones de Pablo que parecen nivelar al sábado con los demás días de la semana. Una de ellas es la de Romanos 14:5: “Hay quien considera que un día tiene más importancia que otro, pero hay quien considera iguales todos los días. Cada uno debe estar firme en sus propias opiniones”. Los intentos de identificar esos “días” han oscilado, por ejemplo, entre el sábado y las fiestas judías, la teoría de que “los días están bajo los astros de suerte o de azar”,³⁴ y días de ayuno. Barclay M. Newman y Eugene A. Nida llegan, incluso, a alegar que “es imposible afirmar definitivamente qué días tenía Pablo en mente”.³⁵ Aún así, Franz J. Leenhardt declara: “Nada indica que sea asunto de judaizantes; entonces, no hay que ver aquí alusión al sábado; se trata de prácticas de abstinencia o de ayuno fijadas para fechas regulares”.³⁶

Sin duda, en Romanos 15, las expresiones “día y día” y “días” aparecen insertadas en una evidente discusión sobre asuntos alimenticios. En el contexto anterior (vers. 2, 3), se menciona: “A algunos su fe les permite comer de todo, pero hay quienes son débiles en la fe, y sólo comen verduras. El que come de todo no debe menospreciar al que no come ciertas cosas, y el que no come de todo no debe condenar al que lo hace, pues Dios lo ha aceptado”. Por otro

lado, en el contexto posterior (vers. 6), aparece una clara fusión entre alimentos y días: “El que le da importancia especial a cierto día, lo hace para el Señor. El que come de todo, come para el Señor, y lo demuestra dándole gracias a Dios; y el que no come, para el Señor se abstiene, y también da gracias a Dios”. Ya que ni el texto, ni el contexto sugieren ninguna alusión al día de reposo, lo más natural es asumir que Pablo tenía en mente solo asuntos de conciencia que no infligían ningún precepto del Decálogo.

Otra declaración paulina que parece igualar todos los días es la de Gálatas 4:10 y 11: “¡Ustedes siguen guardando los días de fiesta, meses, estaciones y años! Temo por ustedes, que tal vez me haya estado esforzando en vano”. Significativo para el presente estudio es el término “días”, que ha sido entendido en este contexto, por varios intérpretes, como desaprobando la observancia del sábado. Pero, el texto no menciona la palabra “sábado”, y sí, “días”, en un sentido más abarcador. Si Pablo estuviera refiriéndose aquí al día de reposo semanal, entonces no solo el sábado sino también el domingo perderían su significado. En otras palabras, la propia interpretación usada contra la observancia del sábado también acaba conspirando contra la observancia del domingo.

Como uno de los temas predominantes de la Epístola a los Gálatas es el conflicto con los judaizantes, que trataban de preservar las antiguas tradiciones judías, es muy probable que las expresiones “días de fiesta, meses, estaciones y años” se refieran a celebraciones judías que cesaron con la muerte de Cristo en la cruz. Teniéndose en consideración que los cristianos gálatas habían servido antes “a los que por naturaleza no son dioses” (Gál. 4:8), es posible que, junto con estas celebraciones, también existieran infiltraciones de festividades paganas no sancionadas bíblicamente. Sea como fuere, los gálatas estaban apegándose a festividades que ya no eran válidas. En armonía con esta interpretación, Jamieson, Fausset y Brown reconocen que Gálatas 4:10 y 11 “no es compatible con la observancia del

sábado, o día del Señor”.³⁷

Una tercera declaración paulina usada contra el sábado bíblico es la de Colosenses 2:16 y 17: “Así que nadie los juzgue a ustedes por lo que comen o beben, o con respecto a días de fiesta religiosa, de luna nueva o de reposo. Todo esto es una sombra de las cosas que están por venir; la realidad se halla en Cristo”. La mayoría de los intérpretes ve la expresión “días de fiesta religiosa, de luna nueva o de reposo” como una progresión anual/mensual/semanal. Identificando el término “días de... reposo” (griego *sabbáton*) con el sábado del séptimo día, tales intérpretes sugieren que, con la muerte de Cristo en la cruz, la observancia del sábado perdió su significado. Lógica como pueda parecer, esta teoría es inaceptable por dos motivos básicos: uno de ellos es el significado de la propia expresión “días de fiesta religiosa, de luna nueva o de reposo” a la luz del Antiguo Testamento. Comentaristas bíblicos sugieren nueve pasajes diferentes (ver Núm. 28-29; 1 Crón. 23:29-31; 2 Crón. 2:4; 8:12, 13; 31:3; Neh. 10:33; Eze. 45:13-17; 46:1-15; Ose. 2:11) como posibles antecedentes de la referida expresión. Pero, un estudio exegético, lingüístico, estructural, sintáctico e intertextual de Colosenses 2:16 con esos textos, desarrollado por Ron du Preez, constató que el verdadero antecedente de esa expresión está en Oseas 2:11, que dice: “Pondré fin a todo su jolgorio: sus peregrinaciones, sus lunas nuevas, sus días de reposo, y sus fiestas solemnes”.³⁸ Mientras los días de “fiesta” (hebreo, *hag*; griego, *heorte*) tienen que ver con las “tres fiestas de peregrinación de la Pascua, del Pentecostés y de los Tabernáculos”, los “días de reposo [sábados]” (hebreo, *sabbat*; griego, *sábbata*) se refieren a las tres celebraciones adicionales de las Trompetas, de la Expiación y de los Años Sabáticos.³⁹

En segundo lugar, tanto el contexto anterior como el posterior aclaran la naturaleza de los “sábados” mencionados en Colosenses 2:16. El versículo 14 (RV60) afirma: “anulando el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, quitándola

de en medio y clavándola en la cruz”. Por otro lado, el versículo 17 (RV60) añade: “todo lo cual es sombra de lo que ha de venir; pero el cuerpo es de Cristo”. Solo los “sábados” ceremoniales judíos, instituidos en el Sinaí (ver Lev. 23), pueden ser calificados como “decretos” y “sombra” (Col. 2:17). El “sábado” del séptimo día, instituido en la semana de la Creación (ver Gén. 2:2, 3), es de naturaleza moral y no puede ser calificado como “mera sombra de las cosas que habían de venir”. Por consiguiente, de acuerdo con Ron du Preez, “el ‘sábado’ de Colosenses 2:16 debe ser necesariamente entendido como refiriéndose a los sábados ceremoniales de la antigua religión hebrea y no al sábado del séptimo día atesorado explícitamente en el Decálogo”.⁴⁰

Por lo tanto, es evidente que los textos generalmente usados para invalidar la santidad del sábado bíblico (especialmente Rom. 14:5; Gál. 4:10, 11; Col. 2:16, 17) no soportan ese intento. Algunos argumentos basados en la palabra “día” (Rom. 14:5; Gál. 4:10, 11), si fueran aplicados consistentemente, también terminarían conspirando contra el propio domingo como día de reposo. Por otro lado, la perpetuidad del sábado como día de reposo cristiano es corroborada por otros textos bíblicos del Nuevo Testamento, que merecen ser considerados.

La perpetuidad del sábado

Existen otros tres textos del Nuevo Testamento relacionados con el sábado que merecen ser considerados. Uno de ellos es Hebreos 4:4 al 11, que dice:

Pues en algún lugar se ha dicho así del séptimo día: “Y en el séptimo día reposó Dios de todas sus obras”. Y en el pasaje citado también dice: “Jamás entrarán en mi reposo”. Sin embargo, todavía falta que algunos entren en ese reposo, y los primeros a quie-

nes se les anunció la buena noticia no entraron por causa de su desobediencia. Por eso, Dios volvió a fijar un día, que es “hoy”, cuando mucho después declaró por medio de David lo que ya se ha mencionado: “Si ustedes oyen hoy su voz, no endurezcan el corazón”. Si Josué les hubiera dado el reposo, Dios no habría hablado posteriormente de otro día. Por consiguiente, queda todavía un reposo especial para el pueblo de Dios; porque el que entra en el reposo de Dios descansa también de sus obras, así como Dios descansó de las suyas. Esforcémonos, pues, por entrar en ese reposo, para que nadie caiga al seguir aquel ejemplo de desobediencia.

Hebreos 3 y 4 mencionan tres conceptos diferentes de descanso: (1) el descanso del propio Dios en el séptimo día de la semana de la Creación (4:4, 10); (2) el descanso en el cual debería haber entrado Israel (3:11, 18; 4:1, 3, 5, 8); y (3) el descanso en el cual los cristianos deben entrar (4:3, 9, 11). El descanso de Dios no fue un acto realizado para su propio bien, sino para beneficio de los seres humanos (ver Mar. 2:27), como un símbolo del “pacto entre Dios y el hombre”.⁴¹ Por esta razón, el sábado de la Creación puede ser puesto como un verdadero modelo para el descanso humano (ver Éxo. 20:11; Heb. 4:4, 10).

La experiencia de Israel revela que, aunque el descanso prometido a los israelitas incluyera la posesión geográfica de la Tierra Prometida (Jos. 1:13), este descanso solo era la expresión física de la experiencia más profunda del descanso espiritual de pertenecer a Dios (Deut. 14:2). Siendo que el descanso divino para Israel ya era un genuino “estado de salvación”⁴² en el cual solamente se podría entrar por fe (Heb. 4:2), la mayor parte de los israelitas terminó no entrando en él, debido a su continua incredulidad (Heb. 3:19). Aun

así, Hebreos 11 reconoce la existencia de verdaderos israelitas en el antiguo Israel.

Después de mencionar que Josué no podría llevar a los israelitas al verdadero “reposo”, Hebreos 4:6 al 8 hace alusión a “cierto día” y “otro día”, es decir, un nuevo día de oportunidad, ya ofrecido en los días de David (Sal. 95:7-11), y repetido insistentemente como “Hoy” (Heb. 3:7, 13, 15; 4:7).⁴³ Los lectores de la Epístola a los Hebreos son instados a no dejar pasar la presente oportunidad de entrar “en el reposo de Dios” (Heb. 4:1). Ningún análisis contextual o lingüístico honesto permite que las expresiones “cierto día” y “otro día” sean interpretadas como una supuesta referencia al domingo en reemplazo del sábado. Tal interpretación sería completamente ajena al sentido natural del texto bíblico.

A su vez, el término griego para “reposo”, en Hebreos 4:9 es *sabbatismós*, vertido correctamente en la *Traducción Ecuménica de la Biblia* (TEB) como “reposo sabático” y en la *Biblia de Jerusalén* como “reposo del sábado”. Este texto expresa la convergencia culminante entre (1) el descanso del propio Dios en el séptimo día de la semana de la Creación (vers. 4) y (2) el descanso en el cual Israel debería haber entrado (vers. 5-8), reflejando ambas ideas en su significado. De acuerdo con G. C. Berkouwer:

“Las Escrituras revelan la inquebrantable unidad de la obra de Dios en la Creación y en la Redención. Esa unidad ya es clara en el cuarto mandamiento del Decálogo, y no menos en Hebreos 4, donde el escritor exhorta a entrar en el descanso de los creyentes, en el mismo contexto en que habla del sábado de la Creación. Aquí también leemos que la obra de Dios fue preparada desde la fundación del mundo (Heb. 4:3)”.⁴⁴

Establecido para todos los seres humanos (Mar. 2:27), el sábado

EL SÁBADO EN LAS ESCRITURAS

jamás es presentado, en las Escrituras, como un fin en sí mismo, sino como “una señal exterior de una experiencia interior”⁴⁵ de descanso en Dios (Heb. 4:10), que resulta de haber sido salvo por gracia (Heb. 4:16), por medio de la fe (Heb. 4:3). Al considerar el descanso de Dios en el séptimo día de la Creación como el modelo inalterable para los cristianos, el autor de Hebreos (4:10, 11, RV60) dice: “Porque el que ha entrado en su reposo, también ha reposado de sus obras, como Dios de las tuyas. Procuremos, pues, entrar en aquel reposo, para que ninguno caiga en semejante ejemplo de desobediencia”.

Otro texto del Nuevo Testamento relacionado con el sábado es Apocalipsis 1:10 (RV60), donde aparece la siguiente declaración del apóstol Juan: “Estando yo en el Espíritu en el día del Señor oí detrás de mí una gran voz, como de trompeta”. La expresión “día del Señor” (griego, *kuriake heméra*) ha sido interpretada como refiriéndose (1) a un supuesto día del emperador romano, (2) al domingo de Pascua (un evento anual), (3) al día del Señor escatológico, (4) al domingo o (5) al sábado.⁴⁶ La primera es, sin lugar a dudas, la más inconsistente de las alternativas, pues no existe ninguna evidencia de que el término *kuriake* estuviera siendo usado, en la época, en alusión al emperador. Además de eso, el hecho de que Juan fue exiliado a la isla de Patmos por reconocer a Cristo (y no al emperador romano) como su soberano absoluto (Apoc. 1:9) descarta la posibilidad de que el apóstol considerara al emperador como su Señor. A su vez, el intento de identificar el “día del Señor” como siendo el domingo de Pascua no deriva de las Escrituras sino de fuentes extrabíblicas del segundo siglo d.C., siendo por lo tanto inaceptable.⁴⁷

Los defensores de la teoría del “día del Señor” escatológico argumentan que esta expresión no se refiere al tiempo en que el apóstol Juan recibió la visión, sino al tiempo al que fue llevado en visión, es decir, para contemplar las escenas del Día del Juicio divino, considerado también un “día del Señor” (ver Isa. 13:6, 9; Jer. 46:10; Eze. 13:5; 30:3; Joel 1:15; 2:1, 11, 31).⁴⁸ Pero esa teoría no es

corroborada por el libro del Apocalipsis, cuyo contenido básico está compuesto por ocho visiones diferentes ([1] 1:10-3:22; [2] 4:1-8:1; [3] 8:2-11:18; [4] 11:19-14:20; [5] 15:1-16:17; [6] 16:18-18:24; [7] 19:1-21:4; y [8] 21:5-22:5).⁴⁹ Si el apóstol Juan hubiera sido arrebatado para el “día del Señor” escatológico, entonces el contenido de la visión recibida en dicha ocasión debería ser esencialmente escatológico; pero solamente presenta una descripción histórica de las siete iglesias de Asia Menor (1:10-3:22), interpretadas como correspondiendo a diferentes períodos de la historia del cristianismo. Por lo tanto, es evidente que la referida expresión se refiere al día en que Juan recibió la visión.

Muchos comentaristas bíblicos prefieren identificar ese “día del Señor” con el domingo. Algunas traducciones católicas de la Biblia llegan incluso a usar, en Apocalipsis 1:10, el término “domingo” en lugar de “día del Señor”. Pero existen por lo menos tres grandes dificultades con esta posición. Primero, esta es construida sobre la premisa de que el cambio del sábado al domingo sucedió en el período apostólico, lo que carece de base bíblica y de comprobación histórica.⁵⁰ Segundo, en ningún lugar de la Biblia el domingo es llamado “día del Señor”, y el propio apóstol Juan, quien escribió el Apocalipsis, se refiere al domingo sencillamente como el “primer día de la semana” (Juan 20:1, 19), sin ninguna referencia a él. En tercer lugar, como la expresión “día del Señor” empezó a ser asociada al domingo recién “casi a fines del segundo siglo” d.C.,⁵¹ cualquier intento de interpretarla en Apocalipsis 1:10 como “domingo” es artificial y antibíblico.

Al aceptar la Biblia como su propio intérprete, consideramos el “día del Señor” de Apocalipsis 1:10 como el “sábado” del séptimo día. En el Antiguo Testamento, existe una distinción entre “mis sábados” (Éxo. 31:13; Isa. 56:4; Eze. 20:12-21; etc.), refiriéndose al sábado semanal, y “sus sábados” (Lev. 26:34, 43; Ose. 2:11; etc.), en alusión a las fiestas judías anuales. Refiriéndose al sábado sema-

nal como “mis sábados”, Dios lo califica como su santo día. En el libro del profeta Isaías (58:13), se dirige una bendición especial a aquellos que llaman “al sábado ‘delicia’, y al día santo del SEÑOR, ‘honorable’”. En los evangelios, el propio Cristo se autodenomina “señor del sábado” (Mat. 12:8; Luc. 6:5). Basados en el consenso de las Escrituras, reconocemos que el sábado es el “día del Señor” en Apocalipsis 1:10, así como en varios otros pasajes bíblicos.

Además de Hebreos 4:4 al 11 y Apocalipsis 1:10, también Apocalipsis 14:6 al 12 merece ser considerado en el presente estudio. Aunque el término “sábado” no aparezca en el libro de Apocalipsis, el asunto del sábado está presente en el libro, en paralelismos verbales, temáticos y aun estructurales.⁵² Por ejemplo, en Apocalipsis 14, el primer mensaje angélico (vers. 6, 7) enaltece a Dios como Creador (“aquel que hizo...”) y Redentor (“evangelio eterno”). La expresión “el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas” (vers. 7) es extraída del cuarto mandamiento del Decálogo, donde se menciona que “hizo el Señor los cielos y la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos” (Éxo. 20:11; ver Sal. 146:6).⁵³

A su vez, el tercer mensaje angélico de Apocalipsis 14:9 al 12 presenta una clara polarización entre los que adoran “a la bestia y a su imagen” y reciben “la marca en su frente o en su mano” (vers. 9, 11), de un lado, y “los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús” (vers. 12), del otro. Por otra parte, los pioneros adventistas creían que esta polarización era producida por la controversia entre el sábado bíblico (como parte de los “mandamientos de Dios”) y el domingo extrabíblico (como la “marca” de la bestia).⁵⁴ En realidad, los tres mensajes angélicos de Apocalipsis 14:6 al 12 son el último mensaje de advertencia al mundo, para invitar a todos “los que viven en la tierra, a toda nación, raza, lengua y pueblo” (vers. 6) a adorar a Dios (vers. 7) y a guardar sus “mandamientos” (vers. 12), incluyendo el cuarto Mandamiento, que ordena la observancia del sábado como memorial de la Creación (Éxo. 20:8-11).

Resumen

El sábado fue instituido en la creación del mundo (Gén. 2:2, 3), cuando todas las cosas eran perfectas (Gén. 1:31); perpetuado en el Decálogo (Éxo. 20:8-11), que enuncia los principios eternos de la Ley de Dios (Sal. 119:142); y preservado a lo largo del Antiguo Testamento. Pero, bajo la influencia de los maestros del judaísmo, el sábado fue revestido con un ropaje legalista y antibíblico, que debía ser descartado, a fin de que ese día pudiera recuperar su significado como símbolo de la gracia divina. Cristo, como “señor del sábado” (Mat. 12:8; Luc. 6:5), asistía los sábados a la sinagoga (Luc. 4:16); enseñó que “el sábado fue hecho por causa del hombre” (Mar. 2:27; ver Isa. 56:1-7), y no solo para los judíos; y demostró, por medio de varios milagros de sanidad realizados en sábado, que “es lícito hacer el bien en sábado” (Mat. 12:12). Aun después de la muerte de Cristo en la cruz, los discípulos de Cristo todavía observaron el sábado “conforme al mandamiento” (Luc. 23:56).

En el libro de Hechos encontramos varias alusiones a los apóstoles participando en sábado de las reuniones litúrgicas, tanto en las sinagogas (Hech. 13:14, 42, 44; 17:2; 18:4, 11) como fuera de ellas (Hech. 16:13). Si la observancia del sábado hubiera sido interrumpida por los conversos gentiles, habrían aparecido alusiones a esto en las discusiones del Concilio de Jerusalén (c. 49 d.C.); pero no aparece ningún vestigio al respecto en los anales de esta importante reunión apostólica (ver Hech. 15). Si el apóstol Pablo hubiera abandonado la observancia del sábado, como lo quieren algunos, jamás podría haber dicho, al fin de su vida, que no había cometido ningún pecado “contra la ley de los judíos, ni contra el templo” (Hech. 25:8; ver 25:10; 26:4, 5), y que estos lo estaban acusando solamente porque aceptaba a Jesús de Nazaret como cumplimiento de “la esperanza de la promesa que hizo Dios a nuestros padres (Hech. 26:6; ver 28:20).

Por contraste, los textos del Nuevo Testamento (especialmente Juan 20:19; Hech. 20:7; Rom. 14:5; 1 Cor. 16:2; Gál. 4:10, 11; Col.

2:16, 17; Apoc. 1:10) usados para establecer una supuesta observancia apostólica del domingo simplemente no corroboran tal alegato. Un análisis más profundo de la forma en que esos textos han sido interpretados por defensores del domingo revela serias dificultades hermenéuticas. En primer lugar, la tradición postapostólica de la observancia del domingo es impuesta retroactivamente al texto bíblico, distorsionando el sentido original. Las dificultades aumentan aún más cuando los textos bíblicos sobre el sábado son usados para endosar el domingo como, por ejemplo, en la Carta Apostólica *Dies Domini*.⁵⁵ En resumen, el intento de justificar la observancia del domingo como algo presente en el Nuevo Testamento solo es posible a través del método texto-prueba, que desconoce tanto el sentido natural de los textos bíblicos como el propio consenso de las Escrituras sobre el asunto en discusión. Tal abordaje es inaceptable para aquellos que aceptan la Biblia como su propio intérprete.

Apocalipsis 14:6 al 12 menciona que, antes de la segunda venida de Cristo (vers. 14-20), ocurrirá la polarización final de la humanidad entre los que adoran “a la bestia y a su imagen” y reciben “la marca en su frente o en su mano” (vers. 9, 11), de un lado, y “los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús” (vers. 12), del otro. Siendo que la expresión “hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas” (vers. 7) fue extraída del cuarto mandamiento del Decálogo (Éxo. 20:11; ver Sal. 146:6), es evidente que esta polarización es una cuestión de lealtad o deslealtad a los “mandamientos de Dios”, con énfasis en el cuarto, que ordena la observancia del sábado bíblico, como “señal” de lealtad a Dios (Éxo. 31:13; Eze. 20:12, 20). En un mundo que transgrede y menosprecia el sábado bíblico, el pueblo de Dios debe atender a la invitación divina de retraer “el pie de profanar el sábado” y de andar en sus “propios caminos” en este día (Isa. 58:13).

Referencias:

- ¹ Ver Capítulo 1, arriba.
- ² Samuele Bacchiocchi, *From Sabbath to Sunday: A Historical Investigation of the Rise of Sunday Observance in Early Christianity* (Rome: Pontifical Gregorian University Press, 1977), p. 49.
- ³ Ralph W. Klein, "1 Samuel", en *Word Biblical Commentary* (Waco, TX: Word, 1983), t.10, p. 213.
- ⁴ Ver Capítulo 3, arriba.
- ⁵ Keil y Delitzsch, *Commentary on the Old Testament* [Pentateuch III], t. 1, p. 217.
- ⁶ Robert A. Guelich, "Mark 1-8:26", en *Word Biblical Commentary* (Waco, TX: Word, 1989), t. 34A, p. 124.
- ⁷ *Ibid.*, p. 125.
- ⁸ Samuele Bacchiocchi, *Divine Rest for Human Restlessness: A Theological Study of the Good News of the Sabbath for Today* (Roma: Pontifical Gregorian University Press, 1980), p. 150.
- ⁹ E. J. Young, "Sábado", en J. D. Douglas, ed., *O Novo Dicionário da Bíblia* (São Paulo: Vida Nova, 1979), t. 3, p. 1.422.
- ¹⁰ Elena G. de White, *El Deseado de todas las gentes* (Buenos Aires: ACES, 1987), pp. 206, 207.
- ¹¹ Russell N. Champlin, *O Novo Testamento Interpretado Versículo Por Versículo* (Guaratinguetá, SP: A Voz da Bíblia, s.f.), t. 1, p. 561.
- ¹² Ulrich Luz, *Matthew 21-28. A Commentary*, trad. James E. Crouch, *Hermeneia: A Critical and Historical Commentary on the Bible* (Minneapolis, MN: Fortress, 2005), p. 197. Una posición semejante también es asumida, por ejemplo, en Champlin, *O Novo Testamento Interpretado Versículo por Versículo*, t. 1, p. 561; John Nolland, *The Gospel of Matthew: A Commentary on the Greek Text* (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 2005), p. 974.
- ¹³ Walter F. Specht, "The Sabbath in the New Testament", en Strand, ed., *The Sabbath in Scripture*, p. 103.
- ¹⁴ Wilfrid Stott, "Sabbath", en Colin Brawn, ed., *The New International Dictionary of New Testament Theology* (Grand Rapids, MI: Zondervan, 1986), t. 3, p. 410.
- ¹⁵ Andrews, *History of the Sabbath and First Day of the Week* (3ª ed., rev.), pp. 170, 171.
- ¹⁶ Frank Thielman, *Paul & the Law: A Contextual Approach* (Downers Grove, IL: InterVarsity, 1994), p. 213.
- ¹⁷ Roberto Badenas, "Christ the End of the Law: Romans 10:4 in Pauline Perspective", en *Journal for the Study of the New Testament*, Supplement Series 10 (Sheffield, Inglaterra: JSOT Press, 1985), pp. 149, 151.
- ¹⁸ Mario Veloso, "The Law of God", en Raoul Dederen, ed., *Handbook of Seventh-day Adventist Theology*, Commentary Reference Series (Hagerstown, MD: Review and Herald, 2000), t. 12, p. 471.
- ¹⁹ Walter E. Straw, *Origin of Sunday Observance in the Christian Church* (Washington, DC: Review and Herald, 1939), p. 17.
- ²⁰ Philip Schaff, *History of the Christian Church* (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1994), t. 1, p. 337.
- ²¹ Justo L. González, *Uma História Ilustrada do Cristianismo*, 2ª ed. (São Paulo: Vida

EL SÁBADO EN LAS ESCRITURAS

Nova, 1984), t. 1, p. 34.

²² Ver Brempong Owusu-Antwi, "The Chronology of Dan 9:24-27", en *Adventist Theological Society Dissertation Series* (Berrien Springs, MI: Adventist Theological Society Publications, 1995), t. 2, p. 310-323; Juarez Rodrigues de Oliveira, *Chronological Studies Related to Daniel 8:14 and 9:24-27* (Engenheiro Coelho, SP: Imprensa Universitária Adventista, 2004), pp. 31-86.

²³ Merrill C. Tenney, *O Novo Testamento: Sua Origem e Análise*, 2ª ed. (São Paulo: Vida Nova, 1972), pp. 153, 167, 184, 197.

²⁴ Champlin, *O Novo Testamento Interpretado Versículo por Versículo*, t. 2, p. 638.

²⁵ F. F. Bruce, "The Book of the Acts", ed. rev., *The New International Commentary on the New Testament* (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1988), p. 384.

²⁶ Bacchiocchi, *From Sabbath to Sunday*, p. 107.

²⁷ Willy Rordorf, *Sunday: The History of the Day of Rest and Worship in the Earliest Centuries of the Christian Church*, trad. A. A. K. Graham (Londres: SCM Press, 1968), p. 201.

²⁸ Gerhard F. Hasel, "Sabbath", en David N. Freedman, ed., *The Anchor Bible Dictionary* (Nova York: Doubleday, 1992), t. 5, p. 855.

²⁹ Bruce, *The Book of the Acts* (ed. rev.), p. 384.

³⁰ Champlin, *O Novo Testamento Interpretado Versículo por Versículo*, t. 3, p. 436.

³¹ León Morris, *I Coríntios: Introdução e Comentário* (São Paulo: Vida Nova / Mundo Cristão, 1981), p. 191.

³² F. W. Farrar, "I Corinthians", en Spence y Exell, eds., *The Pulpit Commentary* (1 Corinthians), t. 19, p. 549.

³³ Bacchiocchi, *From Sabbath to Sunday*, p. 100.

³⁴ Ernst Käsemann, *Commentary on Romans*, trad. Geoffrey W. Bromiley (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1980), p. 370.

³⁵ Barclay M. Newman y Eugene A. Nida, *A Translator's Handbook on Paul's Letter to the Romans, Helps for Translators* (Londres: United Bible Societies, 1973), p. 258.

³⁶ Franz J. Leenhardt, *Epístola aos Romanos: Comentário Exegético*, trad. Waldyr Carvalho Luz (São Paulo, Aste, 1969), p. 356.

³⁷ Robert Jamieson, A. R. Fausset y David Brown, *Commentary Practical and Explanatory on the Whole Bible*, ed. rev. (Grand Rapids, MI: Zondervan, 1961), p. 1.270.

³⁸ Ver Ron du Preez, *Judging the Sabbath: Discovering What Can't Be Found in Colossians 2:16* (Berrien Springs, MI: Andrews University Press, 2008).

³⁹ *Ibid.*, pp. 47-94.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 89.

⁴¹ Barth, *Church Dogmatics*, t. 3, pt. 1, p. 218.

⁴² Gerhard von Rad, *The Problem of the Hexateuch and Other Essays*, trad. E. W. Trueman Dicken (Nueva York: McGraw-Hill, 1966), p. 94.

⁴³ Harold W. Attridge, *The Epistle to the Hebrews: A Commentary on the Epistle to the Hebrews, Hermeneia - A Critical and Historical Commentary on the Bible* (Philadelphia, PA: Fortress, 1989), p. 130.

⁴⁴ C. C. Berkouwer, *The Providence of God*, trad. Lewis B. Smedes (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1952), p. 64.

⁴⁵ M. L. Andreasen, *The Book of Hebrews* (Washington, D.C.: Review and Herald,

1948), p. 173.

⁴⁶ Ver Mathilde Frey, "The Theological Concept of the Sabbath in the Book of Revelation", en Martin Pröbstle, ed., "For You Have Strengthened Me": *Biblical and Theological Studies in Honor of Gerhard Pfandl in Celebration of His Sixty-fifth Birthday* (St. Peter am Hart, Áustria: Seminar Schloss Bogenhofen, 2007), pp. 229-231.

⁴⁷ R. J. Bauckham, "The Lord's Day", en D. A. Carson, ed., *From Sabbath to Lord's Day: A Biblical, Historical, and Theological Investigation* (Grand Rapids, MI: Zondervan, 1982), pp. 230, 231.

⁴⁸ Es importante que tengamos en consideración que el original griego para el "día del Señor", en Apocalipsis 1:10, es *kuriake heméra*, mientras el "día del Señor" escatológico es designado, en la Septuaginta, como *he heméra tou kuríou*.

⁴⁹ Kenneth A. Strand, "The Eight Basic Visions in the Book of Revelation", en *Andrews University Seminary Studies* 25 (primavera de 1987), pp. 107-121.

⁵⁰ Bacchiocchi, *From Sabbath to Sunday*.

⁵¹ Kenneth A. Strand, "The 'Lord's Day' in the Second Century", en *idem*, ed., *The Sabbath in Scripture and History*, p. 346; ver Rordorf, *Sabbat und Sonntag in der Alten Kirche*, p. 148.

⁵² Ver Jon Paulien, "Is the Sabbath Really in Revelation?", en *Perspective Digest* 3, n° 3 (1998), pp. 37-45. Frey, "The Theological Concept of the Sabbath in the Book of Revelation", en Pröbstle, ed., *For You Have Strengthened Me*, pp. 223-239. Una versión revisada y resumida del artículo de Mathilde Frey fue publicada bajo el título "Sabbath Theology in the Book of Revelation", en Ángel Manuel Rodríguez, ed., *Toward a Theology of the Remnant: An Adventist Ecclesiological Perspective, Biblical Research Institute Studies in Adventist Ecclesiology* (Silver Spring, MD: Biblical Research Institute, 2009), t. 1, pp. 127-137.

⁵³ Kurt Aland et. al., *The Greek New Testament*, 3ª ed., corregida (Stuttgart: United Bible Societies, 1985), p. 871.

⁵⁴ Alberto R. Timm, *O Santuário e as Três Mensagens Angélicas: Fatores Integrativos no Desenvolvimento das Doutrinas Adventistas*, 5ª ed., trad. Arlete Inês Vicente (Engenheiro Coelho, SP: Unaspress, 2009), pp. 193-198.

⁵⁵ Ver Carta Apostólica *Dies Domini* del Sumo Pontífice Juan Pablo II al Episcopado, al Clero y a los Fieles de la Iglesia Católica Sobre la Santificación del Domingo (São Paulo: Paulinas, 1998).

Capítulo 6 | CAMBIO DEL SÁBADO AL DOMINGO

La casi universal aceptación del domingo como día de reposo cristiano, en lugar del sábado bíblico, nos lleva a indagar con respecto a su origen y absorción por parte del cristianismo. Como las ocho referencias del Nuevo Testamento al “primer día de la semana” (Mat. 28:1; Mar. 16:2, 9; Luc. 24:1; Juan 20:1, 19; Hech. 20:7; 1 Cor. 16:2) no atribuyen ninguna santidad especial al domingo, solo la historia extrabíblica puede aclarar este asunto del cambio del sábado al domingo. Entre los estudios históricos más exhaustivos sobre el origen del domingo cristiano, se destacan los de Willy Rordorf y Samuele Bacchiocchi, escritos desde perspectivas distintas.

La obra más importante de Willy Rordorf, profesor en la Universidad de Neuchatel, Suiza, sobre el asunto fue publicada originalmente en alemán en 1962, bajo el título *Der Sonntag: Geschichte des Ruhe- und Gottesdiensttages im ältesten Christentum*, y tra-

ducida y publicada en inglés en 1968 como *Sunday: The History of the Day of Rest and Worship in the Earliest Centuries of the Christian Church*.¹ Basada en la hipótesis tradicional de que la observancia del domingo fue instituida en la resurrección de Cristo (Juan 20:19, 26) y perpetuada por los apóstoles (1 Cor. 16:2; Hech. 20:7; Apoc. 1:10), Rordorf declara:

“El presente nivel de nuestro conocimiento no nos permite descubrir con seguridad el origen de la observancia del domingo. Pero nuestra discusión del asunto hace evidente que varios argumentos pueden ser propuestos en forma convincente a favor de la opinión de que la observancia cristiana del domingo es una creación genuinamente cristiana que retrocede al período más antiguo de la comunidad primitiva y aun a la intención del propio Señor resucitado”.²

La clásica contribución de Samuele Bacchiocchi (1938-2008) sobre el origen de la observancia del domingo fue, sin lugar a dudas, su tesis doctoral, en italiano, “Un esame dei testi biblici e patristici dei primi quattro secoli allo scopo d’ascertare il tempo e le cause del sorgere della domenica come giorno del Signore”, defendida en 1974 en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma, y traducida y publicada en inglés en 1977 bajo el título *From Sabbath to Sunday: A Historical Investigation of the Rise of Sunday Observance in Early Christianity*.³ En contraste con la posición de Rordorf, Bacchiocchi demuestra, en su tesis, que:

“La adopción del domingo en lugar del sábado no ocurrió en la primitiva iglesia de Jerusalén por virtud de autoridad apostólica, sino aproximadamente un siglo más tarde, en la iglesia de Roma. Una interacción

de factores judaicos, paganos y cristianos contribuyó al abandono del sábado y la adopción de la observancia del domingo en su lugar. El hecho de que el domingo llegó a ser un día de descanso y adoración no por autoridad bíblico-apostólica, y sí como resultado de factores políticos, sociales, paganos y cristianos, hace virtualmente imposible la construcción de una teología válida para la observancia del domingo. El intento tradicional de justificar el descanso dominical apelando al mandamiento del sábado es paradójico, como mínimo”.⁴

Sin lugar a dudas, el origen de la observancia del domingo es un tema que merece ser considerado con más detenimiento, a fin de que no impongamos al texto bíblico desarrollos históricos posteriores que le son ajenos. La siguiente discusión aborda (1) el culto al Sol en el Imperio Romano; (2) el domingo en el cristianismo postapostólico; (3) legislaciones eclesiásticas sobre el domingo; y (4) el cambio de énfasis a fines del siglo XX d.C.

El culto al Sol en el Imperio Romano

La semana de siete días, que culmina con el sábado, fue instituida en la Creación (Gén. 1:1-2:3) y perpetuada por el pueblo de Dios a lo largo de los tiempos. En el libro de Génesis, los días de la semana son identificados por una sencilla secuencia numérica, esto es, “primer día”, “segundo día”, etc. (Gén. 1:5, 8, 13, 19, 23, 31; 2:2). Esa forma de identificación es mantenida a lo largo de las Escrituras, con excepción del “séptimo día”, llamado “sábado” la mayor parte de las veces (Éxo. 16:26; 20:10; etc.), y del sexto día, considerado el “día de la preparación” (griego, *heméra ên paraskeuês*) para el sábado (Luc. 23:54). Pero, fuera de la tradición bíblica, los días de la semana terminaron asumiendo características paganas.

Algunos pueblos mediterráneos antiguos creían que cada hora

del día era gobernada por un astro específico. Los astrólogos egipcios establecieron una secuencia de ciclos de siete horas cada uno, gobernados respectivamente por Saturno, Júpiter, Marte, el Sol, Venus, Mercurio y la Luna. El astro que coincidía con la primera hora del día era tenido como gobernador de todo el período de 24 horas, y le prestaba su nombre a ese día. A su vez, “los soldados romanos estacionados en Egipto se familiarizaron con la semana pagana de siete días y empezaron a introducirla en su propia patria reemplazando a su semana de ocho días de mercado”.⁵

En Roma, cada día de la semana fue dedicado a un astro específico, en el siguiente orden:

* Domingo: Sol (latín *dies Solis*; inglés *Sunday*; alemán *Sonntag*)

* Lunes: Luna (latín *dies Lunae*)

* Martes: Marte (latín *dies Martis*)

* Miércoles: Mercurio (latín *dies Mercurii*)

* Jueves: Júpiter (latín *dies Jovis*)

* Viernes: Venus (latín *dies Veneris*)

* Sábado: Saturno (latín *dies Saturni*; inglés *Saturday*)

Significativas como puedan haber sido las festividades relacionadas con los últimos seis astros, ninguna de ellas puede ser comparada en importancia e influencia con la celebración romana al Sol en el *dies Solis* (domingo), derivada del mitraísmo persa.⁶

Arnold Toynbee declara que:

“Cuando los romanos decidían llevar a todos los extremos la guerra a una comunidad enemiga, en forma preliminar tenían por costumbre tomar la precaución de invitar a los dioses enemigos a retirarse de la ciudad condenada e intentar que cambiaran de partido, ofreciéndoles a cambio lugares honoríficos en el Panteón de Roma”.⁷

Los soldados romanos que emprendieron campañas militares en el oriente introdujeron de Persia, en el siglo anterior al de Cristo, la forma peculiar de culto al Sol del mitraísmo, un segmento importante del zoroastrismo. Evidencias arqueológicas prueban que “los mitraístas usaban al domingo, el primer día de la semana, como su día para rendir honra especial al Sol”.⁸ De acuerdo con Césare Cantu:

“El templo principal de Mitra estaba en el subterráneo del Capitolio y el archigalo habitaba en el Vaticano, donde daba oráculos. Los misterios de Mitra se celebraban en la ciudad, en el equinoccio de la primavera; porque el nacimiento del sol invencible daba ocasión a la mayor solemnidad el 25 de diciembre. Es por eso que los padres de la iglesia de Occidente escogieron este día para festejar el nacimiento de Cristo, el Sol verdadero”.⁹

Aunque algunos autores más recientes, incluso el papa Benedicto XVI, traten de negar que la celebración cristiana de Navidad el 25 de diciembre se haya originado con la festividad anual del Sol Invictus,¹⁰ no se puede subestimar la señalada influencia mitraísta sobre el *dies Solis* (domingo) romano. Mitra era considerado un dios activo, guardián de las armas, protector de los soldados y de los ejércitos, y campeón de los héroes. Una divinidad con tales características apelaba a los soldados romanos, que difundieron su culto por varias regiones del Imperio Romano. “No hay evidencia de que el culto mitraísta haya recibido ningún estatus oficial como un culto romano”, pero la forma oficial romana de culto al Sol Invictus terminó convirtiéndose en “la primera religión universal del mundo grecorromano”.¹¹

Para distinguir su modo de culto al Sol de los demás, el emperador Aureliano estableció, en el año 270 d.C., el culto al Sol Invictus como la religión oficial del Imperio, añadiendo el título imperial

Invictus al dios Sol. Este culto pagano, perpetuado por los emperadores subsiguientes, tuvo en el emperador Constantino el Grande uno de sus mayores defensores. Las monedas acuñadas durante su gobierno tenían su propia estampa en un lado y la del Sol *Invictus* en el otro, con la leyenda “*Soli Invicto Comiti*” (dedicado al sol invencible).¹² A pesar de su “conversión” al cristianismo en el año 312 d.C., Constantino fue bautizado en el año 337 d.C., cuando ya se encontraba en su lecho de muerte. Edward Gibbon declara que “la mente de Constantino podía flotar entre las religiones pagana y cristiana”, pero su devoción “era dirigida más peculiarmente hacia el genio del Sol”. En realidad, “el Sol era celebrado universalmente como el guía protector e invencible de Constantino”.¹³

En marzo del año 321 d.C. (nueve años después de su conversión al cristianismo), Constantino promulgó su famosa ley dominical, oficializando el descanso en el “venerable Día del Sol”. La ley establecía:

“Que todos los magistrados, los habitantes de las ciudades y los mercaderes y artífices descansen en el venerable Día del Sol. Pero los labradores pueden libre y legalmente seguir el cultivo del campo; pues, en muchos casos, ningún otro día es tan adecuado a la siembra del grano o a la plantación de la viña; pues, de lo contrario, se desperdiciaría el momento adecuado concedido por el Cielo”.¹⁴

Describiendo la vida y la sociedad romanas de la época, John Matthews afirma que “la consecución del Imperio Romano fue, precisamente, asimilar en un sistema político y administrativo las inmensas diversidades de los mundos mediterráneo y, en gran parte, noreuropeo”.¹⁵ Además de eso,

“era una época de sincretismo religioso y creciente monoteísmo, cuando los filósofos y el pueblo común veían cada vez más a todas las divinidades como emanaciones de una fuerza divina suprema. El Sol era asociado con Mitra y, como Sol Invictus, Mitra era considerado el mediador divino más poderoso y más inmediato entre los seres humanos y la majestad invisible del dios supremo”.¹⁶

Sin duda, ese sincretismo religioso, integrado por el culto al Sol Invictus, favoreció en gran medida el abandono del impopular sábado bíblico y la aceptación del popular domingo pagano. Esa transición fue facilitada por un paralelismo creativo entre el “Sol Invictus” del mitraísmo persa-romano y el “sol de justicia” cristiano, mencionado en Malaquías 4:2 (ver Juan 8:12; 9:5; 12:46).¹⁷ De acuerdo con Manfred Clauss, “los cristianos se distanciaron de las ideas paganas y, por consiguiente, Cristo llegó a ser mucho más *Sol iustitiae*, el Sol de justicia”. Pero, en este proceso, los cristianos llevaron consigo “la observancia del domingo y la festividad del nacimiento del dios [Mitra] el 25 de diciembre”.¹⁸

El domingo en el cristianismo postapostólico

La cultura contemporánea ejerce una influencia casi irresistible sobre los movimientos religiosos, neutralizando gradualmente su identidad original. Con respecto al impacto de este proceso sobre el cristianismo, Jacques Ellul argumenta:

“¿Cómo pudo haber sucedido que el desarrollo del cristianismo y de la iglesia haya dado origen a una sociedad, una civilización, una cultura que son completamente antagónicas a aquello que leemos en la Biblia, a lo que es indiscutiblemente el texto de la ley, de los

profetas, de Jesús y de Pablo? [...] La revelación ha sido progresivamente moldeada y reinterpretada de acuerdo con la práctica del cristianismo y de la iglesia”.¹⁹

A su vez, LeRoy E. Froom declara que, “mientras la iglesia evangeliza al mundo, el mundo seculariza a la iglesia. De esta manera, sus esfuerzos son neutralizados”.²⁰ Uno de los ejemplos más claros de este fenómeno fue la sustitución del sábado bíblico por el domingo pagano, en un proceso generado y consolidado por varios factores básicos.

Uno de ellos fue la influencia de la cultura grecorromana, la cual contribuyó a la aculturación del cristianismo postapostólico. En el siglo II d.C., el cristianismo ya estaba presente en muchas regiones del Imperio Romano, especialmente entre las comunidades judaicas de la diáspora. Pero, en esa época, de acuerdo con J. M. Roberts, se llegó a una “encrucijada”.

“Si hubiera dado las espaldas a las implicaciones de la obra de Pablo y permanecido solo como una herejía judaica, en la mejor de las hipótesis, [el cristianismo] habría sido reabsorbido finalmente en la tradición judaica. Por otro lado, un alejamiento del pueblo judío, que los rechazaba, podría haber inducido a los cristianos a sumergirse en el mundo helénico de las religiones de misterio o la falta de esperanza de los agnósticos”.²¹

Aunque no se diluyó en ninguno de esos extremos, el cristianismo fue víctima de su propio crecimiento numérico y de su expansión geográfica. Roma conquistó Grecia, pero fue conquistada por la cultura griega; así también, el cristianismo prevaleció sobre el paganismo del Imperio Romano, pero terminó absorbiendo mucho de la cul-

tura grecorromana,²² incluso de sus ritos religiosos. La reverencia a los restos mortales de los mártires, surgida en el segundo siglo d.C., estimuló gradualmente el culto a las reliquias y la Eucaristía.²³ El culto mitraíta al Sol, en el día del Sol (domingo), acabó reemplazando la observancia del sábado bíblico. Siendo así, alrededor del año 155 d.C., encontramos a Justino de Roma tratando de cristianizar el día del Sol en la siguiente declaración:

“En el día en que se llama del Sol, se celebra una reunión de todos los que viven en las ciudades o en los campos, y allí se leen, mientras el tiempo lo permite, las memorias de los apóstoles o los escritos de los profetas [...]. Celebramos esa reunión general en el día del Sol, porque fue el primer día en que Dios, transformando las tinieblas y la materia, hizo el mundo, y también el día en que Jesucristo, nuestro Salvador, resucitó de los muertos. Realmente, se sabe que lo crucificaron un día antes del día de Saturno y en el día siguiente al de Saturno, que es el día del Sol, él apareció a sus apóstoles y discípulos, y nos enseñó esas mismas doctrinas que estamos exponiendo para vuestro examen”.²⁴

Otro factor básico en el proceso de sustitución del sábado bíblico por el domingo pagano fue el creciente espíritu antijudío alimentado por las rebeliones de los judíos contra el yugo romano. Mientras los judíos permanecían relativamente pasivos al yugo romano, el ejercicio de la religión judía era tolerado por los romanos; y eso también era conveniente para los cristianos, los cuales eran tenidos como mera secta judía. Pero, algunas insurrecciones judías contra los romanos terminaron por producir represalias de estos contra aquellos y, por extensión, también contra los cristianos.

CAMBIO DEL SÁBADO AL DOMINGO

La rebelión nacionalista judía del año 66 d.C. culminó en la destrucción de Jerusalén y del Templo. Por otro lado, la rebelión judía del año 132 d.C., liderada por el falso mesías judío Bar-Kochba, fue sofocada radicalmente por el emperador Adriano. De acuerdo con Eusebio de Cesarea, el pueblo judío “fue absolutamente prohibido hasta de acercarse a los alrededores de Jerusalén” y de contemplar, “aun de lejos, el suelo patrio”. Bajo el nombre de “Aélia, en honra al emperador Adriano”, la ciudad fue repoblada “por una raza extranjera”, y la propia “iglesia de la ciudad también fue compuesta por gentiles”.²⁵ Justino de Roma afirma que, durante esa rebelión, Bar-Kochba “mandaba someter a terribles torturas a los cristianos, en caso de que estos no negasen y blasfemasen contra Jesucristo”.²⁶ A fin de no ser confundidos con los rebeldes judíos, los cristianos empezaron a abandonar algunas creencias básicas del judaísmo, especialmente el sábado semanal y la Pascua judía (celebrada por los judíos siempre el día 14 de Nisán).²⁷

Un tercer factor que contribuyó a la aceptación del domingo como día de reposo en lugar del sábado fue una relectura alegórica de textos bíblicos para armonizarlos con el nuevo sincretismo cristiano-pagano.²⁸ Por otro lado, en la Carta de Bernabé (escrita probablemente por un tal Bernabé de Alejandría entre los años 130 y 138 d.C.²⁹) es mencionado que, en “seis días” de la Creación (Gén. 1), “que son seis mil años, el universo será consumado”, y solo entonces el Señor, “de hecho, reposará en el séptimo día”. Después de citar la declaración “No soporto vuestras neomenias y vuestros sábados” (ver Isa. 1:13), la referida carta ofusca al “séptimo día” de la Creación (sábado) por un “octavo día”, el día presente (domingo) y otro “octavo día” futuro (en el otro mundo). El documento dice:

“No son los sábados actuales los que me agradan, sino aquel que hice y en el cual, después de haber llevado todas las cosas al reposo, haré al inicio del

octavo día, es decir, el comienzo de otro mundo. He aquí por qué celebramos como fiesta alegre el octavo día, en el cual Jesús resucitó de los muertos y, después de manifestarse, subió a los cielos”.³⁰

En su obra *Contra Celso* (c. 248 d.C.), Orígenes propone una especie de pancelebración del domingo. Después de citar al sabio griego Tucídides (“Celebrar una fiesta no es nada más que cumplir su deber”) y Gálatas 4:10 y 11 (“¡Observais cuidadosamente días, meses, estaciones, años! Recelo haberme fatigado en vano por vosotros”), Orígenes argumenta que, para el cristiano genuino, “no hay instante en que no realice la Pascua”, y que “estamos continuamente en los días de Pentecostés”. Con respecto a la observancia del domingo, él añade: “Quien es cristiano perfecto y no deja de dar la debida atención a las palabras, a las acciones, a los pensamientos del Logos de Dios que, por naturaleza, es el Señor, ese vive continuamente en los días del Señor, celebra constantemente los domingos”.³¹

Orígenes siempre trataba de encontrar un supuesto sentido alegórico (tenido como oculto y más profundo) en los textos bíblicos literales. Para él, “aun los hechos históricos fueron relatados en vista de una interpretación alegórica”.³² William W. Klein, Craig L. Blomberg y Robert L. Hubbard Jr. argumentan que “tal interpretación parece jugar livianamente con el texto”, y que Orígenes “está simplemente leyendo sus propias ideas cristianas hacia dentro del texto, en lugar de extraerlas del texto”.³³ No es sin motivo que Charles Bigg se refirió al alegorismo de Orígenes como una “alquimia bíblica”.³⁴ En realidad, el método alegórico proveía suficiente flexibilidad interpretativa para hacer que los textos bíblicos sobre el sábado hablasen como si estuvieran endosando el domingo.

Además del llamado de la cultura grecorromana, del espíritu antijudío y de la interpretación alegórica de determinados textos bíblicos, también fue desarrollada una especie de anticipacionis-

CAMBIO DEL SÁBADO AL DOMINGO

mo histórico para validar apostólicamente la observancia del domingo. En este contexto, los propios apóstoles pasaron a ser vistos como observadores del domingo, y declaraciones postapostólicas de los Padres de la Iglesia son consideradas confiables y normativas. Entre ellas se encuentran, por ejemplo, la de *Didajé* (también conocida como *La doctrina de los apóstoles*³⁵): “Reúnanse en el día del Señor para partir el pan y agradecer”³⁶; y la de Ignacio a los Magnesios: “Aquellos que vivían en el antiguo orden de cosas llegaron a la nueva esperanza y ya no observan el sábado, sino el día del Señor, en que nuestra vida se levantó por medio de él y de su muerte”.³⁷ Además, declaraciones como estas son usadas para reinterpretar el propio sentido bíblico de las expresiones “primer día de la semana” (Mat. 28:1; Mar. 16:2, 9; Luc. 24:1; Juan 20:1, 19; Hech. 20:7; 1 Cor. 16:2) y “día del Señor” (Apoc. 1:10).

En el período postapostólico, por algún tiempo, un número considerable de cristianos siguió guardando el sábado bíblico en forma paralela a la emergente observancia del domingo. Pero, sucesivas reglas eclesiásticas terminaron estableciendo la observancia del domingo, haciendo ilegal la observancia del sábado bíblico. Por ejemplo, la asistencia a la iglesia en domingo fue estimulada por el Concilio de Elvira (305 d.C.), ordenando que, “si alguien en la ciudad deja de asistir a la iglesia por tres domingos, debe ser excomulgado por un corto período, a fin de ser corregido” (Canon 21).³⁸

Por otro lado, la abstinencia del trabajo secular en sábado fue prohibida por el Sínodo de Laodicea (c. 365 d.C.):

“Los cristianos no judaizarán y no estarán ociosos en sábado, pero deberán trabajar en este día; pero el día del Señor deben honrar, y si es posible, como cristianos, abstenerse de todo trabajo en este día. Pero, si fueren encontrados judaizando, deberán ser considerados anatemas para con Cristo” (Canon 29).³⁹

Otro paso significativo para la legislación dominical fue realizado en el 3^{er} Sínodo de Orleans (538 d.C.). Entre los 33 cánones de este concilio, figura uno (Canon 130) que afirma que los “cristianos no deben casarse con judíos, ni aun comer con ellos”, y otro (Canon 28) que legisla:

“Es una superstición judaica considerar que es ilegal cabalgar o guiar en domingo, o hacer cualquier cosa para adorno de la casa o personal. Pero los trabajos del campo son prohibidos, para que el pueblo pueda venir a la iglesia y adorar. Si alguien actúa de modo diferente, debe ser castigado, no por los griegos, sino por el obispo”.⁴⁰

Por lo tanto, mientras que el método alegórico de interpretación proporcionaba la flexibilidad necesaria para vaciar al sábado de su significado bíblico, la legislación eclesiástica revestía la observancia del domingo de una obligatoriedad innegociable.

Cambio de énfasis

La Iglesia Católica Apostólica Romana, tradicionalmente, reconocía haber cambiado la celebración del sábado al domingo en virtud de su autoridad eclesiástico-apostólica.⁴¹ Por ejemplo, Tomás de Aquino aclaró, en su *Suma Teológica* (1265-1273), que “bajo la nueva ley, la observancia del domingo reemplazó a la del sábado, no en virtud de la ley, sino debido a la determinación de la Iglesia y de la costumbre del pueblo cristiano”.⁴²

La Confesión de Augsburgo (1530), uno de los documentos luteranos más importantes, hace alusión a las pretensiones católicas de autoridad para transferir la santidad del sábado al domingo. La confesión declara:

“Además de eso, se discute sobre si los obispos o pastores tienen el derecho de instituir ceremonias en la iglesia y hacer leyes sobre alimentos, feriados, grados de los ministros u órdenes, etc. Los que atribuyen ese derecho a los obispos, alegan el testimonio: ‘Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar. Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad’. [...] Alegan que el sábado fue cambiado al domingo, contrariamente al Decálogo, como parece. Ningún ejemplo es más enfatizado que el cambio del sábado. Contienen que la autoridad de la iglesia es grande, pues dispensó un precepto del Decálogo”.⁴³

El Catecismo Romano (1566) declara: “Pero, la Iglesia de Dios creyó conveniente transferir al domingo la solemne celebración del sábado”.⁴⁴ De forma semejante, *The Convert's Catechism of Catholic Doctrine* (1930) presenta el cambio del sábado al domingo en los siguientes términos:

“P. ¿Cuál es el tercer Mandamiento?”

“R. El Tercer Mandamiento es: Acuérdate de santificar el sábado.

“P. ¿Qué día es el sábado?”

“R. El sábado es el séptimo día.

“P. ¿Por qué observamos el domingo en lugar del sábado?”

“R. Observamos el domingo en lugar del sábado porque la Iglesia Católica transfirió la solemnidad del sábado al domingo.

“P. ¿Por qué la Iglesia Católica instituyó el domingo en lugar del sábado?”

“R. La Iglesia instituyó el domingo en lugar del sábado porque Cristo resucitó de los muertos un domingo, y el Espíritu Santo descendió sobre los apóstoles un domingo.

“P. *¿Por cuál autoridad la Iglesia instituyó el domingo en lugar del sábado?*

“R. La Iglesia instituyó al domingo en lugar del sábado por la plenitud de aquel poder divino que Jesucristo le concedió”.⁴⁵

Como ya fue mencionado, Samuele Bacchiocchi argumenta, en su tesis doctoral *From Sabbath to Sunday* (defendida en 1974 y publicada en 1977), que el cambio del sábado al domingo sucedió en Roma, “aproximadamente un siglo” después de la Era Apostólica, y que eso “hace virtualmente imposible la construcción de una teología válida para la observancia del domingo”.⁴⁶ Respondiendo (consciente o inconscientemente) a los desafíos traídos a luz por la tesis de Bacchiocchi, la Iglesia Católica Apostólica Romana publicó dos importantes documentos oficiales con exposiciones teológicas acerca del domingo, construidas alegórica y tipológicamente sobre los textos bíblicos del sábado.

Uno de los documentos es el Catecismo de la Iglesia Católica (1992), que utiliza el método alegórico de interpretación bíblica para abogar a favor de la superioridad del domingo católico sobre el sábado bíblico. El Salmo 118:24 (“Este es el día que el Señor ha hecho; regocijémonos y alegrémonos en él”) es citado como refiriéndose al domingo. Bajo el subtítulo “El día de la Resurrección: La nueva creación”, el referido Catecismo afirma:

“Jesús resucitó de entre los muertos ‘en el primer día de la semana’ (Mar. 16:2). Como ‘primer día’, el día de la Resurrección de Cristo recuerda a la primera creación. Como ‘octavo día’, que sigue al sábado,

significa la nueva creación inaugurada con la resurrección de Cristo. Para los cristianos, él llegó a ser el primero de todos los días, la primera de todas las fiestas, el día del Señor (*‘Hé kyriaké hemera’*, ‘*dies Dominica*’), o ‘domingo’.⁴⁷

Considerando “El domingo: plenitud del sábado”, el mismo Catecismo argumenta:

“El domingo se distingue expresamente del sábado, al cual sucede cronológicamente, cada semana, y cuya prescripción ritual sustituye, para los cristianos. Lleva a la plenitud, en la Pascua de Cristo, la verdad espiritual del sábado judío y anuncia el reposo eterno del hombre en Dios. Pues el culto de la ley preparaba el misterio de Cristo y lo que en él se practicaba prefiguraba, de alguna forma, algún aspecto de Cristo [...]. La celebración del domingo observa la prescripción moral inscrita naturalmente en el corazón del hombre de ‘prestar a Dios un culto exterior, visible, público y regular bajo el signo de su beneficio universal para con los hombres’. El culto dominical cumple el precepto moral del Antiguo Pacto, cuyo ritmo y espíritu retoma al celebrar cada semana al Creador y al Redentor de su pueblo”.⁴⁸

Otro documento importante es la Carta Apostólica *Dies Domini* (1998), que llega a considerar al sábado bíblico como prefiguración del domingo católico. Basado en Juan 1:3 (“Todo comenzó a existir por medio de él”), la Carta argumenta:

“Según la experiencia cristiana, el domingo es, sobre todo, una fiesta pascual, totalmente iluminada

por la gloria de Cristo resucitado. Es la celebración de la “nueva creación” [...].

“Por lo tanto, ya en la aurora de la Creación, el designio de Dios estaba implicado en esta ‘misión cósmica’ de Cristo. Esta perspectiva cristocéntrica, que se extiende sobre todo el arco del tiempo, estaba presente en la mirada complaciente de Dios cuando, a fines de su obra, ‘bendijo el séptimo día y lo santificó’ (Gén. 2:3). Nacía entonces –según el autor sacerdotal de la primera narración bíblica de la Creación– el ‘sábado’, que caracterizaba profundamente el primer Pacto y, de algún modo, preanuncia el día sagrado del Pacto nuevo y definitivo. El mismo tema del ‘reposo de Dios’ (cf. Gén. 2:2) y del reposo por él ofrecido al pueblo del Éxodo, con el ingreso en la tierra prometida (cf. Éxo. 33:14; Deut. 3:20; Jos. 21:44; Sal. 95 [94], 11), es releído en el Nuevo Testamento bajo una luz nueva, la del “reposo sabático” definitivo (cf. Heb. 4, 9), donde entró Cristo con su resurrección y también el Pueblo de Dios es llamado a entrar, perseverando en la senda de su obediencia filial (cf. Heb. 4,316 [sic]). Por lo tanto, es necesario releer la gran página de la Creación y profundizar la teología del ‘sábado’, para llegar a la plena comprensión del domingo”.⁴⁹

Los argumentos usados tanto en el Catecismo de la Iglesia Católica como en la Carta Apostólica *Dies Domini* para construir una supuesta “teología bíblica” del domingo son artificiales, e incurrer en la falacia de la “falsa analogía”,⁵⁰ en la cual una cosa (en este caso, el sábado) es usada para probar otra (en este caso, el domingo). Con tal flexibilidad hermenéutica, la Biblia queda expuesta a las

más variadas interpretaciones posibles. En consecuencia, este tipo de interpretación es inadecuado para aquellos que aceptan la Biblia como su propio intérprete.

Resumen

El cambio del sábado al domingo sucedió en Roma, en el período postapostólico, siendo estimulado por diferentes factores. El culto mitraísta al Sol, traído de Persia a Roma por los soldados romanos, creció y se expandió al punto de llegar a ser la “primera religión universal del mundo grecorromano”,⁵¹ centralizado en la adoración dominical al Sol Invictus. Gran parte del Imperio Romano fue cristianizada por la aceptación del “sol de justicia” cristiano (Mal. 4:2; ver Juan 8:12; 9:5; 12:46), en lugar del “Sol Invictus” pagano, pero preservando la observancia del domingo pagano en lugar del sábado bíblico. Bajo influencia de los Padres de la Iglesia, el domingo pagano fue siendo revestido cada vez más de un ropaje cristiano, pasando a ser considerado una institución bíblico-cristiana. El proceso fue sancionado oficialmente a través de sucesivas reglas eclesiásticas, estableciendo la observancia del domingo y haciendo ilegal la observancia del sábado bíblico.

Tradicionalmente, la Iglesia Católica Apostólica Romana reconocía haber cambiado la celebración del sábado al domingo debido a su autoridad eclesiástico-apostólica. Pero, a fines del siglo XX d.C., surgieron importantes intentos católicos de construir una supuesta “teología bíblica” del domingo, como es evidente en el Catecismo de la Iglesia Católica y en la Carta Apostólica *Dies Domini*. Por más creativas y lógicas que puedan parecer, están construidas sobre una hermenéutica tipológico-alegórica que desvirtúa el sentido natural del texto bíblico. Si deseamos que la Biblia sea su propio intérprete, debemos permitir que el propio texto bíblico hable por sí mismo, sin la interferencia de alegorismos y tipologías artificialmente contruidos para vindicar tradiciones y conjeturas extrabíblicas y antibíblicas.

Referencias:

¹ Ver Rordorf, *Sunday*.

² *Ibid.*, p. 237.

³ Ver Bacchiocchi, *From Sabbath to Sunday*.

⁴ *Ibid.*, p. 2.

⁵ "Origin of the Seven-Day Week", en www.highdown.reading.sch.uk (consultado el 23/11/2009).

⁶ Ver Roberto L. Odom, *Sunday in Roman Paganism: A History of the Planetary Week and Its "Day of the Sun" in the Heathenism of the Roman World During the Early Centuries of the Christian Era* (Washington, D.C.: Review and Herald, 1944). Para un estudio más detenido del mitraísmo romano, ver Manfred Clauss, *The Roman Cult of Mithras: The God and His Mysteries*, trad. Richard Gordon (Nueva York: Routledge, 2001).

⁷ Arnold Toynbee, *A História e a Religião*, trad. Laura Schlaepfer (Rio de Janeiro: Fundo de Cultura, 1960), p. 61.

⁸ Frank H. Yost, *The Early Christian Sabbath* (Mountain View, CA: Pacific Press, 1947), p. 54.

⁹ Césare Cantú, *História Universal*, rev. Elói Braga Jr. (São Paulo: Editora das Américas, s.f.), t. 8, p. 36.

¹⁰ Ver "Sol Invictus", en <http://en.wikipedia.org> (consultado el 23/11/2009). Ver Bacchiocchi, *From Sabbath to Sunday*, pp. 256-261.

¹¹ Ver "Mithraism", en www.crystalinks.com (consultado el 23/11/2009).

¹² Ver "Constantine I 'the Great'", en www.coinscatalog.com (consultado el 26/11/2009).

¹³ Edward Gibbon, *The Decline and Fall of the Roman Empire* (Nueva York: Modern Library, s.f.), t. 1, pp. 637, 639.

¹⁴ Codex Iustinianus III, 12, 2; transcrito en Schaff, *History of the Christian Church*, t. 3, p. 380 (n. 1); Rordorf, *Sabbat und Sonntag in der Alten Kirche*, p. 178.

¹⁵ John Matthews, "Roman Life and Society", en John Boardman, Jasper Griffin y Oswyn Murray, eds., *The Oxford History of the Classical World* (Oxford: Oxford University Press, 1986), p. 750.

¹⁶ "Sol Invictus", en www.bookrags.com (consultado el 23/11/2009).

¹⁷ Ver Bacchiocchi, *From Sabbath to Sunday*, pp. 263-265.

¹⁸ Clauss, *The Roman Cult of Mithras*, p. 169.

¹⁹ Jack Ellul, *The Subversion of Christianity*, trad. Geoffrey W. Bromiley (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1986), p. 3.

²⁰ LeRoy E. Froom, *La venida del Consolador* (Buenos Aires: ACES, 1990), p. 125.

²¹ J. M. Roberts, *History of the World* (Nova York: Oxford University Press, 1993), p. 218.

²² Ver Edwin Hatch, *The Influence of Greek Ideas and Usages upon the Christian Church*, 5ª ed. (Londres: Williams and Norgate, 1895).

²³ G. J. C. Snoek, *Medieval Piety from Relics to the Eucharist: A Process of Mutual Interaction* (Leiden: E. J. Brill, 1995).

²⁴ Justino de Roma, *I e II Apologias; Diálogo com Trifão*, 2ª ed., trad. Ivo Storniolo y Euclides M. Balancin, *Patrística* (São Paulo: Paulus, 1995), t. 3, pp. 83, 84 (*I Apologia*, § 67).

²⁵ Eusebio de Cesarea, *História Eclesiástica*, 2ª ed., trad. Monjas Benedictinas do Mosteiro de Maria Mãe de Cristo, *Patrística* (São Paulo: Paulus, 2008), t. 15, pp. 175,

CAMBIO DEL SÁBADO AL DOMINGO

176 (livro 4, cap. 6).

²⁶ Justino de Roma, *I y II Apologías; Diálogo con Trifão*, 46 (I *Apologia*, § 31).

²⁷ Ver Bacchiocchi, *From Sabbath to Sunday*, pp. 165-212.

²⁸ Para un estudio más detallado de la controversia sábado-domingo en la literatura cristiana primitiva, ver Robert L. Odom, *Sabbath and Sunday in Early Christianity* (Washington, DC: Review and Herald, 1977), p. 218.

²⁹ *Ibid.*, p. 218.

³⁰ Carta de Barnabé, en *Padres Apostólicos*, 4ª ed., trad. Ivo Storniole y Euclides M. Balancin, *Patrística* (São Paulo: Paulus, 2008), t. 1, pp. 309, 310 (Carta de Barnabé, § 15).

³¹ Orígenes, *Contra Celso*, trad. Orlando dos Reis, *Patrística* (São Paulo: Paulus, 2004), t. 20, pp. 628, 629 (livro VIII, § 21-22).

³² *Ibid.*, p. 329 (livro IV, § 49).

³³ William W. Klein, Craig L. Blomberg y Robert L. Hubbard Jr., *Introduction to Biblical Interpretation*, ed. rev. y actual. (Nashville, TN: Thomas Nelson, 2004), p. 39.

³⁴ Charles Bigg, *The Christian Platonists of Alexandria. Eight lectures preached before the University of Oxford in the year 1886 on the foundation of the late Rev. John Bampton* (Oxford: Clarendon, 1886), p. 137. Adolph Harnack, en su *History of Dogma*, trad. Neil Buchanan (New York: Dover, 1961), t. 2, p. 348 (n. 1), considera que Charles Bigg calificó “muy apropiadamente” el alegorismo de Orígenes como “alquimia bíblica”.

³⁵ Eusebio de Cesarea, en su *História Eclesiástica*, 148 (livro 3, cap. 25, § 4), califica la obra *La doctrina de los apóstoles* (o Didajé) como uno de los libros “apócrifos”.

³⁶ “Didajé”, en *Padres Apostólicos*, p. 357 (Didaqué, § 14).

³⁷ “Inácio aos Magnésios”, en *Padres Apostólicos*, p. 94 (Inácio aos Magnésios 9:1).

³⁸ Transcripción del original latino y traducción al alemán en Rordorf, *Sabbat und Sonntag in der Alten Kirche*, pp. 176, 177.

³⁹ Transcripción del original griego y traducción al alemán en *ibid.*, pp. 88, 89.

⁴⁰ Charles J. Hefele, *A History of the Councils of the Church From the Original Documents* (Edinburgh: T. & T. Clark, 1895), t. 4, pp. 207-209. Ver transcripción del original latino y traducción al alemán en Rordorf, *Sabbat und Sonntag in der Alten Kirche*, pp. 222, 223.

⁴¹ Para un análisis crítico de la teoría de la “sucesión apostólica”, ver Oscar Cullmann, *Peter: Disciple, Apostle, Martyr: A Historical and Theological Study*, 2ª ed., rev. y exp., trad. Floyd V. Filson (Londres: SCM, 1962); Carlos A. Steger, *Apostolic Succession in the Writings of Yves Congar and Oscar Cullmann*, Andrews University Seminary Doctoral Dissertation Series (Berrien Springs, MI: Andrews University Press, 1993) t. 20; Janus, *O Papa e o Concílio*, versión e introducción por Rui Barbosa, 3ª ed. (Rio de Janeiro: Elos, s.f.).

⁴² Tomás de Aquino, *Suma Teológica: Justiça, Religião e Virtudes Sociais* (São Paulo: Loyola, 2005) t. 6, p. 707 (sección II, asunto 122, artículo 4).

⁴³ Confesión de Augsburgo XXVIII.30-33; en *Livro de Concórdia: As Confissões da Igreja Evangélica Luterana*, trad. Arnaldo Schütler (São Leopoldo, RS: Sinodal; Porto Alegre, RS: Concórdia, 1980), p. 89.

⁴⁴ Valdomiro Pires Martins, *Catecismo Romano: Versão fiel da edição autêntica de 1566 com notícia histórica e análise crítica*, 2ª ed. rev. (Petrópolis, RJ Vozes, 1962), p. 376.

EL SÁBADO EN LAS ESCRITURAS

⁴⁵ Peter Geiermann, *The Convert's Catechism of Catholic Doctrine* (Rockford, IL: TAN, 1977), p. 50. Este catecismo fue publicado originalmente en 1930 por B. Herder Book Co.

⁴⁶ Bacchiocchi, *From Sabbath to Sunday*, p. 2.

⁴⁷ *Catecismo da Igreja Católica*, ed. rev. de acuerdo con el texto oficial en latín (São Paulo: Loyola, 1999), p. 568 (§ 2.174).

⁴⁸ *Ibid.*, pp. 568, 569 (§ 2.175-2.176).

⁴⁹ Carta Apostólica *Dies Domini* del Sumo Pontífice Juan Pablo II al Episcopado, al Clero y a los Fieles de la Iglesia Católica Sobre la Santificación del Domingo (São Paulo: Paulinas, 1998), p. 12 (§ 8).

⁵⁰ Ver David H. Fischer, *Historian's Fallacies: Toward a Logic of Historical Thought* (Nueva York: Harper & Row, 1970), pp. 243-259.

⁵¹ "Mithraism", en www.crystalinks.com (consultado el 23/11/2009).

EL SIGNIFICADO DEL SÁBADO

Capítulo 7

Muchos cristianos desconocen el significado del sábado bíblico, y lo encaran como mero feriado para reflexiones espirituales. Wayne Muller, por ejemplo, considera que el término inglés “sabbath” puede ser aplicado tanto al séptimo día de la semana (saturday) como al primero (sunday), así como a feriado y otras formas de “tiempo sabático”. Para él,

“[...] sábado es el tiempo para descanso sagrado. Puede ser un feriado; el séptimo día de la semana, como en la tradición judaica; o el primer día de la semana, como para los cristianos. Pero un tiempo sabático también puede ser un sábado por la tarde, una hora del sábado, un paseo en sábado —en realidad, cualquier cosa que preserve una profunda experiencia de nutrición y descanso revitalizantes”.¹

Pero ¿estaríamos autorizados por la Biblia para transferir la santidad del sábado a otros días de la semana, o aun a restringir su observancia a cualquier fracción de tiempo? ¿Sería aceptable cualesquiera de estas actitudes ante aquellos que consideran la Biblia como su propio intérprete? ¿Existen bendiciones exclusivas del sábado bíblico, que no pueden trasladarse a otros días?

El presente capítulo considera el significado del sábado bíblico desde la perspectiva (1) de su naturaleza; (2) de la necesidad de su restauración en el mundo contemporáneo; y (3) de las bendiciones relacionadas con su observancia.

Naturaleza del sábado

Dios concluyó la semana de la Creación con la institución del sábado como señal de su pacto eterno con la raza humana. En Génesis 2:2 y 3 se menciona que Dios no solamente “descansó” en el séptimo día, sino también lo “santificó” y lo “bendijo”. Aunque algunos aleguen que el sábado recién fue instituido en la época de Moisés (ver Éxo. 16), el triple acto divino en el séptimo día de la Creación no permite tal interpretación. El propio descanso de Dios en ese día ya representaba la institución del sábado, pues, de acuerdo con Hans K. LaRondelle, “el ejemplo de Dios es tan autoritativo como su mandamiento” (ver Éxo. 20:8-11).² Pero, los actos divinos de también santificar y bendecir ese día lo establecieron como señal del pacto eterno de Dios como Creador, y los seres humanos como criaturas.

El hecho de que Dios hubiera escogido un segmento de tiempo específico —el séptimo día de la semana— como sábado, cuando el mundo aún era perfecto (Gén. 1:31), comprueba tanto la universalidad del sábado como su naturaleza moral, destinado a todos los seres humanos en todos los tiempos y lugares. Por consiguiente, en las palabras de G. C. Berkouwer, “este séptimo día —este día del descanso de Dios— es bendecido y santificado por Dios y, por lo

EL SIGNIFICADO DEL SÁBADO

tanto, dado en gracia al mundo —dado para el hombre, como Cristo nos enseñó (Mar. 2:27)”.³

Como señal del pacto eterno de Dios con los seres humanos, el sábado del séptimo día proviene de la eternidad (Gén. 2:2, 3) y avanza rumbo a la eternidad (Isa. 66:22, 23), mediando todos los demás pactos bíblicos, sin limitarse a ninguno de ellos. La señal específica del pacto con Noé era el arco iris (Gén. 9:9-17); con Abraham y sus descendientes, la circuncisión (Gén. 17:9-14; Lev. 12:3); y con los cristianos, el bautismo (Mat. 28:18-20; Mar. 16:15, 16). Coexistiendo con esas señales, sin reemplazarlas ni ofuscarlas, el sábado es de naturaleza inmutable, y su santidad no puede ser transferida a ningún otro día. Sin duda, el Pacto Eterno es proclamado por el “evangelio eterno”, que ordena: “Temed a Dios y dadle gloria, porque ha llegado la hora de su juicio; y adorad a aquel que hizo el cielo, la tierra, el mar, y las fuentes de las aguas” (Apoc. 14:6, 7; ver Éxo. 20:11).

Con respecto al alcance del sábado como señal del Pacto, Gerhard F. Hasel declara:

“El sábado es una señal del Pacto con tres dimensiones temporales. Es significativo para aquí y ahora: refleja sobre el pasado y avanza hacia el futuro. Refleja sobre el pasado en el sentido de haber sido instituido en la Creación y ser un memorial de que Dios creó este mundo. Habla algo significativo sobre la actividad de Dios en el presente, confirmando ser una señal de pacto en la vida de aquellos que reconocen a Dios como su Señor, que aceptaron su soberanía y su redención, y que viven como lo hacen por su poder. Entonces, el sábado avanza hacia el último futuro, encontrando su pleno cumplimiento en el plan de la salvación, cuando la libertad total e ilimitada y la redención final serán experimentadas”.⁴

Establecido como un memorial de la Creación (Éxo. 20:8-11), el sábado también asumió, en el contexto del pecado, la característica de memorial de la Redención. Esta característica adicional está asociada no solamente a la liberación de los israelitas de la esclavitud egipcia (Deut. 5:12-15), sino también a la redención provista por medio de la muerte y la resurrección de Cristo. Como Creador de todas las cosas (Juan 1:1-3; Heb. 1:2), Cristo ya había descansado en el séptimo día de la semana de la Creación (Gén. 2:2, 3). Como Redentor de la raza humana (Mat. 1:21; Juan 1:29), descansó en el sepulcro durante el séptimo día de la semana de la Pasión, reiniciando sus actividades en el “primer día de la semana” (Luc. 23:54-24:1).

Aunque Cristo haya resucitado en el “primer día de la semana”, este día no adquirió ninguna prerrogativa sagrada, y no reemplazó al cuarto mandamiento del Decálogo, que enuncia la autoridad de Dios como Creador y Legislador (Éxo. 20:8-11). De acuerdo con Hebreos 4:4 al 11, el descanso de Dios “en el séptimo día” de la Creación sigue como modelo del “reposo para el pueblo de Dios” (vers. 9), definiendo la naturaleza de este reposo que aún permanece como promesa y realidad escatológica para los creyentes. En la calidad de “señal para vuestras generaciones” del “pacto perpetuo” entre Dios y su pueblo (Éxo. 31:13-18; Eze. 20:12, 20), la genuina observancia del sábado bíblico es un símbolo de lealtad a Dios como Creador y Redentor.

Abandono y restauración del sábado

El Nuevo Testamento menciona una dramática apostasía que se instalaría en el seno del cristianismo desde los tiempos primordiales. Cristo identificó, en su famoso sermón profético, “la abominación desoladora de la que habló el profeta Daniel” como aún en el futuro (Mat. 24:15; Mar. 13:14; ver Dan. 8:9-13; 11:31; 12:11). El apóstol Pablo añadió que, después de su muerte, se levantarían “hombres que hablarán cosas perversas para arrastrar tras sí discípulos” (Hech. 20:29,

30); y que “el misterio de la iniquidad” acabaría engañando a todos los que “no recibieron el amor de la verdad para ser salvos” (2 Tes. 2:1-10). El libro del profeta Daniel aclara que la “transgresión asoladora” sería producida por un “cuerno pequeño” que crecería “hasta alcanzar el ejército de los cielos”, y que echaría “por tierra la verdad” (8:9-12; ver 7:8, 11). Entre las actividades de ese poder apóstata, estaba la de tratar de “cambiar los tiempos y la ley” (7:25).

Varios comentaristas bíblicos restringen esa “transgresión asoladora” a la actuación del rey seléucida Antíoco Epífanes IV al profanar el Templo de Jerusalén en el segundo siglo a.C. (ver 1 Macabeos 1:20-61; 2 Macabeos 5:15-23; 6:1-11). Pero, algunos fidedignos estudios bíblico-históricos demuestran que la actuación geográficamente limitada de Antíoco no corresponde a la amplia dimensión cósmica de la “transgresión asoladora”, como es descrita en el libro de Daniel y referida por Cristo.⁵ En realidad, las expectativas de la profecía, incluyendo el tiempo de su cumplimiento y de su alcance, se cumplieron plenamente en la apostasía postapostólica. Como ya se mencionó en el capítulo 6 de la presente obra, el sábado bíblico fue siendo gradualmente reemplazado por el domingo pagano, con innumerables intentos de justificar desde la Biblia este procedimiento. Tan influyente fue este proceso que aún hoy casi todos los cristianos consideran el domingo como el verdadero día de guardar cristiano.

El cuarto mandamiento del Decálogo ordena: “Acuérdate del sábado para santificarlo. Seis días trabajarás y harás toda tu obra, pero el séptimo día es de reposo para Jehová, tu Dios” (Éxo. 20:8-11, RV60). Pero, la Iglesia Católica, habiendo suprimido el segundo mandamiento del Decálogo, que ordena: “No te harás imagen ni ninguna semejanza” (Éxo. 20:4-6), pasó a considerar el asunto del día de descanso como tercer mandamiento. En el Catecismo Romano (basado en la versión de 1566), este mandamiento es introducido mediante la expresión bíblica: “Acuérdate de santificar el día sábado”.⁶

De modo semejante, el Catecismo de la Iglesia Católica (1992) también inicia con el texto: “Acuérdate del sábado para santificarlo”.⁷ Por otro lado, en los catecismos católicos populares, el tercer mandamiento de la así llamada “Ley de Dios” ha sido enunciado como “guardar los domingos y fiestas”,⁸ “guardar los domingos y fiestas de guarda”,⁹ y “santificar domingos y fiestas”.¹⁰ En el Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica, el referido mandamiento es enunciado como “Acuérdate de santificar las fiestas”.¹¹

Martín Lutero preservó, tanto en su Catecismo Mayor (1529) como en su Catecismo Menor (1529), la tradición católica de considerar el asunto del día de descanso como tercer mandamiento, enunciándolo simplemente como “Santificarás el día de descanso”.¹² Con respecto a la validez del día de descanso semanal, Lutero argumenta, en su Catecismo Mayor:

“Pero digo eso, no está detenido a un tiempo, como entre los judíos, para que tuviera que ser exactamente este o aquel día, porque un día no es mejor que otro en sí. Pero, realmente debería suceder todos los días. Sin embargo, como eso es más de lo que puede toda la gente, es necesario reservar, para esta finalidad, por lo menos un día de la semana. Por lo tanto, desde la antigüedad se estableció el domingo para este propósito; debemos quedar con él, para que haya orden unánime y nadie produzca desorden a través de innovación dispensable”.¹³

La posición asumida en estos catecismos, en cuanto al día de reposo semanal, refleja claramente la postura del poder que habría de “cambiar los tiempos y la ley” (Dan. 7:25, RV60). Esa posición puede ser aceptable para aquellos que usan el método alegórico, o el histórico-crítico, o el dispensacionalista o incluso el posmoderno,

EL SIGNIFICADO DEL SÁBADO

mencionados en el capítulo 1 del presente estudio. Pero, los que consideran la Biblia como su propio intérprete reconocen la necesidad de una doble restauración. En primer lugar, el sábado del séptimo día debe ser restaurado como día de reposo, en un mundo que reconoce y favorece la observancia del domingo. En segundo lugar, el modelo bíblico de observancia del sábado necesita ser rescatado, ya que la forma popular de observancia del domingo no está de acuerdo con este modelo.

Cuando la nación de Israel estaba descuidando la observancia del sábado, Dios envió al profeta Isaías (58:12-14) con el siguiente mensaje:

Tu pueblo reconstruirá las ruinas antiguas y levantará los cimientos de antaño; serás llamado “reparador de muros derruidos”, “restaurador de calles transitables”. Si dejas de profanar el sábado, y no haces negocios en mi día santo; si llamas al sábado “delicia”, y al día santo del Señor, “honorable”; si te abstienes de profanarlo, y lo honras no haciendo negocios ni profiriendo palabras inútiles, entonces hallarás tu gozo en el Señor; sobre las cumbres de la tierra te haré cabalgar, y haré que te deleites en la herencia de tu padre Jacob. El Señor mismo lo ha dicho.

En Hebreos 4:4 y 9 al 11 (RV60) también se formula, a los cristianos, un nuevo llamado a la observancia del sábado bíblico, como un símbolo del Pacto eterno entre Dios y su pueblo:

Pues en cierto lugar dijo así del séptimo día: Y reposó Dios de todas sus obras en el séptimo día, Por tanto, queda un reposo para el pueblo de Dios, porque el que ha entrado en su reposo, también ha reposa-

do de sus obras, como Dios de las suyas. Procuremos, pues, entrar en aquel reposo, para que ninguno caiga en semejante ejemplo de desobediencia.

El surgimiento de un movimiento profético, al fin de los tiempos, de restauración de la verdadera “Ley de Dios”, incluyendo el sábado bíblico, aparece claramente en las palabras de Apocalipsis 14:12 (RV60): “Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús”. Pero, de acuerdo con Apocalipsis 12, la ira de “Satanás, el cual engaña al mundo entero” (vers. 9), se volvería contra “los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús” (vers. 17). ¿Significaría eso un resurgimiento de las leyes dominicales semejantes a las impuestas tanto en Europa como en los Estados Unidos de América?¹⁴ ¿Existirían indicios de que la “sociedad civil” volverá a imponer “el descanso dominical como punto indiscutible en la legislación relativa a las diversas actividades laborales”?¹⁵

En Apocalipsis 14, el apóstol Juan dice claramente que la raza humana, finalmente, se polarizará entre los que adorarán “a la bestia y a su imagen” y recibirán “la marca en su frente o en su mano” (vers. 9-11), de un lado; y los que guardarán “los mandamientos de Dios y la fe en Jesús” (vers. 12), del otro lado. Aun frente a las circunstancias más adversas posibles (ver Apoc. 13), los hijos de Dios demostrarán una lealtad incondicional e innegociable para con Dios y su Palabra. De acuerdo con Elena G. de White:

“Pero Dios tendrá, en la tierra, un pueblo que sostendrá la Biblia y la Biblia sola, como piedra de toque de todas las doctrinas y base de todas las reformas. Ni las opiniones de los sabios, ni las deducciones de la ciencia, ni los credos o las decisiones de concilios tan numerosos y discordantes como lo son las iglesias

que representan, ni la voz de las mayorías, nada de esto, ni en conjunto ni en parte, debe ser considerado como evidencia en favor o en contra de cualquier punto de fe religiosa. Antes de aceptar cualquier doctrina o precepto, debemos cerciorarnos de si los autoriza un categórico: ‘Así dice Jehová’ ”.¹⁶

Aunque el sábado bíblico ya suscite dificultades en el presente y termine produciendo mayores dificultades en el futuro, este sigue siendo el símbolo de la gracia salvadora que Dios pone a disposición de los seres humanos, así como el sello de lealtad a los mandamientos divinos. Observado según el Mandamiento divino, el sábado sigue siendo un importante canal de bendiciones entre Dios y la humanidad.

Bendiciones del sábado

El relato bíblico de la Creación menciona que Dios no solamente “descansó” en el séptimo día y “santificó” ese día, sino también lo “bendijo” (Gén. 2:2, 3), es decir, lo transformó en un canal de bendiciones para los seres humanos. Entre las incontables bendiciones derivadas de la observancia del sábado bíblico, resaltamos las siete siguientes:

1. El sábado revela el carácter de Dios. Como todas las cosas creadas por Dios revelan su amoroso carácter (Sal. 19:1-6; 104:1-32; Isa. 40:26; etc.), el sábado bíblico, habiendo sido instituido y preservado por él, puede ser considerado una de sus revelaciones más importantes para la raza humana. Como memorial de la Creación (Éxo. 20:11), el sábado recuerda que “todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho” (Juan 1:3); y que solamente en Dios “vivimos, y nos movemos y somos” (Hech. 17:28). En directa oposición a la teoría deísta, de que “el Señor no nos ve; que el Señor ha abandonado la tierra” (Eze.

8:12), el sábado revela la existencia de un Dios amoroso, que se preocupa por sus criaturas y que desea, en forma semanal, tener un encuentro especial con ellas.

2. El sábado reafirma nuestro origen. La observancia del sábado recuerda, periódicamente, que el ser humano no es un mero fruto de la casualidad, o de un largo proceso de mutaciones evolucionistas que tuvieron éxito, sino de la creación divina. Génesis 1:26 y 27 afirma claramente que, en el principio, Dios creó al ser humano a su “imagen” y “semejanza”. Sin duda, “si el sábado se hubiese observado universalmente, los pensamientos y las inclinaciones de los hombres se habrían dirigido hacia el Creador como objeto de reverencia y adoración, y nunca habría habido un ídólatra, un ateo o un incrédulo”.¹⁷

3. El sábado produce mayor sensibilidad hacia la naturaleza. Como parte culminante de la semana de la Creación, el sábado es un monumento elocuente a favor de la preservación de la naturaleza y de la vida en sus más variadas formas, recordando siempre que Dios destruirá “a los que destruyen la tierra” (Apoc. 11:18). Por consiguiente, la debida comprensión del sábado y de sus implicaciones debe estimular a aquellos que lo guardan para ser también defensores de un modelo sustentable de preservación del ecosistema, basados en el modelo bíblico de preservación de la vida.

4. El sábado estimula la estabilidad emocional. El colapso de la existencia en un mundo altamente competitivo tiende a desestabilizar emocionalmente al ser humano. Los que tienen éxito en la vida asumen, casi siempre, una postura individualista y auto-suficiente. Aquellos que fracasan terminan, muchas veces, frustrados y deprimidos. Al invitar a los seres humanos a dejar a un lado semanalmente sus “propios intereses” (Isa. 58:13), el sábado nos recuerda que nuestra seguridad no está en nuestras consecuciones humanas, sino en la dependencia de nuestro Creador y Redentor.

5. El sábado nos libera del espíritu competitivo y mer-

cantilista. De acuerdo con Wayne Muller, “el mundo nos seduce con una urgencia artificial que exige que respondamos sin escuchar lo que es más profundamente verdadero”.¹⁸ En realidad,

“[...] una vida ‘de éxito’ se ha convertido en una empresa violenta. Luchamos contra nuestro propio cuerpo, exigiéndole más allá de su límite; luchamos contra nuestros propios hijos, porque no encontramos tiempo suficiente para estar con ellos cuando son heridos o están temerosos, y necesitan nuestra compañía; luchamos contra nuestro propio espíritu, porque estamos demasiado preocupados, sin oír las voces tranquilas que tratan de nutrirnos y refrescarnos; luchamos contra nuestras comunidades, porque protegemos temerosamente aquello que tenemos, y no nos sentimos suficientemente seguros para ser bondadosos y generosos”.¹⁹

El sábado rompe la rutina frenética de la vida, permitiendo que el ser humano disponga de tiempo para la comunión con Dios, la convivencia con la familia y los amigos, como también para ayudar a los necesitados.

6. El sábado promueve la salud física. El filósofo romano Séneca consideraba desventajoso que los judíos introdujeran “un día de descanso en cada siete, pues con eso ellos pierden casi un séptimo de su vida en inactividad”.²⁰ Pero Wayne Muller explica:

“Las diferentes formas de vida requieren un ritmo de reposo. Hay un ritmo en nuestra actividad de despertar y la necesidad de que el cuerpo duerma. Existe un ritmo en la manera en que el día se disipa en la noche; y la noche, en el amanecer. Hay un ritmo cuando el crecimiento activo de la primavera y del

verano es calmado por el necesario adormecimiento del otoño y del invierno. Hay un ritmo en las mareas, un diálogo profundo y eterno entre la tierra y el gran mar. En nuestro cuerpo, el corazón descansa perceptiblemente después de cada latido que revitaliza los pulmones descansan entre la exhalación y la inhalación. Perdemos de vista este ritmo esencial. Nuestra cultura supone, invariablemente, que la acción y las consecuciones son mejores que el reposo; que hacer algo –cualquier cosa– es mejor que no hacer nada”.²¹

El sábado trata de restaurar, en el ser humano, ese reposo indispensable para la preservación de la vida en su plenitud. En un estudio interesante sobre la longevidad entre los sardos (Italia), los okinawanos (Japón) y los adventistas de Loma Linda (EE.UU), publicado en la revista *National Geographic* de noviembre de 2005, Dan Buettner concluye que los adventistas del séptimo día de Loma Linda viven varios años más que el resto de la población estadounidense por causa de su estilo de vida saludable. Buettner afirma que “los adventistas también observan el sábado en el séptimo día, socializando con otros miembros de la iglesia y disfrutando un santuario en el tiempo que ayuda a aliviar el estrés”.²²

7. *El sábado refuerza el amor y el servicio altruista.*

Como un símbolo de la gracia de Dios, el sábado es una invitación divina a dejar a un lado, en forma semanal, nuestros “propios caminos” (Isa. 58:13). Somos estimulados a seguir el ejemplo de Cristo, que trajo alivio a muchos sufrientes en sábado (ver Mar. 1:21-31; 3:1-6; Luc. 13:10-17; 14:1-6; Juan 5:1-15; 9:1-41), restaurándolo como día de misericordia y liberación de la prisión del pecado y de sus trágicas consecuencias.

Resumen

El sábado es la señal de Pacto eterno de Dios con los seres humanos. Proviene inalterado desde la eternidad (Isa. 66:22, 23), coexistiendo con todos los demás pactos bíblicos, sin limitarse a ninguno de ellos. Como un memorial de la Creación (Éxo. 20:8-11), el sábado del séptimo día debe seguir siendo observado por todos los que reconocen a Dios como su Creador. Como memorial de la Redención, el sábado recuerda la liberación de los israelitas de la esclavitud egipcia (Deut. 5:12-15) y el descanso de Cristo en el sepulcro durante el séptimo día de la semana de la Pasión, para reiniciar sus actividades en el “primer día de la semana” (Luc. 23:54-24:1). Cualquier intento de transferir la santidad del sábado del séptimo día hacia otro día (incluyendo el domingo) representa una falta de respeto a la soberanía de Dios como Creador, Legislador y Redentor.

La casi generalizada observancia del domingo por parte de los cristianos modernos clama por la restauración del verdadero sábado bíblico. Tal restauración es crucial en el contexto de la polarización final de la humanidad entre los que adorarán “a la bestia y a su imagen” y recibirán “la marca en su frente o en su mano” (vers. 9-11), de un lado, y los que guardarán “los mandamientos de Dios y la fe de Jesús” (vers. 12), del otro lado. La observancia del sábado del séptimo día (1) revela el carácter amoroso de Dios; (2) reafirma nuestro origen; (3) produce mayor sensibilidad hacia la naturaleza creada por Dios; (4) estimula la estabilidad emocional que deriva de la relación con Dios como Creador y Redentor; (5) nos libera del espíritu competitivo y mercantilista; (6) promueve la salud física, rompiendo con la frenética agitación de la vida; y (7) refuerza el amor y el espíritu altruista. El sábado es una señal distintiva de lealtad a Dios y un canal especial a través del cual Dios comunica sus bendiciones a los seres humanos.

Referencias:

- ¹ Wayne Muller, *Sabbath: Finding Rest, Renewal, and Delight in Our Busy Lives* (New York: Bantam, 1999), pp. 7, 8.

² Hans K. LaRondelle, *Our Creator Redeemer: An Introduction to Biblical Covenant Theology* (Berrien Springs, MI: Andrews University Press, 2005), p. 8.

³ Berkouwer, *The Providence of God*, p. 55.

⁴ G. F. Hasel, *Covenant in Blood*, pp. 85, 86.

⁵ Ver Gerhard F. Hasel, "The 'Little Horn', the Saints, and the Sanctuary in Daniel 8", en Arnold V. Wallenkampf y W. Richard Lesher, eds., *The Sanctuary and the Atonement: Biblical, Historical, and Theological Studies* (Washington, D.C.: Review and Herald, 1981), pp. 177-227; Gerhard F. Hasel, "The 'Little Horn', the Heavenly Sanctuary, and the Time of the End: A Study of Daniel 8:9-14", en Frank B. Holbrook, ed., *Symposium on Daniel: Introductory and Exegetical Studies, Daniel and Revelation Committee Series*, (Washington, D.C.: Biblical Research Institute, 1986), t. 2, pp. 378, 461; William H. Shea, *Selected Studies on Prophetic Interpretation*, ed. rev., *Daniel and Revelation Committee Series*, (Silver Spring, MD: Biblical Research Institute, 1992), t. 1, pp. 31-66.

⁶ V. P. Martins, *Catecismo Romano*, p. 371 (parte III, cap. 4).

⁷ *Catecismo da Igreja Católica*, p. 567.

⁸ Natália Maccari, *Meu Pequeno Catecismo de Iniciação Cristã*, 18ª ed. (São Paulo: Paulinas, 2009), p. 70.

⁹ *Água Viva: Catecismo popular*, 81ª ed. (Aparecida, SP: Santuário, 2009), p. 20.

¹⁰ *Meu Pequeno Catecismo*, 9ª ed. (São Paulo: Paulus, 2009), p. 100.

¹¹ *Compêndio do Catecismo da Igreja Católica* (São Paulo: Loyola, 2005), p. 141.

¹² Martín Lutero, en *Livro de Concórdia*, pp. 367, 406.

¹³ *Ibid.*, en *Livro de Concórdia*, pp. 407, 408.

¹⁴ Ver Marvin Moore, *Could It Really Happen? Revelation 13 in the Light of History and Current Events* (Nampa, ID: Pacific Press, 2007). Para un estudio más detenido de las leyes dominicales a lo largo de la historia del cristianismo, ver A. H. Lewis, *Critical History of Sunday Legislation from 321 to 1888 A.D.* (New York: D. Appleton, 1888); Warren L. Johns, *Dateline Sunday, U.S.A.: The Story of Three and a Half Centuries of Sunday-law Battles in America* (Mountain View, CA: Pacific Press, 1967); Winton U. Solberg, *Redeem the Time: The Puritan Sabbath in Early America* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1977).

¹⁵ Carta Apostólica *Dies Domini*, p. 6 (§ 4). Ver Clifford Goldstein, *El día del dragón* (Buenos Aires: ACES, 1994); G. Edward Reid, *Sunday's Coming*, 2ª ed. (S.L.: G. E. Reid, 2005).

¹⁶ Elena G. de White, *El conflicto de los siglos* (Buenos Aires: ACES, 1993), p. 653.

¹⁷ *Ibid.*, p. 438.

¹⁸ W. Muller, *Sabbath*, p. 84.

¹⁹ *Ibid.*, p. 2.

²⁰ Séneca, citado en San Agustín, *The City of God against the Pagans*, trad. R. W. Dyson, Cambridge Texts in the History of Political Thought (Cambridge, Inglaterra: Cambridge University Press, 1998), p. 264 (livro VI, cap. 11).

²¹ Muller, *ibid.*, p. 1.

²² Dan Buettner, "The Secrets of Long Life",

<http://ngm.nationalgeographic.com/2005/11/longevity-secrets/buettner-text/6>. En *ibid.* "Os Segredos da Longa Vida", *National Geographic* (Brasil) (noviembre de 2005), p. 73, la cita decía: "Los religiosos también guardan el descanso en el sábado, día en que socializan con otros miembros de iglesia y disfrutan de un período de descanso".

LA OBSERVANCIA DEL SÁBADO

Capítulo 8

Las incontables bendiciones del sábado solamente pueden ser recibidas si es observado en el día correcto y de la manera adecuada. Mark A. Finley sugiere una analogía interesante entre el cumpleaños de una persona y la celebración semanal del sábado. Si la persona nació en determinado día del año (por ejemplo, 14 de noviembre), pero algunos amigos alegaran que su cumpleaños es un día después (15 de noviembre), esa persona ciertamente reaccionaría contra tal alteración indebida. De la misma forma, si Dios estableció que el memorial semanal de la Creación y de la Redención es el sábado del séptimo día, nadie está autorizado a transferir esa celebración al día siguiente (domingo).¹

Como el sábado del séptimo día es una institución divina (Éxo. 20:8-11; ver Gén. 2:2, 3), debemos buscar en la propia Palabra de Dios los principios fundamentales de la observancia del sábado. En esa búsqueda,

debemos tomar en consideración por lo menos dos aspectos importantes: primero, el sábado no es un fin en sí mismo, sino solamente un medio o señal exterior de una genuina experiencia salvífica con Cristo. Si el sábado es encarado como un fin en sí mismo, pierde su significado, llegando a ser una institución legalista. En segundo lugar, el sábado debe ser observado desde la perspectiva del ideal bíblico. George R. Knight mencionó, en cierta ocasión, la existencia de una pregunta “anticristiana” y otra “cristiana” en relación con el sábado. La pregunta anticristiana es: “¿Puedo hacer eso en sábado y todavía ser salvo?” Y la pregunta cristiana sería: “¿Cuál es la mejor manera de observar el sábado?”²

Este capítulo aborda algunos principios fundamentales para la observancia del sábado bíblico, con énfasis (1) en la necesidad de una ruptura con la rutina de la vida; (2) en la preparación para el sábado; (3) en la recepción y la despedida del sábado; (4) en las actividades inapropiadas para el sábado; (5) en las actividades apropiadas para el sábado; y (6) en algunas situaciones especiales.

Ruptura con la rutina de la vida

La vida moderna se caracteriza por la relación de los seres humanos con las cosas, con el espacio y, más recientemente, con el ciberespacio del mundo virtual. Martín Buber ya mencionaba que la relación “yo-tú” se había deshumanizado en la relación “yo-cosa”.³ Abraham J. Heschel reconoce que “estamos todos encantados con el esplendor del espacio, con la imponencia de las cosas del espacio. Las cosas son categorías que pesan en nuestra mente, tiranizando todos nuestros pensamientos”.⁴ Pero esa tiranía se intensificó aún más con el surgimiento del ciberespacio. Patricia Wallace comentó, en 1999, que,

“[...] de la casi total oscuridad, Internet saltó velozmente dentro de nuestra vida. Siendo en el pasado

un oscuro medio de comunicación para académicos e investigadores, ahora sostiene casi todas las actividades humanas que se puedan imaginar, de compras a sexo, de la investigación a la rebelión. La usamos para mantenernos en contacto con los amigos y los compañeros de trabajo, encontrar trueques, hacer investigaciones, compartir información, encontrar a personas desconocidas, tramar conspiraciones e incluso —como aprendí recientemente— hablar con animales”.⁵

Somos tan prisioneros de las cosas, del espacio y del ciberespacio que tendemos naturalmente a entrar en el sábado con nuestro apego de costumbre a lo material y transitorio. Pero, el sábado nos invita a romper con todo esto y a sintonizarnos con las grandes prioridades espirituales y eternas. Heschel declara:

“El significado del sábado es celebrar el tiempo en lugar del espacio. Seis días por semana vivimos bajo la tiranía de las cosas del espacio; en el sábado, tratamos de estar sintonizados con la santidad en el tiempo. Es un día en el que somos llamados a participar de lo que es eterno en el tiempo, de volvernos de los resultados de la Creación al misterio de la Creación; del mundo de la Creación a la creación del mundo”.⁶

Además de eso, el mundo en el que vivimos también estimula una vida egocéntrica y competitiva, caracterizada por una desenfadada búsqueda de ser siempre “el mayor” (ver Mar. 9:33-35). El sábado nos invita a dejar a un lado nuestros “propios caminos” (Isa. 58:13), y vivir una vida altruista, centrada en el bien de los demás (Mat. 12:12).

Preparación para el sábado

La verdadera observancia del sábado es precedida por una preparación en dos etapas distintas. La primera de ellas es, sin duda, la *preparación interior* de una vida santificada por la gracia de Cristo, sin la cual la persona se acerca al sábado como a un mero feriado cualquiera. Este fue precisamente el problema de los israelitas que, aunque guardando formalmente el sábado, fueron impedidos por la “desobediencia” y la “incredulidad” de entrar en el “descanso” de Dios (Heb. 3:18, 19). Sin duda, para santificar el sábado, la persona debe vivir una vida de santificación durante los demás días de la semana. Elena G. de White aclara:

“Pero, a fin de santificar el sábado, los hombres mismos deben ser santos. Por la fe, deben llegar a ser partícipes de la justicia de Cristo. Cuando fue dado a Israel el mandato: ‘Acordarte has del día del reposo, para santificarlo’, el Señor también les dijo: ‘habéis de serme varones santos’ (Éxo. 22:31)”.⁷

La segunda etapa es la de *preparación exterior* que debe anticipar la llegada del sábado. Aunque en algunos casos esa preparación pueda involucrar más tiempo, el viernes es por excelencia “el día de la preparación” (griego *heméra ên paraskeuês*) para el sábado (Luc. 23:54). Se recomienda que antes de la puesta del sol del viernes sean interrumpidas las actividades comerciales y académicas (ver Neh. 13:13-22); la casa esté limpia y arreglada; las ropas lavadas y planchadas; los alimentos susceptibles de ser previamente dispuestos ya debidamente preparados para el sábado (ver Éxo. 16:22-30); y todos los miembros de la familia, ya bañados. Los medios de comunicación seculares, en todas sus formas, deben ser dejados a un lado para que el sábado, rompiendo la rutina de la vida, pueda ser un día de “delicia”, un día “santo” (Isa. 58:13).

Recepción y despedida del sábado

El sábado se inicia, según la Biblia, con la puesta del sol del viernes y termina con la puesta del sol del sábado (ver Lev. 23:32; Deut. 16:6; Neh. 13:19). Al considerar el sábado como un día de comunión especial con Dios y con la familia (si la persona tiene una familia), es importante que se empiece el sábado con un culto de puesta del sol breve y atractivo, con la participación de todos los miembros de la familia. Se pueden cantar algunos himnos; leer un Salmo u otro pasaje bíblico, seguido por un breve comentario provechoso; dar oportunidad a quien desea expresar su gratitud a Dios; orar agradeciendo a Dios por la protección de la semana, y pidiendo la bendición sobre el nuevo sábado; y estimular a cada participante a desear un “feliz sábado” a los demás presentes.

Al término del sábado, debe haber un breve culto de despedida del sábado, en el cual se pueden cantar algunos himnos; leer algún texto bíblico; orar agradeciendo por el sábado y pidiendo la protección y las bendiciones de Dios para la nueva semana; y hacer que cada participante desee una “feliz semana” a los demás. Los cultos de recepción y de despedida del sábado ayudan a fijar, en la mente, los límites de la observancia del sábado, y a reforzar el concepto de que el tiempo entre ambos es sagrado.

Actividades inapropiadas para el sábado

El cuarto mandamiento del Decálogo ordena que, durante el sábado, “no hagas [...] obra alguna, tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada, ni tu bestia, ni el extranjero que está dentro de tus puertas” (Éxo. 20:10, RV60). Esto significa que la observancia de este día debe involucrar a su propio círculo de influencia. Por lo tanto, el propietario de una industria, una empresa comercial o una institución educacional debe cerrarla, para que sus empleados, aunque no sean observadores del sábado, tengan la oportunidad de descansar en este día, si así lo desean.

Las actividades inapropiadas para el sábado son prohibidas en Éxodo 20:10 por la expresión “no hagas [...] obra alguna”, y en Isaías 58:13 por la cláusula “Si retraes del sábado tu pie, de hacer tu voluntad en mi día santo”. En realidad, el Mandamiento “no prohíbe las obras de misericordia o el trabajo esencial para la preservación de la vida y de la salud que no puede realizarse en otros días”.⁸ El Mandamiento prohíbe, durante el sábado, todas las actividades seculares que produzcan ganancia o beneficio material, así como involucrarse en programas de planificación y preparación para ejercer tales actividades, incluyendo la asistencia a clases y la participación en prácticas, simposios, seminarios y charlas de carácter profesional. De acuerdo con Adam Clarke, “aquel que trabaja con su mente en proyectos y planes seculares en el sábado es tan culpable como el que trabaja con sus manos en su ocupación habitual”.⁹

También existen actividades de recreación que, aunque aceptables durante la semana, no están de acuerdo con la observancia del sábado, porque desvían la mente de los asuntos espirituales. Entre ellas están, por ejemplo, la asistencia a los centros comerciales y a los parques de diversión; la exposición a noticias, música y programas seculares de televisión, radio o Internet; la participación en deportes, juegos de mesa o juegos electrónicos; baños públicos en playas o piscinas; conversaciones de carácter secular, etc. El que no está acostumbrado a observar el sábado podrá considerar que el no involucrarse en tales actividades acaba haciendo de este un día aburrido y cansador. Pero es importante recordar que el sábado no es un día de inactividad, sino un día para romper la rutina de la vida a fin de integrarse en otras actividades de acuerdo con el propósito del sábado.

Actividades apropiadas para el sábado

El sábado debe ser un día dedicado a Dios, a la familia, a los amigos y a las personas necesitadas, obedeciendo a este mismo orden de prioridad. Que Dios debe venir en primer lugar en la obser-

vancia del sábado es evidente por el hecho de que ese día es llamado sábado “al Señor tu Dios” (Éxo. 20:10) y el propio Dios lo califica como “mi día santo” (Isa. 58:13). La comunión con Dios debe tener la primacía en este día, no solamente en lo referente a los cultos de recepción y despedida del sábado, sino también en relación con la integración en otras actividades espirituales, especialmente la asistencia a los cultos de la iglesia. Hebreos 10:25 amonesta: “No dejemos de congregarnos, como acostumbran hacerlo algunos”. Y David exclama: “Yo me alegré con los que me decían: ‘A la casa de Jehová iremos’ ” (Sal. 122:1). Como Cristo y Pablo tenían la “costumbre” de asistir a la sinagoga los sábados (Luc. 4:16; Hech. 17:2), también debemos participar en los cultos de la iglesia en este mismo día.

El almuerzo del sábado es una buena oportunidad de confraternización de la propia familia con otras familias amigas y personas cercanas, en casa o aun en un agradable *pic-nic*. Algún plato especial puede alegrar tanto a niños como adultos. A su vez, durante el sábado por la tarde, la familia puede participar de un paseo en medio de la naturaleza, así como de visitas misioneras a personas interesadas en la Palabra de Dios, a los enfermos y a otras personas necesitadas. En resumen, las actividades del sábado deben fortalecer la comunión con Dios, y los lazos familiares y de amistad con aquellos que ya comparten la misma fe o que tratan de conocer mejor las verdades bíblicas.

Situaciones especiales

El mundo contemporáneo no favorece normalmente la observancia del sábado del séptimo día. Esto significa que existen actividades que los observadores del sábado no pueden ejercer sin actuar contra su propia conciencia. Cuando la lealtad a Dios y al ejercicio profesional estén en conflicto, la posición del cristiano genuino debe ser la misma de Pedro y de los demás apóstoles: “Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres” (Hech. 5:29). Basado en sus calificaciones personales y en las oportunidades disponibles, el cristiano debe

escoger una profesión que le posibilite el ejercicio pleno de su fe.

Personas que actúan en el área de la salud pueden ser llamadas a atender situaciones de emergencia, y deberían estar dispuestas a hacerlo. Los fariseos que condenaban las curaciones en sábado fueron desafiados por Jesús con la siguiente pregunta: “¿Qué hombre entre vosotros, si tiene una oveja y esta se le cae en un hoyo, en sábado, no le echa mano y la saca?” (Mat. 12:11). Pero médicos y enfermeros observadores del sábado no deberían seguir con sus actividades regulares en sábado, de la misma forma que en los demás días de la semana. En instituciones médicas mantenidas por organizaciones observadoras del sábado, debe haber, en este día, una disminución de las actividades no esenciales y alguna forma de cambio de turno entre los empleados, para que el espíritu del sábado sea mantenido. Empleados de instituciones médicas seculares pueden recurrir al cambio de turno en sábado con alguien no observador de este día.

La observancia del sábado en caso de guerra puede ser dificultada significativamente. Pero la experiencia de Franz Hasel y su familia, durante el régimen nazi en Alemania, relatada en el libro *Mil caerán*, proporciona lecciones valiosas de cómo alguien puede ser leal a los principios bíblicos aun bajo las circunstancias más difíciles posibles.¹⁰

Debe demostrarse mucha prudencia y equilibrio ante las leyes dominicales que prohíban el trabajo en domingo. En tales casos, se debe atender al siguiente consejo:

“Desafiar las leyes dominicales no haría más que fortalecer el espíritu perseguidor de los fanáticos que se esfuerzan por hacerlas ejecutar. No les déis ocasión de llamaros violadores de las leyes. [...] No se recibe la marca de la bestia por manifestar prudencia al conservar la paz absteniéndose del trabajo que ofende y consagrándose a una obra de las más importantes.

[...] El domingo puede dedicarse a diversas actividades que lograrán mucho resultado para Dios. Pueden celebrarse reuniones al aire libre y en las casas particulares. Puede trabajarse de casa en casa. Los que escriben pueden, en aquel día, redactar artículos para los periódicos. [...] Consagren los maestros de nuestras escuelas el domingo al trabajo misionero”.¹¹

Muchas otras dificultades podrán surgir por el camino; pero estas deben ser evaluadas y superadas basados en la pregunta cristiana: “¿Cuál es la mejor manera de observar el sábado?”

Resumen

“El sábado es un broche de oro que une a Dios y a su pueblo”.¹² Este día debe ser guardado “conforme al mandamiento” (Luc. 23:56), y dedicado a Dios, a la familia, a los amigos y a las personas necesitadas. Aunque todos los seres humanos pueden respetar el sábado, este se transforma en un canal de bendiciones solamente para aquellos que lo observan de acuerdo con los principios bíblicos. La verdadera observancia del sábado significa una ruptura con la rutina de la vida (generalmente centrada en las cosas, en el espacio y en el ciberespacio), sintonizándola con los valores espirituales y eternos.

Debe realizarse una preparación adecuada antes del inicio del sábado, para que pueda ser observado según el Mandamiento. Siempre que sea posible, la llegada del sábado debe ser recibida con un breve e interesante culto en familia, y su despedida también debe involucrar una reunión espiritual en familia. A fin de que el sábado cumpla su propósito, es indispensable dejar a un lado las actividades inapropiadas para su observancia y promover actividades apropiadas para ella. Situaciones especiales que puedan surgir deben ser siempre encaradas con el objetivo de observar el sábado de acuerdo con los ideales divinos.

EL SÁBADO EN LAS ESCRITURAS

Referencias:

- ¹ Mark A. Finley, *The Almost Forgotten Day* (Siloam Springs, AR: Concerned Group, 1988), pp. 17,18.
- ² George R. Knight, declaración en una de sus clases del Seminario Teológico de la Universidad Andrews, Berrien Springs, Michigan (EE.UU.), al inicio de la década de 1990.
- ³ Ver Martin Buber, *I and Thou*, trad. Walter Kaufmann (Nueva York: Charles Scribner's Sons, 1970).
- ⁴ Abraham J. Heschel, *The Sabbath: Its Meaning for Modern Man* (Nueva York: Noonday, 1951), p. 5.
- ⁵ Patricia Wallace, *The Psychology of the Internet* (Cambridge, Inglaterra: Cambridge University Press, 1999), p. 1.
- ⁶ A. J. Heschel, *The Sabbath*, p. 10.
- ⁷ Elena G. de White, *El Deseado de todas la gentes*, p. 250.
- ⁸ Francis D. Nichol, ed., *Comentario bíblico adventista del séptimo día* (Buenos Aires, ACES, 1992), t. 1, p. 617.
- ⁹ A. Clarke, *The Holy Bible*, t. 1, p. 41.
- ¹⁰ Ver Susi Hasel Mundy y Maylan Schurch, *Mil caerán* (Florida, Buenos Aires: ACES, 2005).
- ¹¹ Elena G. de White, *Testimonios para la iglesia* (Miami, Florida: APIA, 2008), t. 9, pp. 187,188.
- ¹² *Ibid.*, t. 6, p. 353.

CONCLUSIÓN

Los incontables debates entre el sábado y el domingo fueron alimentados a lo largo de la historia cristiana por diferentes principios de interpretación bíblica. Gran parte de la argumentación a favor de la observancia del domingo ha sido construida sobre el método alegórico, que destituye al texto bíblico de su verdadero significado; o el método histórico-crítico, que elimina el carácter normativo de muchas de las enseñanzas bíblicas; o el método dispensacionalista, que fragmenta la unidad general de las Escrituras; o aun el método posmoderno, que transfiere la autoridad del texto bíblico a su lector, dejando a las Escrituras abiertas a una variedad de interpretaciones conflictivas. Por otro lado, la perpetuidad del sábado bíblico ha sido preservada a través de un estudio histórico-gramatical que acepta la Biblia como su propio intérprete.

Un estudio gramático-histórico de las Escrituras demuestra que la observancia del sábado fue instituida para la raza humana en el séptimo día de la semana de la Creación, cuando Dios no solamente “descansó”, sino también “bendijo” y “santificó” ese día (Gén. 2:2, 3). El origen edénico del sábado es comprobado en el cuarto mandamiento del Decálogo (Éxo. 20:8-11) y en otros textos (Éxo. 31:13-18; Heb. 4:4-11) que colocan el descanso de Dios en el séptimo día para que sea imitado por los seres humanos. Al descansar durante el sábado, Dios proveyó un ejemplo para sus criaturas, bendiciendo este día, y lo transformó en un canal de bendiciones. Al santificar el sábado, lo separó para uso sagrado. Habiendo separado un segmento de tiempo en vez de un lugar específico, Dios instituyó el sábado para beneficio de toda la raza humana, en todos los tiempos y lugares.

La observancia del sábado fluye a lo largo del Antiguo Testamento. La experiencia del maná en el desierto de Sin (Éxo. 16:11-35) es una evidencia de que el sábado ya era conocido antes

del Sinaí. En el pacto del Sinaí, la naturaleza moral del sábado es confirmada a través de su presencia en el Decálogo, como un memorial de la Creación (Éxo. 20:8-11). Al término de la peregrinación en el desierto, el mandamiento del sábado fue enunciado, también, como un memorial de la Redención (Deut. 5:12-15). Cuando el sábado empezó a ser profanado de forma más generalizada, Dios envió profetas para advertir a los israelitas de sus transgresiones (Isa. 56:1-8; 58:13, 14; 66:22, 23). La persistente profanación del sábado fue una de las principales causas del exilio babilónico (Jer. 17:19-27). Pero las reformas espirituales llevadas a cabo por Esdras y Nehemías contribuyeron a restaurar la observancia del sábado en el período postexílico (Neh. 9:38; 10:28-31; 13:15-22).

Esdras y Nehemías contribuyeron a restaurar la observancia del sábado en el período posterior al exilio (Neh 9:38; 10:28-31; 13:15-22).

Durante el período intertestamentario, el sábado fue señalado por una fuerte conciencia de que la supervivencia de Israel como nación dependía de un apego rígido a la observancia de este día. Alejándose de la tradicional profanación previa al exilio, los judíos mantuvieron su lealtad al sábado aun ante los conflictos más severos con los seléucidas y los romanos. Pero, en la parte final del período intertestamentario, los maestros del judaísmo empezaron a enaltecer el sábado como la institución judaica más importante. Removido del contexto de gracia en el que había sido originalmente instituido por Dios, el sábado fue revestido de un acentuado legalismo, pasando a ser considerado un fin en sí mismo.

Cristo rompió con el legalismo rabínico, que desvirtuaba la observancia del sábado. Como “Señor del sábado” (Mat. 12:8; Luc. 6:5), él asistía a la sinagoga los sábados (Luc. 4:16); enseñó que “el sábado se hizo para el hombre” (Mar. 2:27; ver Isa. 56:1-7), y no solamente para los judíos; y demostró, por medio de varias curaciones realizadas en sábado, que “es permitido hacer el bien en sábado”

CONCLUSIÓN

(Mat. 12:12). Aun después de la muerte de Cristo en la cruz, sus discípulos todavía observaron el sábado “conforme al mandamiento” (Luc. 23:56). En el libro de Hechos encontramos varias alusiones a los apóstoles participando en sábado en reuniones litúrgicas, tanto en las sinagogas (Hech. 13:14, 42, 44; 17:2; 18:4, 11) como fuera de ellas (Hech. 16:13). Siguiendo la observancia del sábado, el apóstol Pablo pudo declarar, al fin de su vida, que no había cometido ningún pecado “ni contra la ley de los judíos, ni contra el templo” (Hech. 25:8; ver 25:10; 26:4, 5). Por otro lado, los textos del Nuevo Testamento (especialmente Juan 20:19; Hech. 20:7; Rom. 14:5; 1 Cor. 16:2; Gál. 4:10, 11; Col. 2:16, 17; Apoc. 1:10) usados para establecer una supuesta observancia apostólica del domingo simplemente no corroboran tal alegato.

En realidad, el cambio del sábado al domingo sucedió en Roma, en el período postapostólico, cuando muchos cristianos empezaron a ver una correlación alegórica entre el “sol de justicia” cristiano (Mal. 4:2; ver Juan 8:12; 9:5; 12:46) y la adoración dominical al “Sol Invictus” mitraísta. Bajo influencia de los Padres de la Iglesia, el domingo pagano fue siendo revestido cada vez más de un supuesto ropaje bíblico-cristiano. Sucesivas reglas eclesiásticas terminaron por sancionar la observancia del domingo, transformando en ilegal la observancia del sábado bíblico. A fines del siglo XX d.C., surgieron importantes intentos católicos de construir una supuesta “teología bíblica” del domingo, basadas en una hermenéutica tipológico-alegórica que desvirtúa el sentido natural del texto bíblico.

Pero, el sábado sigue siendo la señal del Pacto eterno de Dios con los seres humanos (Gén. 2:2, 3), coexistiendo con todos los demás pactos bíblicos, sin limitarse a ninguno de ellos. Como un memorial de la Creación (Éxo. 20:8-11), el sábado del séptimo día debe continuar siendo observado por todos los que reconocen a Dios como su Creador. Como memorial de la Redención, el sábado recuerda la liberación de los israelitas de la esclavitud egipcia (Deut. 5:12-15)

y el descanso de Cristo en el sepulcro durante el séptimo día, en la semana de la Pasión, reiniciando sus actividades en el “primer día de la semana” (Luc. 23:54-24:1). Cualquier intento de transferir la santidad del sábado del séptimo día a otro día (incluso el domingo) representa falta de respeto a la soberanía de Dios como Creador, Legislador y Redentor.

La casi generalizada observancia del domingo por parte de los cristianos comprueba la necesidad de una restauración del sábado como día de reposo y de un redescubrimiento de su observancia de acuerdo con los principios bíblicos. La verdadera observancia del sábado significa una ruptura con la rutina de la vida (generalmente centrada en las cosas, en el espacio y en el ciberespacio), sintonizándola con los valores espirituales y eternos. Las actividades del sábado deben estar centradas en Dios, tratando de integrar a la familia y dedicando tiempo, y atención, a los amigos y a las personas necesitadas. Situaciones especiales o de emergencia deben ser evaluadas desde la perspectiva de los ideales divinos, recordando que, en este día, los “propios caminos” deben ser dejados a un lado (Isa. 58:13) a fin de “hacer el bien” a los demás (Mat. 12:12).

Sin duda, el mundo camina rápidamente hacia la polarización final de la humanidad entre los que adoran “a la bestia y a su imagen” y reciben “la marca en su frente o en su mano” (Apoc. 14:9, 11), por un lado, y “los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús” (Apoc. 14:12), por otro. Ya que la observancia del sábado del séptimo día es ordenada en el cuarto mandamiento del Decálogo (Éxo. 20:8-11) como “señal” de lealtad a Dios (Éxo. 31:13; Eze. 20:12, 20), es necesario que restauremos esa observancia a fin de estar entre “los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús”. A pesar de las persecuciones que puedan surgir (ver Apoc. 12:17), la maravillosa promesa de Isaías 58:13 y 14 (RV60) pertenece a los fieles observadores del sábado:

CONCLUSIÓN

“Si retraes del sábado tu pie, de hacer tu voluntad en mi día santo, y lo llamas ‘delicia’, ‘santo’, ‘glorioso de Jehová’, y lo veneras, no andando en tus propios caminos, ni buscando tu voluntad ni hablando tus propias palabras, entonces te deleitarás en Jehová. Yo te haré subir sobre las alturas de la tierra y te daré a comer la heredad de tu padre Jacob. La boca de Jehová lo ha hablado”.

La observancia del sábado del séptimo día estimula una apreciación más profunda del amoroso carácter de Dios y de la naturaleza, reafirmando nuestro origen y fortaleciendo la estabilidad emocional que deriva de la relación con él como Creador y Redentor. Rompiendo la rutina competitiva y mercantilista de la vida moderna, el sábado promueve la salud física, y refuerza el amor y el servicio altruista. Observado desde la creación del mundo (Gén. 2:2, 3) y prosiguiendo rumbo a los “cielos nuevos” y a la “nueva tierra” (Isa. 66:22, 23; ver Apoc. 21:1), el sábado es el magnífico santuario de Dios en el tiempo, a disposición de todos los seres humanos, en todos los tiempos y lugares.